
MARGARET HARROW
UN CADÁVER TRAS LA PUERTA
DREAMS BOOKS FACTORY

UN CADÁVER TRAS LA PUERTA

MARGARET HARROW

© Dreams Books Factory. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro sistema, sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos.

1

El taxi frenó con un chirrido frente a la marquesina iluminada del lujoso hotel Whitmore. Las puertas giratorias parecían tragarse sin descanso autores, editores y periodistas que entraban con la misma ansiedad con la que otros salían a fumar o a atender llamadas urgentes. Iris Penrose apoyó la frente en el cristal empañado antes de bajar.

Aquel vestíbulo, abarrotado de egos y trajes caros, le recordaba más a cualquier pase de modelos de la semana de la moda de Londres que a una gala de entrega de los premios literarios más prestigiosos de Inglaterra. "Los egos en esta sala podrían iluminar varios barrios enteros si alguien los enchufara a la red eléctrica", pensó.

Pagó al conductor, se bajó del taxi y observó el enjambre de cámaras y flashes que disparaban sin tregua sobre los invitados más ruidosos. A sus cuarenta y siete años, con un vestido negro sencillo y un abrigo del mismo color, Iris no parecía la típica estrella de aquel circo.

Y, sin embargo, todos sabían quién era. Desde que su primera novela de misterio, *La huella en la ventana*, se convirtiera en un éxito inesperado de ventas en todo el país, su nombre se repetía en todos los paneles de festivales literarios y clubs de lectura.

—¡Sonríe, Iris! ¡Sonríe! —gritó un fotógrafo del "Daily Mail" al reconocerla.

Ella respondió con una sonrisa irónica, de esas que siempre parecen esconder un comentario mordaz y dirigió sus pasos al interior del hotel. No le gustaban nada aquellos eventos y solo iba por que le obligaba la editorial.

El aire dentro del vestíbulo era denso, cargado de conversaciones en varios idiomas, copas de champán y fragancias caras que competían por imponerse. Iris se quitó los guantes, los guardó en el bolso y comenzó a caminar despacio, escaneando el terreno con la mirada metódica que nunca había perdido de su época de periodista de sucesos para la BBC.

Observó a varios conocidos: una agente literaria con sonrisa de tiburón, un crítico cultural que alguna vez la había menospreciado en público y un editor que había rechazado su manuscrito antes del éxito. Todos la saludaban con entusiasmo impostado, palmadas en el brazo, besos al aire. Nadie quería quedarse fuera de la foto con la nueva autora de moda, aunque pocos la miraban a los ojos más de dos segundos.

Iris pensó en su sabio gato Watson, que la esperaba en su casa de Notting Hill con la vecina encargada de darle de comer. Le habría hecho gracia ver aquel desfile humano: un completo zoológico de ambiciones y de gente tan pagada de sí misma.

—¡Iris Penrose! —una voz familiar rompió la monotonía.

Giró la cabeza y vio avanzar a un hombre muy elegante con una chaqueta aterciopelada color vino, bufanda estampada con flores y una expresión entre la alegría y el agotamiento. Era Percival Ashdown, poeta excéntrico y viejo amigo de Iris de los tiempos en que compartían tertulias en librerías de Bloomsbury.

—Percival —respondió Iris, abrazándolo con una sonrisa—. Ya veo que sigues yendo disfrazado de ti mismo.

Él rio con estrépito y la apartó para mirarla de arriba a abajo.

—Estás guapísima. Y sigues siendo la única que me soporta sin cobrar entrada. Te presento a Patricia Redcliffe, mi nueva editora —dijo señalando a una autentica belleza quince años menor que él, que estaba a su lado sosteniendo una copa de champán—.

—Encantada Patricia—dije besándola en la mejilla a modo de saludo—. Has fichado al mejor poeta que ha habido en Londres en la

última década. Si consigues disciplinarle en su trabajo os auguro grandes éxitos literarios.

—Un placer conocerte Iris—dijo devolviéndole el beso con una sonrisa—. Disciplinar a Percival no lo conseguiría ni el mismísimo Churchill aunque resucitara. Pero lo intentaremos. Luego hablamos con más calma, voy a saludar a unas compañeras de la editorial que acaban de llegar.

Aunque Percival parecía eufórico, Iris percibió algo distinto en su mirada: un brillo de amargura, un cansancio escondido bajo su habitual capa de humor. El poeta acariciaba un vaso de whisky como si fuera un amuleto y hablaba demasiado alto para el remilgado ambiente en el que se encontraban.

—¿Qué opinas de este aquelarre literario? —preguntó él, inclinándose hacia ella—. Dicen que el premio ya está más que decidido…

Iris arqueó una ceja. Rumores de ese tipo siempre circulaban en las galas de premios literarios.

—Rumores son rumores —dijo ella—. Y ya sabes lo que decía Wilde: la única cosa peor que ser plagiado es no ser plagiado en absoluto.

Percival soltó una carcajada, pero la ironía de Iris no borró la tensión que se apreciaba en el ambiente. Alrededor de ellos, las conversaciones eran rápidas, las miradas calculadas. Se respiraba una competitividad feroz, a sabiendas de que esa noche unos iban a salir triunfantes y otros iban a salir heridos.

El murmullo del vestíbulo bajó de golpe, como si alguien hubiera bajado el volumen del televisor. Iris lo notó incluso antes de girarse: esa clase de silencios siempre anunciaban la llegada de alguien que disfrutaba demasiado de su propio ego.

Y allí estaba: Douglas Stansfield, ese despreciable escritor de éxito tan encantado de haberse conocido a sí mismo. Traje gris

perla, corbata de seda azul y melena plateada peinada hacia atrás con una precisión que rozaba lo maniático.

Caminaba con paso lento, calculado, como un actor que sabe que cada segundo de su aparición multiplica el suspense. Un par de cámaras se abalanzaron sobre él, y Stansfield, encantado de ser de nuevo la estrella más brillante del evento, detuvo el paso para posar con media sonrisa y la barbilla ligeramente alzada.

—Señoras y señores —dijo con voz proyectada, como si estuviera en un teatro—. Qué placer volver a estar entre viejos amigos.

Viejos enemigos, pensó Iris, observando las reacciones alrededor, a sabiendas de que todo el sector literario de Londres despreciaba profundamente a aquel tipo. Algunos aplaudieron por inercia, otros giraron la vista hacia el suelo. La entrada de Stansfield había logrado lo que pretendía: ser el centro de gravedad de la gala.

—Esta noche tengo el honor de anunciar que estoy de vuelta. Y con un libro que fascinará tanto a la crítica como el público. Una obra que, sin duda, marcará época en la historia de la literatura inglesa.

Un murmullo recorrió la sala. Los camareros se miraban entre sí, confundidos, mientras los periodistas ya apuntaban en sus libretas. Iris cruzó los brazos y arqueó una ceja: el espectáculo había empezado antes de lo previsto.

Junto a ella, Percival abrió exageradamente los ojos y murmuró:

—Fascinar a la crítica y al público. Historia de la literatura inglesa. Definitivamente este tipo es un auténtico imbécil…

Iris reprimió una carcajada.

Mientras tanto, Douglas recibía felicitaciones huecas y palmadas en la espalda que sonaban tan falsas como las sonrisas que las acompañaban. Cada enhorabuena iba seguido de un cuchicheo mordaz apenas disimulado. Iris lo veía todo con la

claridad de una periodista entrenada: los gestos de los labios, la rigidez de los hombros, las miradas que se apartaba demasiado rápido.

Stansfield, sin embargo, parecía alimentarse de todo aquello. Cada falso halago era para él un tributo merecido, y cada sonrisa hipócrita, un recordatorio de todo su poder. Quería seguir siendo el centro de atención. Alzó la copa que un camarero le había acercado con torpeza y propuso un brindis.

—Brindemos —proclamó—. ¡¡Porque esta noche la literatura vuelve a tener un rey!!

Percival, a su lado, rio tan fuerte que varios invitados los miraron con extrañeza. Pero a Iris no le importó. Había visto esa arrogancia muchas veces antes: en políticos, en magnates, en jefes de redacción. La misma arrogancia que siempre exhibe gente narcisista repleta de inseguridades con cero empatías hacia el resto de seres humanos que le rodean.

La gala todavía no había comenzado, y ya estaba claro que Douglas Stansfield iba a ser el sol en torno al cual giraría todo aquel acto supuestamente literario.

El cóctel avanzaba con la fluidez controlada de un evento caro: bandejas de canapés pasaban de mano en mano, el champán circulaba sin pausa y los periodistas se movían como tiburones entre posibles titulares.

Iris había encontrado un rincón junto a una columna, lo bastante cerca como para escuchar y estar atenta de todo, pero lo bastante lejos como para que nadie la arrastrara a una conversación de compromiso que no le apetecía nada.

Stansfield, entretanto, disfrutaba de su reinado momentáneo. Se reía demasiado fuerte, tocaba el hombro de los demás como si fueran viejos camaradas y hablaba de sí mismo en tercera persona, una actitud que Iris había visto en demasiados ególatras.

Fue entonces cuando una figura se interpuso en su camino. Richard Fenwick, escritor de segunda fila con un traje oscuro demasiado ajustado y un gesto bastante crispado, bloqueó el paso de Douglas con una copa de vino en la mano.

—Prometes grandeza y solo sirves refritos —soltó, sin rodeos.

La sala pareció contener la respiración. Varias cabezas se giraron hacia ellos. Un camarero que pasaba en ese momento se detuvo en seco, como si también quisiera ver cómo terminaba el duelo.

Stansfield ladeó la cabeza y sonrió con condescendencia.

—Richard, Richard… ¿Cómo te va la vida? ¿Sigues escribiendo novelas históricas baratas?

Un par de carcajadas incómodas estallaron en la multitud, seguidas de un murmullo expectante. Un fotógrafo, olfateando la tensión, disparó el flash justo en el momento en que Fenwick apretaba la mandíbula visiblemente enfadado.

El enfrentamiento entre Richard Fenwick y Douglas Stansfield venía de años atrás, cuando ambos coincidieron en un certamen literario en el que Fenwick presentó su primera novela.

Stansfield, ya consagrado y con reputación de crítico implacable, destrozó públicamente la obra de Richard en una reseña demoledora que no solo ridiculizó su estilo, sino que también lo acusó de ser un escritor vacío y sin ambición.

Aquella crítica, reproducida en varios periódicos de tirada nacional, marcó la carrera de Fenwick, que nunca logró despegar del todo. Desde entonces, el resentimiento se transformó en odio silencioso. Para Richard Fenwick, Douglas era el hombre que le había robado la oportunidad de consolidarse en el mundo literario. Para Douglas Stansfield, Fenwick no era más que un escritor de segunda fila incapaz de superarse.

Ese choque de egos y heridas abiertas convirtió cada encuentro entre ambos en una chispa a punto de provocar un

incendio.

Iris apoyó el codo en la barra de mármol y observó con atención. Reconocía ese tipo de escena: una pelea de bar disfrazada de debate intelectual. No era raro en el periodismo, y menos aún en la literatura, donde los egos dolidos eran más afilados que cualquier pluma.

—¿Sabes qué pasa contigo, Douglas? —replicó Fenwick, inclinándose hacia él—. Que te crees inmortal, pero lo único que eres es un cadáver que todavía firma novelas robadas.

El murmullo subió de tono. Los asistentes cuchicheaban, algunos se apartaban con sonrisas mal disimuladas. Todo el mundo lo sabía. Había un historial de rencores acumulados que siempre salía a la superficie.

Douglas se limitó a dar un sorbo a su copa y encogerse de hombros, como quien escucha a un alumno insolente.

—La envidia es el pasatiempo favorito de los mediocres, querido Richard.

Iris, desde su rincón, evaluaba la escena como si trazara un mapa: quién estaba lo bastante cerca para escuchar cada palabra, quién fingía indiferencia pero no se movía, quién se colocaba estratégicamente junto a las salidas. Sí, se dijo a sí misma. Su instinto de reportera seguía intacto, afortunadamente.

Iris chasqueó la lengua con ironía:

—He visto peleas de gatos en callejones con más elegancia que estas estúpidas discusiones literarias.

Finalmente, Fenwick se marchó con el rostro enrojecido, empujando a un camarero y derribando una bandeja de canapés que cayó al suelo con estrépito. El murmullo se transformó en risas nerviosas y en nuevos cuchicheos.

Pero lo que llamó la atención de Iris fue otra cosa. En un segundo plano, mientras todos miraban a Fenwick abandonar la

sala, Percival apretaba una copa con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Su sonrisa exagerada no ocultaba el temblor en la mano ni la tensión en la mandíbula.

Cuando el cristal finalmente se astilló y el vino se derramó por la alfombra, Iris comprendió que el poeta también estaba librando su propio combate interior contra aquel arrogante escritor completamente insoportable.

—Esto va a terminar mal —murmuró Iris para sí, apurando el resto de su copa de champán.

2

Iris acababa de dejar su copa vacía sobre la barra cuando una nueva figura cruzó el salón con paso firme. Aquello desbordaba todas sus previsiones. Mary, la ex mujer de Stansfield, bien conocida por todos los presentes tras un divorcio que había sido retransmitido con todo lujo de detalles en las revistas del corazón, avanzaba como quien entra en un tribunal a reclamar justicia.

No había sonrisa en su rostro, solo una determinación fría que contrastaba con el ambiente supuestamente festivo de la noche.

—Esto se pone interesante —murmuró Percival a su lado, con media sonrisa en su expectante cara.

El murmullo del cóctel bajó varios decibelios. Stansfield, que acababa de terminar su discurso de autosatisfacción, giró al verla. Por un instante, la seguridad teatral de su expresión se quebró. Luego volvió a colocarse la máscara de superioridad.

—Mary —dijo él, inclinando apenas la cabeza—. Siempre tan… oportuna.

Ella no se dejó arrastrar por la ironía.

—¡Me debes mi parte del anticipo de tu novela! —dijo en voz alta, lo suficiente para que varios curiosos alrededor se giraran—¡Fui yo quien te negoció todo el contrato!

Iris arqueó una ceja. Había aprendido a identificar el tipo de frases que caen en una sala como piedras en un estanque. Esta era una de ellas.

Mary no se detuvo ahí. Con la calma de quien prepara una querella, enumeró fechas, cláusulas de contrato, porcentajes incumplidos. Su tono era el de alguien que ya había repetido el discurso demasiadas veces frente a abogados sordos.

Douglas sonrió sin humor.

—Querida, deberías dejar de vivir en el pasado. La nostalgia no paga las facturas.

Mary apretó el bolso contra el pecho con cara de desesperación y lo miró con desprecio.

—Lo que no paga las facturas son tus promesas vacías. Eres un inmoral Douglas. Un auténtico inmoral. Voy a acabar contigo, aunque sea lo último que haga en esta vida. ¿Me oyes? ¡No voy a parar hasta que acabe contigo!

El círculo de invitados que fingía no escuchar, ahora estaba abiertamente atento. Iris, desde un lateral, observaba con precisión quirúrgica: la rigidez del cuello de Mary, el leve tic en la comisura de la boca de Stansfield, el silencio incómodo de los que temían verse salpicados.

Finalmente, Mary se dio media vuelta y se alejó con paso rígido. Nadie se atrevió a detenerla.

Percival soltó un silbido bajo.

—Vaya. Eso sí que ha sido un buen poema…

Iris lo miró de reojo.

—Más bien un epitafio —dijo, con ironía.

El cóctel intentó recuperar la normalidad, pero el aire había cambiado. Las conversaciones se tornaron más rápidas, las sonrisas más tensas.

El resentimiento de Mary Stansfield, que aún conservaba su apellido de casada, se había quedado flotando como un recordatorio de que su ex marido no solo acumulaba enemigos en el mundo literario, sino que en su vida personal también tenía cuentas importantes pendientes de saldar.

Iris pensó con ironía:

— En un divorcio no gana nunca ninguna de las dos partes. Solo ganan los abogados.

3

El salón principal del Whitmore parecía un escenario preparado para uno de los grandes espectáculos del West End. Cortinas de terciopelo rojo, lámparas de araña que brillaban como constelaciones artificiales y mesas redondas cubiertas con manteles blancos que reflejaban la luz de los focos. Todo estaba dispuesto para que aquella entrega de premios de literatura pareciera una gala de Hollywood.

En el centro de la sala, dentro de una vitrina de cristal, descansaba la joya de la noche: el trofeo de los "London Book Awards". Una escultura metálica de diseño afilado, mezcla de una pluma estilizada y una daga, el símbolo de la gloria literaria.

Los asistentes se agrupaban alrededor como peregrinos ante una reliquia. Los flashes rebotaban sobre la vitrina con tanta insistencia que parecía que la figura brillaba por sí misma.

Iris, apoyada contra una columna, observaba la escena con una mezcla de sorpresa e ironía.

—Curioso —murmuró para sí—. Una pluma de escritor que también puede degollar. No sé si realmente es un premio o una advertencia.

A su lado, Percival Ashdown, ya con otra copa en la mano, asintió con solemnidad fingida.

—Ya lo sabes Iris. Todo gran escritor firma con tinta… o con su propia sangre.

Iris no pudo evitar sonreír. El poeta sabía cómo teatralizar hasta el comentario más siniestro.

La música de jazz seguía flotando sobre el salón como una nube espesa. Los camareros circulaban con bandejas rebosantes de

copas, y el poeta Percival Ashdown era, sin duda, su cliente más fiel. A cada vuelta que daban, él atrapaba una nueva copa de champán o de whisky, siempre con el mismo ademán teatral.

Iris lo observaba desde el profundo cariño que le tenía. Conocía ese brillo en los ojos, la risa que llegaba medio segundo tarde, la verborrea desatada que confundía ingenio con torpeza. Percival estaba pasándose con la bebida, y en una gala como esa, donde cada mirada era un cuchillo, cualquier paso en falso podía convertirse en carnaza para los depredadores.

—¡A la salud de las musas infieles! —gritó, levantando su copa. Varias cabezas se giraron, y unas cuantas risitas ahogadas estallaron en las mesas cercanas.

Douglas, lo miró con desdén. Esa fue la chispa que encendió el discurso improvisado de Percival.

—¿Ven a ese hombre? —dijo, señalando a Stansfield con el dedo tambaleante—. Ese… ese no escribe, roba. Pero lo intenta ocultar con sus trajes caros.

Un silencio tenso recorrió la sala. Algunos fingieron no haber oído, otros apartaron la vista, pero todos registraron mentalmente el estallido. Iris se llevó la mano a la frente: sabía que Percival estaba cavando su propia tumba social y literaria.

Stansfield, con una calma estudiada, se limitó a sonreír y alzar su copa.

—Los poetas —dijo con voz clara—. Siempre tan… deprimentes. Deprimentes y pintorescos…

La burla caló hondo. Percival apretó la mandíbula, pero su equilibrio ya algo tambaleante fruto del exceso de alcohol le restaba autoridad. Dio un paso hacia delante, tropezó con la alfombra y casi derramó su copa sobre la chaqueta de un crítico veterano.

Iris notó cómo la atmósfera se cargaba. La ebriedad de Percival lo dejaba en evidencia. Al día siguiente todos recordarían al poeta borracho que había señalado a Douglas en público.

Un par de invitados cuchicheaban ya en ese tono venenoso que Iris conocía tan bien:

—Siempre ha estado celoso de Stansfield…

—Con lo que bebe, cualquier cosa puede pasar…

Percival, ignorante de la magnitud de su caída, intentó recitar unos versos de memoria. Pero las palabras se mezclaron, se atropellaron unas a otras, y lo único que consiguió fue provocar una carcajada generalizada. Él mismo terminó riéndose, como si fuera parte del espectáculo, pero Iris vio un destello de dolor en sus ojos.

—Ven —dijo ella, acercándose con suavidad—. Es hora de que tomes un poco de aire.

El poeta asintió, dejándose guiar hacia el vestíbulo lateral. En el camino, varios invitados los siguieron con la mirada. El murmullo era claro: si había un imbécil en esa fiesta literaria, ya lo tenían señalado.

Iris lo sentó en un sillón apartado. Percival cerró los ojos, respirando con dificultad.

—Iris…—susurró—. Ha sido culpa mía, ¿verdad?

Ella le sostuvo la mano.

—No lo es. Pero tienes que cuidarte, porque si no lo haces, ellos se encargarán de enterrarte.

Percival intentó sonreír, aunque la sonrisa se le quebró en la comisura de los labios.

Mientras Percival dormitaba en un sillón apartado, con la copa aún medio llena en la mano, Iris regresó al salón principal. La orquesta había cambiado el repertorio a un swing ligero, pero la tensión seguía vibrando bajo cada nota.

Cerca de la prensa, Iris reparó en Frances Davenport, la crítica literaria del “Times”. Impecable, con un elegante traje de chaqueta color esmeralda y su famoso cuaderno azul en la mano.

Escribía con rapidez, inclinada hacia la página como si estuviera grabando cada gesto para un epitafio literario.

Iris se acercó lo suficiente como para leer de reojo algunas frases. Reconoció un título provisional, subrayado con fuerza: *El Príncipe Desnudo*.

—Ingenioso —murmuró Iris, apenas audible.

Frances levantó la vista y la sorprendió observando. Sonrió con cortesía, aunque sus ojos no tenían nada de amables.

—Hola Iris. ¿Demasiado cruel? —preguntó, cerrando el cuaderno con un chasquido.

—Demasiado preciso —replicó Iris.

Frances rio por lo bajo, como quien disfruta de la puntería de su propia flecha.

—La crítica no está para acariciar, sino para desnudar. Y Douglas Stansfield lleva demasiado tiempo cubierto de oropeles injustamente.

Iris sostuvo la mirada, intrigada. No era raro que la crítica atacara a los grandes nombres, pero la intensidad con la que Frances escribía siempre contra Stansfield parecía algo personal.

—¿Qué te hizo? —preguntó.

Frances ladeó la cabeza.

—A mi nada. A la literatura. Y eso, créeme, es bastante peor.

En ese momento, Douglas Stansfield apareció en el umbral del salón, rodeado de aduladores. Frances se enderezó en la silla como un depredador que huele sangre.

—Voy a destriparlo en mi columna de mañana—dijo con calma—. No quedará nada de su falso prestigio cuando termine con él.

Iris se estremeció y pensó con frialdad: "Una columna de Frances no hiere. Ejecuta". No por la amenaza en sí, sino por la

certeza con que la que la sentencia estaba pronunciada. En aquel círculo, una crítica feroz podía equivaler a una condena social irreversible. Y Douglas, con su ego inflamado, no permitiría semejante humillación. Se avecinaba guerra.

Frances volvió a abrir su cuaderno y siguió escribiendo, como si la propia gala fuera un espectáculo montado para darle material. Cada gesto de Douglas, cada palabra altisonante, se convertía en pólvora en su pluma.

Iris entendió en ese momento que la periodista no estaba simplemente registrando la velada: estaba firmando una sentencia de muerte. Y lo más inquietante era que Douglas, ajeno aún al contenido de esa página, se pavoneaba como un actor convencido de que el público solo había venido a verle a él.

El murmullo en el salón se mezcló con el sonido del lápiz de Frances sobre el papel. Iris apartó la vista, consciente de que en esa mesa se estaba gestando una amenaza tan letal como cualquier arma.

Iris se sirvió una nueva copa.
—Esto —murmuró para sí— ya no es solo una fiesta literaria. Es una auténtica bomba de relojería.

4

El salón del Whitmore hervía de conversaciones, risas altas y copas que chocaban entre sí con demasiado entusiasmo. Pero como siempre ocurría cuando Douglas Stansfield decidía hablar, el ruido bajó un par de tonos. El escritor, copa en mano, había cazado una nueva presa: Oliver Trent.

El joven escritor, con un par de novelas publicadas con ningún éxito estaba de pie cerca de una mesa lateral, con gesto incómodo, sujetando una copa de vino sin probar. Su traje demasiado grande, posiblemente prestado, y la corbata demasiado torcida, lo hacían parecer aún más fuera de lugar. Iris lo observaba desde la distancia, consciente de que el momento iba a ser desagradable.

Douglas se le acercó con paso calculado, el mismo que usaba cuando olía sangre.

—Oliver Trent, ¿verdad? —dijo con una voz que resonó más alto de lo necesario—. El muchacho que aún confunde un mero borrador con una obra maestra.

Varias cabezas se giraron. Algunos invitados se acercaron un poco más, oliendo el drama como tiburones.

Oliver tragó saliva.

—No esperaba… que recordara mi nombre, señor Stansfield.

Douglas sonrió con esa mezcla de crueldad y falsa cordialidad que dominaba tan exquisitamente bien.

—Oh, claro que te recuerdo. Me enviaste un manuscrito hace unos meses, ¿no? —dijo levantando la voz lo suficiente para que todo el círculo lo escuchara—. Era tan… tan vacío, tan absurdo, tan aburrido, que lo termine usando como posavasos.

Una risotada incómoda se escapó de alguien en el grupo. Oliver palideció, pero intentó mantener la compostura.

—Con todo respeto, señor Stansfield, creo que juzga usted demasiado rápido. Mi novela…

Douglas se inclinó hacia él, como un gato que juega con un ratón.

—La literatura no espera, muchacho. Si no sorprendes desde la primera página, no existes. Y tú aburres desde la primera línea del primer párrafo mi querido amigo. Háztelo mirar…

El silencio en el círculo se volvió pesado. Iris, desde el otro extremo, sintió una oleada de rabia en nombre del joven. Reconocía esa mirada en Oliver: la mezcla de vergüenza y furia contenida que ella misma había soportado en redacciones donde jefes mediocres humillaban a periodistas novatos para reafirmar su poder.

—Douglas —intervino Frances Davenport con el mismo tono venenoso que empleaba en sus criticas de los domingos en el "Times"—. Ten cuidado. A veces esos "borradores" que desprecias acaban eclipsando las supuestas "obras maestras".

El comentario arrancó un murmullo entre los asistentes. Douglas se giró hacia ella, con los ojos entornados. Pero antes de contestar, Oliver habló con voz clara, sorprendiéndose incluso a sí mismo:

—Puede que aún no tenga un premio en la vitrina, señor Stansfield. Pero al menos lo que escribo es mío…

La frase cayó como un trueno. Iris notó cómo varios invitados contenían la respiración. Era la tercera vez que alguien en la sala se atrevía a poner en duda, aunque fuera de manera velada, la originalidad de las obras de Douglas.

El escritor se quedó inmóvil por un instante. Luego sonrió, pero la tensión en su mandíbula lo delató.

—Qué encantador. Un aprendiz dando lecciones al maestro.

Y, con un gesto teatral, levantó su copa.

—Brindemos por los jóvenes escritores. Que nunca olviden que la audacia es barata… pero que el talento suele ser escaso.

Los aplausos fueron débiles, forzados. Oliver bajó la mirada, derrotado por el peso de las risas que lo rodeaban. Iris, en cambio, clavó los ojos en Douglas, con una certeza creciente: esas humillaciones tan habituales en él no quedarían sin consecuencias. Algún día alguien le acabaría partiendo la cara a aquel tipo. Solo era cuestión de tiempo.

El círculo se dispersó poco a poco, pero la tensión quedó flotando en el aire como humo invisible. Oliver había plantado una semilla de duda, y Douglas, sin saberlo, había marcado otra diana en su espalda.

La tensión era palpable. Oliver Trent había intentado defenderse, pero en ese instante Douglas Stansfield se inclinó hacia él con sonrisa afilada. El silencio del grupo se hizo casi absoluto: todos esperaban la puñalada final.

—El problema, muchacho —dijo Douglas con voz clara, impostada para llegar más lejos de lo necesario—, es que a mí me leen. Y a ti… a ti te ignoran y te desprecian. Nadie sabe quién eres. Absolutamente nadie. Y eso no es lo peor. Es que nunca lo sabrán.

La frase cayó como un hachazo. Por un segundo, el salón entero pareció contener la respiración. Luego llegaron las risas incómodas, esas carcajadas cortas que no expresaban alegría, sino la necesidad de alinearse con el poder.

Un fotógrafo, siempre al acecho, aprovechó el instante: el flash iluminó la escena justo en el momento en que Oliver bajaba la vista, con el rostro encendido por la humillación. Aquella imagen, sabía Iris, circularía por las redes sociales antes de que terminara la noche: *"El consagrado Stansfield ridiculiza a un joven escritor desconocido"*.

Oliver intentó articular una respuesta, pero las palabras se le atragantaron. Solo consiguió un murmullo ininteligible que se perdió entre las risas. Douglas, satisfecho, dio un sorbo a su whisky y alzó la barbilla, como si hubiera ganado un debate intelectual en vez de destrozar por completo a un pobre muchacho inexperto.

—Así funciona este mundo —añadió con tono pedagógico mientras se encogía de hombros—. La literatura no tiene lugar ni para los mediocres ni para los ingenuos.

Iris, al borde del círculo, sintió una punzada en el estómago. No por sorpresa, sino por reconocimiento. Había visto esa dinámica en redacciones, en tertulias, en la política: el poderoso aplastando al débil no con argumentos, sino con desprecio.

Y el desprecio siempre trae malas consecuencias. El problema de los hombres como Stansfield es que confunden ser temido con ser respetado. Y ni siquiera sospechan que la diferencia entre ambos conceptos suele escribirse en su epitafio

5

El reloj marcaba cerca de las nueve en punto. El ambiente estaba cargado de electricidad. Nadie intervenía para calmar los ánimos; al contrario, los invitados parecían disfrutar del espectáculo, como si fuera parte del programa de la gala. Iris lo notó: la sala entera estaba esperando sangre, aunque aún no supieran todavía de qué tipo.

Iris se apartó un poco del centro de la sala y se instaló junto a una columna, desde donde podía verlo todo sin ser vista. La experiencia de años en redacciones y coberturas le había enseñado a leer un espacio como si fuera un tablero de ajedrez: piezas, movimientos, tiempos.

Sacó discretamente una pequeña libreta de bolsillo —un hábito que nunca había perdido, incluso desde que se convirtió en novelista— y empezó a anotar en silencio.

Primero, el tiempo**.** La gala con la entrega de premios afortunadamente estaba a punto de empezar. El coctel había entrado en esa fase peligrosa donde el alcohol afloja las lenguas y las sonrisas empiezan a ser más forzadas que sinceras. El margen entre la celebración y el desastre se reducía minuto a minuto.

Segundo, los testigos**.** Observó a cada figura clave: Douglas Stansfield, aun pavoneándose, ignorante de que se había ganado más enemigos en una hora de cóctel que en una década de críticas.

Richard Fenwick, rojo de ira, todavía mascullando insultos y con el vaso de coñac como única correa de contención.

Frances Davenport, cuya pluma no descansaba; cada palabra era un proyectil en preparación.

Oliver Trent, hundido por la humillación pública, pero con un brillo de orgullo herido que lo volvía peligroso.

Percival Ashdown, medio ebrio, medio poeta, ya señalado por todos como el bufón trágico de la noche.

Toda aquella situación tenía que acabar explotando por algún sitio, no había duda.

Apuntó todo mentalmente y respiró hondo. No era supersticiosa, pero sentía en la nuca la misma presión que en sus días de periodista cuando cubría casos que sabía que iban a terminar mal. El mapa mental estaba trazado. Solo faltaba que alguien hiciera el primer movimiento mortal.

Iris se desplazó hacia un lateral del salón, desde donde podía observar sin interrupciones. En su cabeza, el cóctel ya no era una fiesta, sino un escenario teatral en el que cada personaje representaba un papel asignado por viejas rencillas, deudas ocultas y ambiciones truncadas.

A su derecha, Oliver Trent, el joven escritor, se mantenía a la sombra de una columna, evitando el contacto visual con cualquiera. Sostenía una copa intacta en la mano, como si temiera que hasta el más mínimo gesto pudiera delatarlo. La humillación pública que había sufrido a manos de Douglas seguía grabada en su rostro.

Un poco más allá, Frances Davenport garabateaba con rapidez en su cuaderno. Cada tanto levantaba la vista, clavando los ojos en Douglas como si quisiera atravesarlo con la pluma. Iris pensó que ese cuaderno era más peligroso que cualquier arma: en sus páginas se estaba escribiendo la crónica de una autentica ejecución social.

Percival Ashdown, por su parte, se había convertido en espectáculo involuntario. Había pedido otra copa y brindaba con todo aquel que se le pusiera delante. Con un gesto grandilocuente, subió de un salto a una silla y empezó a recitar versos improvisados, mezcla de Shakespeare torpemente recordado y ocurrencias sin sentido.

—¡Oh, musa de la incongruencia! —clamó, extendiendo un brazo hacia la lámpara central—. ¡Baila conmigo sobre la alfombra

de champán!

Las risas estallaron entre los asistentes, pero eran risas incómodas, más cerca de la burla que de la admiración. Patricia Redcliffe, su joven acompañante, intentaba bajarlo de la silla tirándole de la chaqueta, sin lograrlo.

Mientras tanto, Douglas disfrutaba de su triunfo silencioso. Había vuelto a colocarse en el centro de un corro de editores y periodistas, narrando una anécdota improbable sobre su última gira en Estados Unidos. Su risa sonaba demasiado fuerte, demasiado satisfecha, como si necesitara convencerse a sí mismo de que aún controlaba el tablero de ajedrez.

—¡Atended, damas y caballeros! —gritó Percival de nuevo, agitando la copa como si fuera un cetro—. Aquí está el único poeta que no necesita premios ni editoriales para existir. ¡Yo me publico en el aire!

Las risas brotaron entre el público, algunas sinceras, la mayoría teñidas de incomodidad. Patricia Redcliffe, con las mejillas encendidas, intentaba sin éxito bajarlo tirándole del pantalón.

—Percival, por favor, estas haciendo el ridículo…

De pronto, comenzó a recitar:

—"En el hotel Whitmore de espejos dorados,
los críticos muerden, los escritores sangran,
todo está afilado como la lengua del fracaso, esperando con serenidad el temido desenlace…"

Patricia volvió a intentarlo, desesperada:

—Baja ya Percival, por favor, te vas a caer.

Pero Percival, con la mirada vidriosa y el equilibrio precario, extendió los brazos hacia Douglas Stansfield, que observaba la escena con gesto desdeñoso.

—¡El emperador de la crítica venenosa! —tronó—. ¿Temes acaso que mi copa sea más afilada que tu pluma?

Alguien soltó una carcajada, otra persona aplaudió. El espectáculo se estaba convirtiendo en parte del entretenimiento de la noche.

Iris no lo soportó más. Caminó entre los invitados y se colocó junto a Patricia dispuesta a resolver definitivamente todo aquel despropósito.

—Déjame a mí —le dijo, y con gesto calculado tomó a Percival por la muñeca.

—Percival, bájate —susurró con tono firme, lo bastante bajo para que solo él la oyera—. No des a estos carroñeros lo que buscan.

El poeta parpadeó, confundido, y por un instante Iris pensó que iba a soltarle un insulto. Pero al final se dejó guiar y bajó de la silla, tambaleándose. Patricia le puso la mano en el hombro, agradecida.

Douglas, desde su grupo, alzó una ceja y comentó lo bastante alto para que todos lo escucharan:

—Un poeta ebrio siempre es un buen titular. Aprovéchenlo, amigos de la prensa. No dejen de entrevistarle.

Más risas. Percival se llevó la copa a los labios, fingiendo no oírlo. Iris, sin embargo, vio cómo apretaba la mandíbula con fuerza. Ese pequeño gesto, apenas perceptible, le encendió una alarma interna: el ridículo público podía transformarse en ira o en desesperación, y ambas eran igual de peligrosas. Definitivamente Douglas Stansfield estaba pisando esa noche demasiados charcos.

Mientras el poeta se dejaba caer en un sillón cercano, el salón parecía un enjambre descontrolado. Tras el numerito de Percival, los invitados se reagruparon en pequeños corros, como si el alcohol hubiera liberado la lengua de todos al mismo tiempo. Iris se movió entre ellos con paso discreto, mientras su oído entrenado para captar chismes y gestos cargados de intención se ponía en marcha.

Respiró hondo. No era supersticiosa, pero el aire se sentía cargado, como una tormenta a punto de estallar. Cada conversación, cada rumor, cada frase arrojada con malicia era un hilo más en la telaraña que rodeaba a Douglas Stansfield.

Pero como el tiempo acabaría demostrando, el capítulo de aquella noche no había terminado: apenas acababa de comenzar.

Iris pensó con amarga ironía:

—Las fiestas literarias siempre empiezan con canapés y acaban con cadáveres. Lo único impredecible es qué se sirve primero.

6

Iris se apartó del bullicio del salón y buscó un rincón menos iluminado, cerca de una mesa auxiliar cargada de flores frescas. Había aprendido que, en cualquier evento, las esquinas eran los mejores lugares para observar sin ser observada. Fue allí donde apareció Oliver Trent.

El joven escritor parecía fuera de lugar desde el inicio de la velada, pero ahora su incomodidad era tan evidente que Iris lo reconoció de inmediato: corbata torcida, traje demasiado grande, mirada huidiza. Sostenía un vaso de agua en lugar de alcohol, como si quisiera mantenerse lúcido en un ambiente que parecía diseñado para embriagar a todos.

—¿Puedo hablar con usted un momento Señora Penrose? —preguntó con voz baja, casi suplicante.

Iris lo estudió unos segundos antes de asentir. Oliver no era de esos que buscan conversación por cortesía: algo lo apremiaba. Lo condujo hasta un sofá apartado, desde el que aún podían ver el salón, pero sin ser el centro de atención.

—Verá…tengo algo importante que contarle—comenzó, y se pasó la mano por el cabello en un gesto nervioso—. Yo… yo entregué un manuscrito mío a Douglas Stansfield y…

Iris no se sorprendió; lo había sospechado desde que vio cómo lo miraba durante la gala. Pero lo dejó hablar, sin interrumpirlo.

—Fue hace meses. Se lo mandé con la esperanza de recibir algún consejo, alguna opinión. Pensaba que… que quizá él podría recomendarme a algún editor. —Tragó saliva, visiblemente afectado —. Pero nunca me respondió. Ni una palabra.

Iris inclinó la cabeza.

—¿Y ahora cree que ha hecho algo con su texto?

Oliver asintió de inmediato.

—He oído fragmentos de lo que ha mostrado esta noche a algunos periodistas como su nueva novela. Y… son míos. Mis frases. Mis escenas. —Sacó del bolsillo interior de su chaqueta un pequeño fajo de hojas dobladas—. Aquí tengo una copia fechada, con mis notas.

Iris tomó los papeles con delicadeza y los hojeó rápido. Las frases tenían frescura, una voz joven y distinta al estilo recargado de Stansfield. Era imposible confundirlos.

—¿No habló de esto con nadie más? —preguntó ella.

Oliver negó con un gesto.

—Tenía miedo. Si lo acusaba de plagio y no me creían, arruinaría mi carrera antes de empezar. Y ahora… ahora temo que ya sea demasiado tarde…

Iris apoyó los papeles sobre su regazo.

—Nunca es demasiado tarde si tienes la verdad de tu parte —dijo con calma—. Pero tendrás que resistir la tormenta. Y esta tormenta aún no ha hecho más que empezar.

El joven la miró con ojos húmedos, entre el alivio y la desesperación. Iris percibió en él la vulnerabilidad de alguien que había confiado demasiado y había sido traicionado con la crueldad de un depredador veterano.

Detrás de ellos, el salón seguía vibrando con música y conversaciones superficiales. Pero para Iris, ese instante era el verdadero corazón de la velada: un secreto robado, un joven temeroso y un escritor poderoso que había cruzado una línea invisible.

Iris dobló las hojas y se las devolvió a Oliver.

—Guárdalas bien. Si lo que sospecho es cierto, pronto necesitarás estas páginas más que nunca.

Oliver mantenía las manos entrelazadas. Su respiración era corta, como si cada palabra que iba a pronunciar le costase un esfuerzo físico. Iris lo observaba sin prisa, dándole espacio para soltar lo que llevaba dentro.

—¿Sabe lo que es esperar? —empezó, mirando al suelo—. Mandar un manuscrito con la ilusión de tu vida y quedarte pegado al teléfono, convencido de que cada notificación será por fin ese correo que estas esperando. Pasaron días, luego semanas… Después meses. Nunca llegó. Ni una nota, ni una crítica, ni un "gracias, pero no". Nada.

Iris no intervino. Había aprendido en el periodismo que los silencios son más reveladores que las preguntas.

—Me dije que era normal, que Douglas Stansfield estaba ocupado, que no tenía por qué leer a un don nadie como yo. —Forzó una sonrisa amarga—. Pero entonces empezó a circular el rumor de que preparaba una nueva novela. Una historia bélica, con un héroe desencantado, con pasajes… idénticos a los míos…

Le temblaba la voz, y Iris notó cómo cerraba los puños hasta dejarse marcas.

—Me sentí estafado, como si alguien hubiera abierto mi diario y lo hubiera leído en voz alta para burlarse de mí.

Iris asintió despacio.

—Lo que describe no es solo un plagio. Es un robo de identidad literaria. Y eso duele más que el dinero o la fama.

Los ojos de Oliver brillaron, como si aquellas palabras le dieran permiso para reconocerse como víctima.

—No se lo conté a nadie porque… ¿quién me creería? Él es Stansfield. Yo, un novato con dos libros publicados que no ha leído nadie. Tenía miedo de convertirme en un chiste.

Iris apoyó una mano en el respaldo del sofá.

—Y por callar, le dejaste el campo libre.

Oliver tragó saliva y bajó la mirada.

—Sí. Y ahora todo el mundo aplaude su "regreso". —Apretó los labios—. Lo que debería ser mi voz, mi historia, está en boca de él. Y nadie sabe la verdad.

En el salón, los aplausos surgieron de nuevo: Douglas acababa de levantar su copa en otro brindis. El contraste era brutal. Iris pensó que esa diferencia —el triunfador rodeado de halagos y el joven escritor hundido en un rincón— era la fotografía exacta de la injusticia que flotaba en aquella gala.

—Oliver —dijo con firmeza—, escúchame. No eres culpable de haber confiado. Pero si no actúas con inteligencia, pueden convertirte en culpable de algo mucho peor.

El joven la miró, sorprendido.

—¿Cree que… que podría acusarme él a mí de plagio?

Iris sostuvo su mirada con seriedad.

—No lo descarto. Y si eso ocurre, lo único que te protegerá será la verdad documentada. Esas copias que guardas, los correos, las fechas. Cuídalos como si fueran un salvavidas.

Oliver asintió lentamente. Sacó un USB de su bolsillo y se lo depositó a Iris en la mano. El temblor en sus manos no desapareció, pero sus ojos se llenaron de una determinación nueva.

Iris supo que aquel instante marcaría un punto de inflexión: el joven dejaba de ser una sombra temblorosa para convertirse en alguien dispuesto a luchar por su voz.

Iris abrió el bolso y sin pronunciar palabra guardó el USB. Sacó un bolígrafo plateado junto a una libreta de tapas duras. Tenía la costumbre de escribir con rapidez lo esencial: datos, fechas,

gestos. Era un hábito que le venía de los años en el periodismo, cuando cada segundo podía significar perder un detalle crucial.

—Cuéntame con calma, Oliver —dijo, preparando la página en blanco—. Empecemos por lo básico: ¿cuándo le diste tu manuscrito a Douglas?

El joven se pasó la lengua por los labios resecos.

—Está todo en el USB que le he entregado. El 14 de mayo. Lo recuerdo porque fue el mismo día que terminé un curso de escritura creativa en Bloomsbury.

—¿Cómo se lo entregaste? —insistió Iris, con el bolígrafo listo.

—Por mensajería. Tengo el recibo. Y también le envié un correo electrónico avisándole.

Iris escribió: *14 de mayo – entrega física + correo*.

—¿Quién más lo sabía?

Oliver pensó unos segundos.

—Solo Lydia, mi novia—dijo señalando a una chica joven que nos miraba expectante unos metros más allá recostada sobre una columna del salón—. Me ayudó a encuadernarlo. Y el profesor del curso, que me vio salir con la carpeta bajo el brazo.

La escritora anotó ambos nombres. *Testigos potenciales*.

—Bien. Ahora, dime: ¿cuándo empezaste a sospechar que Douglas había usado tu texto?

—En julio, cuando en una entrevista dijo que estaba trabajando en "una novela de guerra contemporánea con un protagonista desencantado". Era mi sinopsis exacta.

Iris escribió otra línea. *Julio – declaración pública = coincidencia sospechosa*.

Levantó la vista para observarlo. Oliver no parecía inventar nada: hablaba con la seguridad de alguien que repite un recuerdo doloroso una y otra vez.

—¿Guardas los borradores con fecha? —preguntó ella.

—Sí. En mi portátil. También en la nube. Y algunas impresiones las dejé en casa de mi novia.

Iris asintió, satisfecha. Aquello reforzaba la credibilidad del chico: múltiples copias, varios soportes, testigos.

Se inclinó hacia él.

—Oliver, ¿eres consciente de que todo lo que me estás diciendo te convierte en el sospechoso perfecto? —preguntó con franqueza.

El joven tragó saliva, y su rostro palideció aún más.

—¿Sospechoso… de qué?

—De lo obvio —replicó Iris, bajando la voz—. Si Douglas te acusa de quererte hacer famoso a su costa lo vas a tener difícil.

Oliver hundió la cabeza entre las manos.

—No… no puede ser. Yo no haría algo así.

Iris lo observó en silencio durante un par de segundos, calibrando la sinceridad en su gesto. La desesperación era real, no impostada. Pero eso no lo salvaría de la sospecha si el asunto estallaba.

—Por eso —dijo ella, anotando la última línea en su libreta— debemos adelantarnos. Documentar cada paso, cada prueba, antes de que otros armen una versión conveniente de la historia.

Oliver levantó la vista, con una mezcla de miedo y gratitud.

—¿Me va a ayudar?

Iris cerró la libreta de un golpe seco.

—Voy a ayudar a la verdad, Oliver. Y si tú la tienes de tu parte, entonces también a ti.

El chico asintió. Durante un instante, el ruido del salón desapareció, y lo único que quedó entre ellos fue una alianza tácita:

la escritora y el joven estafado, unidos por la certeza de que la gala estaba a punto de convertirse en el escenario de algo bastante más complicado.

Oliver se dejó caer contra el respaldo del sofá, agotado por la confesión. Sus hombros parecían hundirse bajo un peso invisible. Iris lo observaba en silencio: aquel joven no era un criminal, pero sí era carne de sospecha si Douglas decidía hacerle la vida imposible.

—¿Sabe qué es lo peor? —dijo de pronto, con un hilo de voz —. Que no es solo la obra. Es mi confianza lo que me ha robado. Creí que alguien como Stansfield podía ser un mentor, alguien a quien admirar… y en realidad era un elegante ladrón.

Iris se cruzó de brazos.

—Douglas no roba para sobrevivir, Oliver. Roba para demostrar que puede hacerlo. Esa es su crueldad: convertir a otros en invisibles mientras él se engrandece.

El joven alzó la mirada con un brillo húmedo.

—¿Y ahora qué me queda? Si hablo, me dirán resentido. Si callo, él se lleva la gloria. Y si me enfado, terminaré siendo el loco al que todos señalarán.

Un camarero pasó cerca con una bandeja de copas. Oliver rechazó el champán con un gesto brusco.

—Ni siquiera puedo brindar —murmuró—. ¿Cómo voy a celebrar que me han borrado de mi propia historia?

Iris le colocó una mano en el brazo.

—No eres invisible, Oliver. Solo tienes que resistir el juego de sombras de esta gente.

El joven rio sin humor.

—Sombras… Sí. Eso somos todos aquí: sombras que giran alrededor de un hombre que se cree el sol.

Sus palabras sorprendieron a Iris por su lucidez. El chico podía estar herido, pero no era tonto. Eso lo volvía aún más vulnerable: sabía la magnitud de lo que había perdido, y ese conocimiento lo hacía peligroso para sí mismo y para los demás.

En ese instante, la música del salón cambió a un vals ligero. Douglas reía al otro lado del salón, rodeado de editores. El contraste era insoportable: un hombre celebrando un triunfo robado, y el joven al que había despojado sentado en un rincón, reducido a la nada más absoluta.

Iris apretó la libreta entre los dedos. En ese contraste estaba la clave. El triunfo de uno siempre significaba la derrota de otro. Ese equilibrio injusto en el que se basa la vida.

Iris pensó con amarga ironía:

—En el mundo literario no existen ladrones de guante blanco. Solo hay vampiros con contrato editorial.

7

El murmullo del salón volvió a subir como una marea. Iris levantó la vista del rostro abatido de Oliver y vio de nuevo a Lydia, la novia de Oliver. De pie a unos metros, a medio camino entre la luz dorada de las lámparas y la penumbra de un rincón olvidado.

Llevaba un vestido sencillo, de color marfil, que contrastaba con el sobre marrón que apretaba contra su pecho como si fuera un salvavidas. Sus ojos no se movían del sofá donde Iris y Oliver conversaban. Era una mirada cargada de duda, de miedo y, sobre todo, de decisión aplazada.

Iris no hizo ademán de llamarla. Prefirió observar. Aprendió hace años que, cuando alguien se debate entre hablar y callar, lo peor que puedes hacer es presionarlo. Había que dejar que el silencio hiciera su trabajo.

Lydia dio un paso hacia delante, como si quisiera acercarse, pero se detuvo en seco cuando Douglas Stansfield apareció riendo entre un grupo de editores a pocos metros de allí. Su reflejo en el espejo del salón bastó para congelarla. Sus dedos se clavaron con más fuerza en el sobre, arrugando el borde de las páginas que contenía.

Oliver no se dio cuenta de nada: estaba demasiado ocupado hundido en su propia angustia. Pero Iris sí. Y esa imagen —una mujer con un sobre en brazos, paralizada por la sombra de Douglas — se le quedó grabada como una nota roja en la partitura de la noche.

El camarero que pasaba cerca saludó a Lydia con un gesto rutinario. Ella respondió con un movimiento torpe de cabeza y se giró de nuevo hacia el corredor lateral, como si la presencia de

Douglas la hubiera obligado a esconderse. El sobre permanecía pegado a su cuerpo, su única defensa.

Iris apoyó el codo en el brazo del sofá y anotó en su libreta: *"Lydia – sobre – secreto = clave"*. No necesitaba más. Había cubierto suficientes juicios como para reconocer el lenguaje corporal de un testigo que guarda dinamita en silencio.

De pronto, Douglas, que aún hablaba con exagerada elocuencia al grupo de periodistas, alzó la voz lo suficiente para imponerse sobre el bullicio:

—Lo mejor de escribir —proclamó— es tener la última palabra.

Las risas que le siguieron parecieron coreografía ensayada. Iris giró la cabeza hacia Lydia, y la vio retroceder dos pasos. Aquella frase la había golpeado como un látigo. El sobre se le resbaló un instante de las manos, pero ella lo atrapó de nuevo y desapareció por el pasillo de servicio, igual que una sombra que huye de la luz.

Iris se levantó del sofá, dejando a Oliver con su copa intacta y los hombros caídos. El salón seguía vibrando con música, pero para Iris la escena había cambiado de tono: ya no era solo un cóctel literario, era un tablero cargado de piezas al borde del colapso.

La orquesta del hotel atacó una melodía ligera, un swing que pretendía devolver al salón una alegría artificial. Entre los corrillos de editores, periodistas y escritores, un grupo de operarios colocaba en el centro de la sala una vitrina de cristal. Dentro, sobre una base forrada de terciopelo azul, resplandecía el trofeo de los "London Book Awards".

El objeto era inusual: una figura metálica alargada, mitad pluma estilográfica, mitad daga ritual. Su brillo reflejaba las lámparas de araña como si cada ángulo escondiera un destello distinto. No era un adorno amable; había algo perturbador en su forma afilada, como si hubiera sido concebida para herir tanto como para premiar.

Los invitados se arremolinaron en torno a la vitrina. Los teléfonos móviles se alzaron en el aire: cada cual quería su fotografía junto al galardón. Algunos posaban con sonrisas falsas, otros preferían un gesto solemne, conscientes de que aquella imagen se publicaría en Instagram antes de que terminara la velada.

Iris se acercó despacio. Tomó nota del entusiasmo con que los asistentes se comportaban ante un objeto que, en el fondo, era solo metal tallado. Pero también comprendía el magnetismo: ese trofeo simbolizaba consagración, prestigio, contratos millonarios. Era el sueño de todos los que se apiñaban en la sala, disfrazado de arte contemporáneo.

Douglas Stansfield, consciente del efecto que generaba, decidió apropiarse una vez más del protagonismo. Se abrió paso hasta la vitrina con una teatralidad calculada, y sin pedir permiso, levantó la tapa de cristal. El murmullo se detuvo. Con ambas manos, tomó el trofeo y lo alzó como si fuese una corona destinada a su propia cabeza.

—Brilla como mi carrera —proclamó, con una sonrisa que destilaba vanidad.

Un destello de flashes lo inmortalizó en esa pose arrogante. Iris apretó los labios: era un gesto demasiado obvio, demasiado provocador. La sala había acumulado ya suficiente veneno, y Douglas se dedicaba a agitarlo como quien remueve azúcar en un café.

Percival Ashdown, que ya se tambaleaba de forma ostensible con una copa a medio llenar, se acercó al grupo con una sonrisa torcida.

—¡Vaya pieza! —exclamó, señalando el trofeo—. Sirve lo mismo para coronar a un rey… que para cortar gargantas.

Las risas que estallaron no fueron francas, sino nerviosas. Patricia Redcliffe, junto a él, se llevó la mano a la boca con gesto incómodo. Percival, divertido con la reacción, guiñó un ojo hacia ella.

Douglas arqueó una ceja, ofendido.

—Siempre tan melodramático, Ashdown.

—Y tú siempre tan obsceno, Douglas —replicó Percival, levantando su copa a modo de brindis—. Pero mira ese filo. Si lo miras mucho rato, te devuelve la mirada. Yo que tu tendría mucho cuidado…

El silencio que siguió pesó más que cualquier carcajada. Iris notó cómo varios asistentes apartaban la vista del trofeo, como si de pronto se hubieran dado cuenta de lo inquietante que resultaba.

Douglas, ignorando el malestar general, colocó el trofeo sobre la mesa de honor, junto a su copa de whisky. Le dio un par de golpecitos con los nudillos, como quien marca territorio.

—Ahí está —dijo, con tono triunfal—. Donde debe estar: conmigo.

La atención del salón seguía centrada en el trofeo, pero Douglas Stansfield, fiel a su costumbre, decidió crear un espectáculo paralelo. Con un gesto de mano llamó a unos cuantos invitados selectos y los condujo hacia un reservado lateral del hotel: un pequeño salón privado, con cortinas pesadas de terciopelo y una lámpara de araña más discreta.

Iris, curiosa, se deslizó detrás del grupo, lo bastante cerca como para no perder detalle, pero sin hacerse notar. Se mezcló con un par de críticos literarios y un editor que cuchicheaban entre sí, todos deseosos de ver qué nuevo truco sacaría Douglas de la manga.

En el centro de la sala, Stansfield sacó de una carpeta rígida varias páginas mecanografiadas. Las desplegó sobre la mesa como un prestidigitador que muestra sus cartas. Los murmullos se intensificaron: pocos tenían acceso al "misterioso" manuscrito del supuesto regreso triunfal.

—Señoras y señores —proclamó con voz engolada—, lo que tienen delante es el fruto de años de experiencia, noches en vela y

una mente prodigiosa que no descansa jamás.

Algunos sonrieron, otros aplaudieron suavemente. Douglas prosiguió, encantado con su auditorio:

—Mi nueva obra será un clásico instantáneo, superior a cualquier novela bélica publicada desde la segunda guerra mundial.

Una afirmación tan desmesurada provocó algunas risas discretas, pero nadie lo contradijo en voz alta. El miedo a sus burlas públicas era demasiado fuerte. Iris, sin embargo, notó cómo varios intercambiaban miradas de duda.

El escritor alzó una de las páginas, casi temblando de placer al leer en voz alta un pasaje donde el protagonista describía el horror de una ciudad devastada por la guerra.

Su tono teatral convertía la escena en una farsa. Iris lo escuchaba con gesto neutro, pero su mente hacía conexiones a toda velocidad. Recordó la conversación con Oliver. Recordó las fechas, las copias guardadas, los testigos. La sospecha fundada se estaba empezando a convertir en certeza.

Mientras Stansfield recibía los aplausos huecos de su círculo, Iris notó cómo un escalofrío le recorría la espalda. No era solo plagio: era una ejecución calculada para presentarse al mundo como el genio renacido. Y lo más inquietante era que, en aquella sala, nadie parecía dispuesto a desmentirlo.

En ese instante, Douglas volvió a guardar las páginas en su carpeta con un gesto triunfal.

—El futuro está escrito, queridos amigos. Y lo tengo yo entre mis manos.

El grupo aplaudió con desgana. Iris se apartó en silencio, más convencida que nunca de que Oliver Trent no solo decía la verdad, sino que estaba en un peligro mucho mayor del que imaginaba. Ante una acusación de plagio Douglas no se iba a quedar cruzado de brazos y machacaría con todos los medios a su alcance a aquel pobre muchacho.

Mientras Douglas regresaba al salón central, satisfecho con el eco de sus propias palabras, el ambiente había cambiado de tono. El trofeo seguía brillando bajo los focos, pero las conversaciones ya se mezclaban con carcajadas más fuertes y un murmullo cargado de alcohol.

Iris había conseguido apartar a Percival hacia un rincón, lo bastante lejos de las miradas indiscretas para que pudiera serenarse al menos unos minutos. El poeta seguía bebiendo, aunque ahora murmuraba versos incoherentes en vez de gritar.

Mientras ella anotaba discretamente en su libreta las reacciones de la sala, percibió un movimiento distinto. Lydia, la novia de Oliver, se aproximaba con pasos vacilantes. Sujetaba el sobre marrón que Iris ya había visto antes, y lo apretaba contra su pecho como si temiera que alguien se lo arrancara.

—¿Iris Penrose? —preguntó en voz baja, apenas audible entre la música y las risas.

—Sí, dime —respondió la escritora, girándose hacia ella.

Lydia se sentó de golpe a su lado, con la respiración agitada. Abrió el sobre con dedos temblorosos y le tendió unas páginas mecanografiadas y de nuevo un USB como el que le había entregado Oliver.

—Por favor… léalo. Y eche un vistazo cuando pueda a los archivos de ese USB. Pero no aquí. Guárdelo todo y véalo cuando buenamente pueda.

Iris aceptó el paquete con calma. Pasó los ojos por la primera hoja y reconoció al instante el estilo: frases directas, metáforas contundentes, imágenes que se alejaban de la pomposidad de Stansfield. Era la voz de Oliver.

Levantó la mirada hacia Lydia.

—¿Sabes lo que me estás dando? —preguntó con un tono neutro, sin revelar emoción.

Lydia asintió con brusquedad.

—Pruebas. —Su voz era un susurro, casi cortado por el miedo —. Si Douglas descubre que se lo hemos entregado… arruinará la carrera de Oliver como escritor para siempre.

Iris introdujo el USB en el sobre, lo cerró y lo deslizó dentro de su bolso.

—Oliver ya me ha entregado otro USB y me ha enseñado una parte de su manuscrito ¿Por qué me das a mí otro USB y el manuscrito completo?

Los ojos de Lydia se humedecieron.

—Porque sé que usted escucha. Que no se ríe de la gente como él hace. Y porque si esto queda en silencio, mi novio quedará destruido. En mi USB están todas las pruebas de que la novela de Stansfield es un plagio absoluto del manuscrito de Oliver. Ahí tiene usted todas las pruebas. Me gustaría que lo viera todo en algún momento…

Esas palabras confirmaron lo que Iris ya sospechaba: Lydia no era solo una testigo colateral, sino parte directa del drama. Su entrega del sobre con una completa recopilación de pruebas era un acto de desesperación.

En el centro del salón, alguien comenzó otro brindis. El trofeo volvió a alzarse bajo los focos. Iris observó el contraste: mientras todos celebraban con copas en alto, una joven se encogía en la sombra entregándole un paquete que podía dinamitar la reputación de un escritor consagrado. "En el mundo literario nadie brinda con champán: todos brindan con pólvora, solo que esperan a que sea el otro el que encienda la cerilla".

—Lydia, escucha —dijo Iris en tono sereno—. Esto que acabas de hacer es peligroso. Y no solo para ti. ¿Estás preparada para lo que puede implicar?

Lydia bajó la mirada y negó con la cabeza.

—No… pero no tengo otra opción.

Iris apretó el bolso contra su costado. Ahora lo tenía claro: la noche no era solo una gala literaria. Era un tablero con demasiados jugadores ocultando cartas.

Y la que Lydia acababa de poner en sus manos era una bomba de relojería.

8

El salón había perdido parte de su brillo inicial. El champán corría aún con generosidad, pero las sonrisas comenzaban a torcerse en gestos fatigados, y el murmullo de las conversaciones tenía un filo distinto, más agudo, casi venenoso. Iris lo notó al instante: aquella ya no era una fiesta, sino un terreno donde se cruzaban cuchillos envueltos en terciopelo.

Avanzó entre los grupos, copa en mano, aparentando ligereza. No era la primera vez que usaba esa estrategia: cuando trabajaba como periodista de sucesos, había aprendido que lo más valioso no se decía frente a un micrófono, sino en un susurro mal calculado, en un gesto de soberbia o en una confidencia lanzada en un pasillo.

—No le durará el éxito —escuchó de pronto detrás de ella, una voz femenina cargada de desprecio—. Todos sabemos que vive de reciclar.

Iris se giró discretamente. Dos jóvenes escritores cuchicheaban junto a una columna. Uno gesticulaba con las manos, señalando hacia donde Douglas Stansfield hablaba con un grupo de editores. La otra asintió con amargura.

—¿Recuerdas el premio de hace tres años? —murmuró él—. Dicen que ese manuscrito se lo sopló a otro.

Iris siguió su camino sin interrumpir, pero el dato quedó grabado en su memoria. Reincidencia. Stansfield no era solo arrogante: era evidente que arrastraba un completo historial de sospechas.

A unos metros, Percival Ashdown insistía en declamar versos a Patricia Redcliffe, pero la broma había perdido encanto. Su tono se

volvía más áspero, su mirada más fija, y Patricia buscaba refugio con los ojos en otro lugar como si la cosa no fuera con ella.

Iris encontró a Frances Davenport en el bar lateral del salón, apartada del bullicio. La crítica removía lentamente un Martini seco, como si cada giro de la aceituna le ayudara a ordenar sus pensamientos. Su postura recta transmitía control absoluto, pese a que sus ojos brillaban con una furia contenida.

—¿Le importaría si me uno? —preguntó Iris, con su tono más diplomático.

Frances levantó la mirada.

—No me importa. Pero ya le advierto: no soy buena compañía cuando tengo la pluma cargada.

Iris sonrió y se sentó.

—A veces las mejores conversaciones surgen de eso.

Hubo un silencio breve. Frances dio un sorbo al Martini y, sin rodeos, dijo:

—Stansfield no ha escrito ni la mitad de lo que presume.

Iris arqueó una ceja.

—¿Lo dice por su estilo o por otra cosa?

—Lo digo porque siempre he leído antes todas sus historias —Frances apoyó el vaso en la barra con un golpe seco—. Cambia nombres, cambia escenarios, pero el esqueleto es el mismo. Una vez es inspiración, dos veces es coincidencia… tres veces ya es robo.

Iris recordó las páginas que Lydia le había entregado en secreto. No podía enseñarlas todavía, pero el comentario de Frances confirmaba su sospecha.

—Por lo que cuenta, el problema de Stansfield no es que robe historias, es que ni siquiera sabe disimular las huellas dactilares. ¿Tiene pruebas? —dijo Iris suavemente, más como una afirmación que como una pregunta.

Frances soltó una carcajada seca.

—Pruebas… Siempre piden pruebas. Como si bastara con guardar borradores. —La crítica se inclinó hacia ella—. Le daré algo mejor: tengo memoria. Yo recuerdo frases, giros, estructuras. Puedo recitar de memoria un párrafo de hace cinco años y compararlo con otro que haya leído esta noche. Y créame: es el mismo ladrón disfrazado de genio.

Iris se inclinó hacia delante, intrigada.

—¿Y por qué no lo denuncia abiertamente?

Frances clavó los ojos en ella.

—Porque la crítica puede arruinar una carrera, pero el poder de Douglas puede arruinar una vida. Pregúnteles a los autores que desaparecieron después de cruzarse con él.

El silencio posterior pesó como plomo. Iris tomó un sorbo de su gin-tonic mientras mantenía el gesto neutro. Sabía que Frances hablaba en serio.

—De modo que se guarda la bala —comentó con ironía—, esperando el momento adecuado.

Frances sonrió de medio lado.

—Exacto. Y esta noche puede que sea el momento.

Un grupo de editores entró en el bar, y Frances cerró la conversación con un gesto rápido. Se levantó y añadió en voz baja:

—Si alguien se atreve a desenmascararlo, no seré yo quien lo detenga.

Iris la vio alejarse, erguida, elegante, con la seguridad de quien ha lanzado un dardo envenenado y no necesita mirar dónde ha caído. Sacó su libreta y escribió tres palabras: *"plagio confirmado, enemistad letal"*.

El bar volvió a llenarse de voces, pero para Iris la noche había adquirido un nuevo matiz: ya no se trataba solo de rumores. Había

memoria, resentimiento y testigos dispuestos a hablar. Y todo apuntaba a Douglas Stansfield como el epicentro de una tormenta que todavía no había estallado.

Pero que estaba a punto de estallar.

9

El bullicio del salón se había vuelto más áspero, más denso. La música de la orquesta sonaba alegre, pero los invitados ya no bailaban: preferían acodarse en la barra o formar pequeños corros de cuchicheos venenosos. En ese ambiente cargado, Percival Ashdown brillaba —o más bien ardía— con un fulgor que no presagiaba nada bueno.

Llevaba la chaqueta aterciopelada desabrochada, la corbata torcida y la copa en la mano como un estandarte. Había encontrado en Patricia Redcliffe, la joven de sonrisa tímida y vestido azul que le acompañaba esa noche, a su musa improvisada. Y no la dejaba respirar.

—Patricia, eres la constelación que guía al náufrago —declaró, inclinándose demasiado cerca—. Sin ti, este salón sería un agujero negro de mediocridad.

Ella rio por cortesía, pero sus ojos buscaban una salida. Dio un paso hacia atrás, pero Percival avanzó con ella, manteniendo la distancia mínima.

—¿Sabes qué tienen en común un poema y una copa de champán? —preguntó con voz arrastrada.

Patricia abrió la boca, pero no alcanzó a responder. Percival levantó la copa y proclamó:

—Que ambos se derraman si no los sostienes con cuidado.

Un grupo de jóvenes escritores rio a carcajadas. Algunos grababan la escena con sus móviles, encantados de tener material jugoso para sus redes sociales. Patricia sonrió con rigidez, atrapada en una comedia que no había elegido.

Desde el otro lado de la sala, Iris observaba. Vio cómo Percival insistía en declamar poemas incoherentes, cada vez más posesivos. Patricia se retorcía entre sonrisas forzadas, presa de la presión social que le impedía apartarse de golpe y dejar a aquel tipo cada vez más borracho abandonado a su suerte.

La orquesta atacó un tema más rápido. El salón entero pareció vibrar de nuevo, pero Iris no se dejó engañar. Bajo la música, lo que flotaba en el aire no era alegría, sino una tensión cada vez más afilada.

Iris se movió hacia la barra lateral, atraída por un murmullo tenso que sobresalía del ruido general. Allí encontró a Mary Stansfield, impecable con un vestido negro de corte sobrio, enfrentada al editor de su ex marido, el todo poderoso Roland Chesterfield. Ambos se inclinaban hacia delante como duelistas que han cruzado las espadas.

—Te he repetido mil veces que ese anticipo era mío —decía Mary, con voz baja pero firme—. Douglas lo cobró gracias a mi contrato y jamás me lo entregó.

Roland agitó la copa de brandy, intentando parecer relajado.

—Mary, siempre con tus reclamaciones. Esto es un cóctel, no un despacho de abogados.

—No me vengas con sarcasmos, Roland. Tú estabas en la firma de aquel acuerdo. Sabes perfectamente que ese dinero no desaparece por arte de magia.

El editor suspiró, pasándose una mano por la frente.

—Douglas maneja sus cuentas como quiere. Yo no me meto.

Mary lo fulminó con la mirada.

—Claro que te metes. Tú no eres solo su editor. Eres su tapadera.

Iris, que se mantenía a unos pasos fingiendo interés en la carta de cócteles, registraba cada palabra. La hostilidad era tan

palpable que casi podía dibujarla en su libreta: *dinero robado + editor cómplice = móvil poderoso*.

—¿Sabes qué es lo peor? —continuó Mary—. Que Douglas presume de ser un genio, pero vive de parasitar a los demás. A mí me robó dinero, a otros les roba palabras.

Roland bajó la voz, nervioso de que alguien más pudiera oír.

—Mary, por favor. No armes un escándalo aquí.

Ella dio un sorbo a su copa y sonrió con frialdad.

—¿Escándalo? El verdadero escándalo aún no ha empezado. Todavía no os habéis enterado de quien soy yo—dijo en un tono claramente amenazante.

El silencio que siguió fue cortante. Roland apartó la mirada y fingió buscar a un camarero. Mary, en cambio, se giró con la cabeza bien alta, se puso en pie y se mezcló de nuevo entre los invitados.

Iris aprovechó para acercarse al editor.

—¿Problemas de cuentas, Roland?

Él se sobresaltó, como si le hubieran pillado robando.

—Iris Penrose… —balbuceó—. No, nada que le incumba. Asuntos viejos, sin importancia.

—Los asuntos viejos son los que más nos matan Roland… —replicó ella, dejando la frase flotando.

Roland Chesterfield forzó una sonrisa.

—Douglas y Mary siempre tuvieron una relación complicada. Usted sabe cómo son los divorcios.

Iris inclinó la cabeza, observándolo con ironía.

—Claro. En este gremio los divorcios no terminan en los juzgados, terminan en las editoriales. Y los anticipos desaparecen solos. Como los calcetines en la lavadora.

Roland abrió la boca, pero se contuvo. Dio media vuelta y se perdió en la multitud.

Iris anotó en su libreta: *Mary = móvil económico fuerte. Roland = encubrimiento sospechoso*.

El murmullo de la sala volvió a envolverla. La fiesta seguía, pero las grietas eran cada vez más visibles. Y Iris lo sabía: en esas grietas es donde se escondían los secretos.

El ambiente del salón se había vuelto espeso, como un caldo que hierve demasiado tiempo. Las risas sonaban forzadas, los brindis perdían entusiasmo y los camareros recogían copas a un ritmo cada vez más acelerado. Iris se movía entre los grupos con la ligereza de quien sabe que, en realidad, lo importante no está en lo que se dice en alto, sino en lo que se murmura en voz baja.

Fue entonces cuando reparó en un hombre tambaleante cerca de la barra: un periodista de cultura de un diario sensacionalista, famoso por su afición al whisky tanto como por sus titulares escandalosos. Tenía la corbata suelta, el rostro enrojecido y un vaso que parecía haberse rellenado demasiadas veces.

—¡Iris Penrose! —exclamó al verla, arrastrando las palabras—. La escritora detective. ¡Venga, siéntese conmigo!

Ella dudó un segundo, pero se acercó. A veces la verdad se esconde mejor detrás de una lengua suelta que en un comunicado oficial.

El periodista dio un trago largo y apoyó el vaso con un golpe en la mesa.

—¿Sabe usted lo que son estos premios, Iris? —preguntó, con una sonrisa torcida—. Una feria de vanidades. Contratos secretos, manuscritos robados, editores que firman cheques con una mano y con la otra se los quitan a los autores.

Iris ladeó la cabeza.

—Suena a material de portada.

—¡Oh, ya lo publiqué una vez! —rio, casi atragantándose—. ¿Recuerda aquel artículo sobre el jurado que votó un manuscrito antes de que estuviera terminado? Casi me cuesta el trabajo.

Iris arqueó una ceja.

—¿Y quién estaba detrás?

El periodista bajó la voz, como si de pronto recordara que aún quedaban oídos alrededor.

—Douglas. Siempre Douglas. Tiene amigos en todas partes. Y enemigos también.

Iris lo observó en silencio. El hombre parecía disfrutar con cada sorbo de confesión.

—Le diré más —añadió, inclinándose hacia ella—. Hay contratos que nadie ve. Anticipos adelantados a nombres que luego desaparecen. Y cuando alguien protesta… —hizo un gesto de cuchillo en la garganta—, carrera muerta.

Iris tomó nota mental, aunque sabía que con un testigo tan ebrio debía filtrar cada palabra. Aun así, el patrón se repetía: Douglas Stansfield como centro de un entramado de abusos y traiciones.

El periodista se dejó caer contra el respaldo, riendo solo.

—Mañana escribiré un artículo. O no. Quizá me quede dormido antes. Pero usted, Iris, usted sí debería escribirlo. Tiene buena pluma… y la gente la escucha.

Ella sonrió con ironía.

—Prefiero no escribir bajo los efectos del alcohol.

—Entonces nunca trabajará en mi periódico —rio él, antes de servirse otra copa.

Iris se levantó despacio. El hombre ya balbuceaba incoherencias, perdido entre los vapores de lo que debía de ser su octava o novena copa de la noche. Pero lo importante estaba dicho:

rumores de contratos secretos, de manuscritos desaparecidos, de autores arruinados. Todo señalaba al mismo nombre.

Mientras regresaba al centro del salón, Iris sintió que el ambiente se había cargado aún más. El trofeo brillaba en lo alto de la mesa, como un faro macabro. Y en torno a él, los sospechosos se multiplicaban.

Iris apretó su libreta. Aquella noche estaba dejando de ser una fiesta literaria para convertirse en un escenario sumamente complicado.

Demasiado complicado.

10

El personal del hotel transformó el salón en cuestión de minutos. Donde antes había corrillos ruidosos y copas derramadas, ahora filas de sillas se alineaban con precisión militar frente a un escenario con cortinas de terciopelo granate. En el centro, un atril de madera oscura esperaba a los presentadores, flanqueado por dos focos que bañaban de luz la escena.

Iris observaba el cambio con interés. No era la primera vez que asistía a una gala de premios, pero había algo en el aire —un nerviosismo apenas contenido, una expectación más afilada de lo normal— que la hacía distinta.

Quizá fueran los rumores de plagio, quizá el trofeo con forma de daga brillando en su pedestal al borde del escenario, o quizá el hecho de que Douglas Stansfield parecía haberse coronado incluso antes de escuchar su nombre como ganador del premio.

Los invitados iban ocupando sus asientos. El murmullo se convirtió en un zumbido continuo, interrumpido de vez en cuando por el clic de cámaras de fotógrafos y el pitido discreto de teléfonos que capturaban stories para Instagram.

"#londonawardslive", leyó Iris en la pantalla de una chica delante de ella. Todo estaba diseñado para exhibirse en tiempo real, como si la ceremonia no existiera sin likes en redes sociales.

Percival Ashdown se sentó en la segunda fila, tambaleante pero aún orgulloso, con Patricia Redcliffe a su lado. Patricia cruzaba los brazos, incómoda, y evitaba la mirada de su poeta, que le murmuraba versos al oído como si estuvieran en un escenario privado.

Mary Stansfield entró poco después, impecable, con un abrigo de satén colgando de los hombros. Su expresión era de hielo pulido.

Se acomodó sola en un extremo, sin saludar a nadie, como si el salón entero fuera un tribunal al que debía enfrentar con la cabeza alta para reclamar lo que era suyo.

Roland Chesterfield, el editor, apareció justo después y, al verla, cambió de dirección para sentarse lo más lejos posible.

Los organizadores subieron al escenario para dar las últimas instrucciones a los técnicos de sonido. El micrófono chirrió, un detalle menor que bastó para arrancar una risa nerviosa entre el público.

Frances Davenport, la crítica del "Times", estaba en la tercera fila, cuaderno en mano, escribiendo sin parar. De vez en cuando levantaba la vista hacia el trofeo, como si estuviera escribiendo su epitafio antes de tiempo.

Iris se sentó al final de la cuarta fila, en el pasillo. Prefería esa posición: le permitía ver tanto el escenario como a los asistentes. Había aprendido que en este tipo de eventos las verdaderas historias no suceden en el atril, sino en los gestos robados entre filas, en los murmullos a destiempo, en la forma en que una mano se cierra con rabia sobre un programa de gala.

El murmullo se fue apagando cuando un presentador apareció en escena. Era un famoso periodista televisivo, conocido por su sonrisa de anuncio dental y su exagerado tono entusiasta. Saludó con un "¡Buenas noches, Londres!" que arrancó aplausos automáticamente.

La ceremonia había comenzado. Y con ella, Iris sintió que el salón entero se tensaba como un arco cargado. El disparo aún no había salido, pero todos sabían que lo haría pronto.

El presentador repasó un guion de cortesía: agradecimientos al hotel, a los patrocinadores, al jurado y al comité organizador. Su sonrisa reluciente contrastaba con la impaciencia que se respiraba en la sala. Los invitados, más interesados en saber quién saldría coronado que en escuchar elogios vacíos, aplaudían con desgana.

Iris, desde su asiento en el pasillo, escaneaba rostros. Oliver Trent se retorcía las manos, encogido en su chaqueta demasiado grande, con la corbata aun torcida como si se hubiera rendido a su propio desaliño. Douglas Stansfield, sentado en primera fila, se acomodaba como un rey que solo espera que el heraldo lo proclame vencedor.

El presentador dio paso a la presidenta del jurado, una mujer de voz grave y porte solemne. Subió al escenario entre aplausos correctos y se situó frente al atril.

—Este año —dijo— celebramos no solo la literatura, sino el poder de las historias para unirnos, inspirarnos y, en ocasiones, desafiarnos a nosotros mismos.

Una frase elegante, pensó Iris, pero vacía. La presidenta continuó con metáforas sobre puentes entre culturas y "la voz eterna de la narrativa".

Al terminar, aplausos tibios. Fue entonces cuando el presentador anunció a Frances Davenport como encargada de unas palabras "sobre el estado de la crítica literaria contemporánea". Iris sintió cómo varias cabezas se giraban: con Frances en un escenario, nunca había neutralidad.

La crítica subió con paso firme. No llevaba papeles. No los necesitaba.

—Buenas noches —empezó, con voz clara—. Me han pedido que hable del papel de la crítica en la literatura. Podría hablar de teoría, de análisis textual, de contextos culturales. Pero prefiero hablar de lo que todos piensan y nadie dice.

Un murmullo recorrió la sala. Douglas Stansfield, en primera fila, alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Vivimos tiempos —continuó Frances— en los que la celebridad pesa más que la calidad, y el marketing más que la verdad. El éxito editorial se mide en trending topics, no en páginas memorables.

Iris observó la pluma envenenada desplegarse con precisión. Frances no nombraba a Douglas, pero todo el mundo sabía a quién estaba apuntando con sus palabras.

—Lo grave —añadió, paseando la mirada por el público— es cuando un autor no solo se beneficia de ese sistema, sino que lo parasita. Cuando convierte las ideas de otros en su propia mercancía. Cuando la crítica deja de ser análisis para convertirse en un trámite molesto en su camino hacia el aplauso.

Un silencio helado inundó el salón. Frances clavó la mirada en Douglas, que apenas esbozó una sonrisa sarcástica, como si la acusación le divirtiera. Patricia Redcliffe, sentada junto a Percival, se removió incómoda. Oliver Trent bajó aún más la cabeza, sus manos apretando el programa de gala hasta arrugarlo.

Frances concluyó con frialdad:

—La crítica existe para recordar que la literatura es un arte, no una estafa. Buenas noches a todos.

Aplausos dispersos, algunos entusiastas, otros dubitativos. Iris notó que las palmas no eran por educación, sino por tensión liberada. Frances regresó a su asiento, altiva, y abrió de nuevo su cuaderno como si nada hubiera pasado.

El presentador retomó la palabra con una sonrisa nerviosa.

—Muchas gracias, Frances… siempre tan… apasionada…

El salón estaba ya en ebullición. Y la ceremonia apenas acababa de empezar.

El presentador, con la sonrisa algo más rígida después del discurso de Frances, pasó a las primeras categorías de la noche. Eran galardones menores: "Mejor debut", "Ensayo cultural" y "Novela de género histórico". Nadie esperaba sobresaltos, pero el salón estaba demasiado cargado como para reaccionar con indiferencia.

La ganadora del premio al "Mejor debut" fue una joven de veintitantos con vestido plateado que, temblando, subió al escenario

y agradeció el premio a sus padres y a sus seguidores de TikTok que la apoyaban "desde el primer día".

Hubo aplausos sinceros, aunque Iris notó cómo algunos escritores más veteranos ponían cara de sorpresa ante la mención de las redes sociales como motor de éxito literario.

En la cara de Oliver Trent, la tensión era evidente. El joven escritor golpeaba con el pie en el suelo, mirando de reojo a Douglas Stansfield. Cada premio que se otorgaba parecía recordarle que su obra estaba desaparecida en manos del hombre más odiado del salón. Iris percibió ese temblor en sus labios, esa mezcla de frustración y miedo que podía estallar en cualquier momento.

El galardón al "Ensayo cultural" fue para un académico de Oxford, de barba gris y gafas redondas. Su discurso, plagado de referencias filosóficas, fue recibido con bostezos disimulados. Douglas aprovechó para mirar su móvil y responder mensajes, con una sonrisa sardónica, como si todo lo que ocurría en el escenario fuera un preámbulo irrelevante para su gran momento.

Cuando se anunció la categoría de "Novela histórica", un escritor de mediana edad se levantó de golpe al escuchar el nombre de otro colega. Su rostro se crispó, los aplausos se volvieron incómodos. Desde la quinta fila alguien murmuró:

—Otra vez Douglas metiendo mano en el jurado.

Iris giró la cabeza y vio que había varios asistentes que asentían con amargura. El rumor crecía como chispa en pólvora. El nombre de Stansfield flotaba incluso en premios que no tenían nada que ver con él.

Mientras el ganador agradecía al jurado y posaba con el trofeo, Iris se centró en los corrillos que se formaban entre las filas. Vio cómo Frances escribía a toda velocidad en su cuaderno, capturando cada reacción. Percival, en cambio, estaba demasiado ocupado intentando llamar de nuevo la atención de Patricia, que respondía con monosílabos y sonrisas tensas.

Mary Stansfield, en el extremo de la sala, se mantenía hierática, sin aplaudir más de lo necesario. Roland Chesterfield intentaba hablar con un colega editor, pero su risa sonaba falsa, demasiado alta, demasiado nerviosa.

El presentador anunció una breve pausa antes de la categoría principal. Los camareros entraron con bandejas de vino y copas nuevas, y el murmullo regresó como una ola. Iris aprovechó para recorrer con la vista el salón: veía máscaras de cortesía, pero debajo había rostros crispados, envidias mal disimuladas y un aire de resentimiento colectivo.

"Todos esperan que Douglas gane", pensó Iris. "Y todos, al mismo tiempo, desean que pierda."

El murmullo de la pausa se convirtió en un campo de batalla invisible. Los camareros iban y venían con copas nuevas, pero lo que realmente circulaba eran las miradas.

Unos ojos ardían de envidia, otros brillaban de rencor y unos pocos, como los de Oliver Trent, parecían a punto de derramarse en lágrimas.

Iris lo localizó fácilmente: estaba sentado en el borde de la silla, con la espalda encorvada y los dedos crispados sobre el programa de la gala, que había reducido a un amasijo de papel arrugado. Tenía la respiración entrecortada, los labios pálidos y el temblor de quien contiene un volcán.

Se acercó con calma, procurando que pareciera un simple paseo entre filas.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja, inclinándose hacia él.

Oliver levantó la vista. Sus ojos estaban húmedos, pero lo que más llamó la atención de Iris fue la furia en su expresión.

—Va a ganar, ¿sabe? —susurró—. Y todos van a aplaudir. Y yo… yo voy a quedarme sentado mientras me roba la vida en público.

Iris se sentó a su lado.

—No puedes perder los papeles aquí, Oliver. Eso es lo que él quiere: que te desmorones delante de todos.

Oliver apretó los dientes.

—Me quitó mi novela. Mi oportunidad. Y ahora va a posar con ese trofeo como si fuera el mayor genio de la literatura.

—Lo sé —respondió Iris con calma—. Pero recuerda algo: los focos ciegan. Y mientras él se ciega con el brillo, tú puedes hacer lo que mejor se te da: escribir. La verdad siempre encuentra su manera de salir a la luz.

Oliver bajó la mirada. La arruga en el programa se hizo más profunda entre sus dedos.

—No soy como usted, Iris. Usted es fuerte, irónica, siempre parece tener el control. Yo solo soy un escritor torpe que confió en la persona equivocada.

Iris le tocó suavemente el brazo.

—No te equivoques. La diferencia entre nosotros es que yo llevo más tiempo sobreviviendo a gente como Douglas. Eso es todo.

Oliver respiró hondo, intentando contener el temblor. Al cabo de unos segundos, logró esbozar una media sonrisa amarga.

—¿Y qué hago ahora?

—Esperar —dijo Iris—. Observar. Y cuando llegue el momento adecuado, hablar. Pero no aquí, no ahora.

Oliver asintió con torpeza. Parecía un niño que intenta convencerse de que aún hay esperanza. Iris sabía que estaba sosteniendo a un muchacho al borde del derrumbe. Si Oliver estallaba en plena ceremonia, se convertiría en blanco fácil para todo el mundo literario de la ciudad de Londres y eso no le interesaba en absoluto.

Una música grandilocuente anunció el final de la pausa. Los invitados fueron ocupando de nuevo sus asientos, el murmullo apagándose poco a poco. Iris palmeó la mano de Oliver antes de incorporarse.

—Levanta la cabeza —le susurró—. Que no te vean derrotado antes de tiempo.

Cuando se volvió hacia el escenario, vio a Douglas Stansfield en primera fila, acariciando la solapa de su traje como quien ajusta la corona antes de subir al trono. El trofeo, reluciente, esperaba a ser alzado.

Iris sintió un escalofrío. El ambiente estaba a punto de estallar.

Las luces del salón descendieron un punto, como si el propio hotel respirara antes de la revelación. El murmullo se apagó casi por completo cuando el presentador regresó al escenario, esta vez con una carpeta negra en la mano. El trofeo principal, colocado sobre el pedestal, parecía brillar con un fulgor metálico que reclamaba atención exclusiva.

—Señoras y señores —anunció el presentador con voz solemne—, ha llegado el momento que todos esperábamos. El "London Book Award" a la mejor novela del año.

Un aplauso breve, nervioso, recorrió el salón. Nadie sonrió de verdad.

Iris, desde su asiento en el pasillo, sintió cómo el aire se espesaba. Oliver Trent estaba fuera de sí. Frances Davenport, con el cuaderno apoyado en las rodillas, escribió una sola palabra y luego levantó la vista con gesto fiero. Percival Ashdown, con el rostro encendido por el alcohol, murmuraba versos inconexos que Patricia Redcliffe intentaba ignorar, mordiéndose el labio inferior.

Mary Stansfield permanecía inmóvil en su rincón, con los ojos fijos en el escenario como si se tratara de una ejecución pública. Roland Chesterfield, el editor de Douglas, se pasó el pañuelo por la

frente y bebió de un vaso de agua, incapaz de ocultar el sudor que lo delataba.

El presentador sonrió, disfrutando de la tensión que él mismo controlaba.

—Pero antes de anunciar al ganador, el jurado desea reconocer el talento de los finalistas.

Se encendió una pantalla gigante detrás del escenario, mostrando los nombres y portadas de las novelas en competición. Iris notó que Oliver tragaba saliva con un nudo en la garganta al ver la portada que había soñado para sí mismo, ahora convertida en escaparate del supuesto genio de Stansfield.

Uno a uno, los finalistas fueron mencionados. Cada nombre provocaba un aplauso breve, un murmullo, un destello de cámaras. Pero la atmósfera seguía contenida, como si el salón entero se negara a exhalar hasta que el veredicto fuera revelado.

Iris inclinó la cabeza hacia un lado y observó los detalles: el temblor de un pie nervioso aquí, el crujido de un programa de gala arrugado allá, el gesto de una mujer que cruzaba los brazos con rabia. Todos, de una forma u otra, estaban cargando contra Douglas sin decirlo en voz alta.

El presentador levantó la carpeta. El murmullo se extinguió.

—Y el ganador del London Book Award de este año es…

Un redoble de tambor. El salón entero contenía el aliento. Iris sintió el cosquilleo de la anticipación en la piel.

El nombre aún no había sido pronunciado, pero el desenlace era previsible. Y esa certeza era, precisamente, lo que hacía la tensión insoportable.

Iris pensó con ironía:

—En esta sala no esperan un premio: esperan una ejecución pública con champan de cortesía.

Douglas Stansfield sonrió antes de tiempo. Su cara daba la caza de la presa por segura.

11

El redoble de tambor se desvaneció. El presentador abrió la carpeta con gesto lento, calculado, como si saboreara cada segundo de expectación.

—¡¡Douglas Stansfield!!

El salón estalló en aplausos automáticos, más reflejo de protocolo que de entusiasmo. El sonido llenó el espacio, pero Iris distinguió en él un tono hueco, sin convicción. Era el tipo de aplauso que nace del deber, no de la admiración.

Douglas se levantó de inmediato, con la sonrisa de triunfo dibujada en los labios y el traje gris perla reluciendo bajo los focos. Alzó una mano para saludar, como un político en campaña. Se giró hacia el público y luego hacia las cámaras con una seguridad que rozaba la insolencia.

Oliver Trent, en su asiento, se encogió aún más. Sus manos temblaban tanto que el programa de gala se le resbaló al suelo. Nadie lo notó salvo Iris, que inclinó la cabeza para observar cómo el joven escritor luchaba contra la rabia y la impotencia.

Frances Davenport aplaudía con las palmas juntas apenas rozándose, expresión neutra, ojos brillantes de furia contenida. Iris vio cómo su pluma garabateaba a toda prisa en el cuaderno: un titular, seguro, que destrozaría a Douglas al día siguiente.

Mary Stansfield no movió un músculo. Apenas levantó las manos para golpear dos veces, un gesto mecánico que más parecía una burla silenciosa que una felicitación. El agente literario Roland Chesterfield, en cambio, aplaudía con energía desmedida, sonriendo de más, como si su entusiasmo exagerado buscara encubrir algo.

Percival Ashdown se puso de pie de un salto, copa en mano, y gritó un "¡Bravo, mentiroso!" que desentonó con el resto. Patricia

Redcliffe intentó sentarlo de nuevo, avergonzada, pero él insistió en aplaudir de pie, tambaleándose. Los fotógrafos no dejaron escapar la escena: Percival ebrio, Douglas triunfante. Material perfecto para la prensa.

Douglas avanzó por el pasillo central hacia el escenario. Cada paso estaba medido, como si hubiera ensayado la coronación. Cuando pasó cerca de Iris, ella notó un destello en su mirada: no era agradecimiento, sino desafío. Una sonrisa de quien no solo gana, sino que disfruta humillando.

El presentador lo recibió con un abrazo efusivo. Douglas tomó el trofeo con ambas manos y lo alzó en alto, dejándose cegar por el destello de los flashes. El metal afilado reflejó la luz como una espada ceremonial. El público volvió a aplaudir, ahora más fuerte, aunque Iris distinguió las caras: algunas tensas, otras resignadas, muchas envenenadas.

Iris cerró su libreta con calma. El guion estaba escrito: Douglas Stansfield, coronado rey de la gala. Y, sin embargo, entre el fulgor del triunfo, Iris percibió la grieta: la multitud no lo celebraba, lo soportaba. Esa diferencia lo marcaba todo.

Douglas Stansfield sostenía el trofeo como un cetro, con la sonrisa amplia y el mentón alto. El presentador se retiró un paso, dándole espacio para disfrutar de su momento. Desde el escenario, los focos lo bañaban en luz dorada, pero abajo, entre las filas, la penumbra revelaba gestos mucho más oscuros.

El primer plano de la cámara enfocó a los finalistas derrotados. Iris observó con interés: eran pequeñas tragedias personales escondidas tras sonrisas educadas.

Una escritora de mediana edad, cuyo nombre había sonado fuerte en las quinielas, aplaudía con frialdad. Sus labios estirados en una mueca rígida, los ojos sin brillo. Parecía repetir un mantra: *no muestres debilidad, no muestres debilidad*.

Otro finalista, un joven de traje ajustado y pendientes brillantes, fingía entusiasmo. Levantaba las manos más alto que

nadie, pero la mandíbula tensa lo delataba. Cada palmada era un disparo de frustración.

Una veterana de la crítica social, con más de treinta años en la industria, se giró hacia su acompañante y murmuró algo entre dientes. Iris alcanzó a leer en sus labios: "Otra farsa".

Los murmullos crecieron entre las filas más alejadas. Algunos asistentes hablaban en voz baja, otros grababan la escena para sus redes. El hashtag "#londonawardslive" empezaba a circular con comentarios sarcásticos: *"Otra vez gana el de siempre"*, *"Premio comprado"*, *"Douglas Stansfield coronado emperador del plagio"*.

Iris se inclinó un poco en su asiento. No necesitaba ver la pantalla de su móvil para saber que las redes ya hervían. El público del hotel estaba dividido, pero el público digital era aún más cruel.

Oliver Trent permanecía hundido en su silla, con el rostro oculto entre las manos. Apenas reaccionaba. A su lado su novia, Lydia Penrose trataba de recomponerse, pero el temblor en sus dedos la traicionaba. Frances Davenport, en cambio, parecía disfrutar tomando notas con más furia que nunca: su pluma arañaba el papel como un auténtico cuchillo.

Mary Stansfield cruzó las piernas con gesto elegante. Aplaudió un par de veces más, con lentitud, y luego bajó las manos al regazo. Su expresión era de satisfacción amarga: un *"te estás cavando tu propia tumba"* silencioso.

Roland Chesterfield parecía el único dispuesto a sonreír con entusiasmo exagerado, pero Iris captó el sudor en su frente y la manera en que se secaba las manos en el pantalón. No era alegría: era nerviosismo. Quizá miedo.

En la segunda fila, Percival Ashdown volvió a levantarse, esta vez tambaleante. Con la copa en alto, gritó:

—¡El gran Douglas! ¡El único e incomparable plagiador del talento ajeno!

Algunos rieron por lo bajo. Patricia Redcliffe intentó sentarlo tirándole de la manga, pero Percival se resistió. Sus palabras de burla serian publicadas en la prensa al día siguiente con toda seguridad.

El presentador aplaudía aún, fingiendo entusiasmo televisivo. Pero en el aire flotaba una sensación distinta: la de una victoria que había encendido más fuegos de los que apagaba.

Iris escribió en su libreta: *Ganador coronado. Finalistas humillados. Odio acumulado. Tensión lista para estallar.*

Y al mirar de nuevo al escenario, vio a Douglas inclinarse hacia el micrófono, preparado para hablar.

Douglas Stansfield se acomodó detrás del atril, el trofeo apoyado en una mano como si fuese un cetro medieval. Su sonrisa era amplia, estudiada, la de un hombre que sabe que los focos lo favorecen.

El murmullo en el salón se apagó. Todos esperaban palabras de agradecimiento, pero Iris sabía que Douglas jamás desperdiciaría la oportunidad de ajustar cuentas en público.

—Queridos colegas, amigos, críticos, lectores —comenzó con voz grave, modulada—. Este premio no es solo un reconocimiento a un libro. Es la confirmación de una trayectoria. Una prueba de que el talento verdadero siempre encuentra su lugar, pese a las envidias y a las calumnias.

Un murmullo recorrió las primeras filas. Frances Davenport apretó la pluma entre los dedos, como si quisiera partirla. Oliver Trent se removió en su asiento, con el rostro pálido, incapaz de levantar la vista. Iris observaba sin pestañear: Douglas no hablaba al público, hablaba a sus enemigos.

—Muchos de los aquí presentes han intentado ensuciar mi nombre —continuó—. Algunos lo han hecho desde columnas de opinión… —hizo una pausa, y los ojos de Frances ardieron bajo la luz

—. Otros desde la mediocridad de manuscritos que jamás habrían visto la luz de no ser por mi generosidad.

Iris giró discretamente la cabeza hacia Oliver. El joven escritor se hundió aún más en su asiento. Lydia, a su lado, apretó su brazo, intentando contenerlo.

Douglas sonrió con desdén.

—Pero la verdad es terca. Y esta noche la verdad me ha dado de nuevo la razón.

Aplausos dispersos, débiles. Los organizadores intentaban animar, pero la mayoría de los presentes se mantenían en silencio, crispados.

Douglas levantó el trofeo y lo hizo girar para que reflejara la luz.

—Este galardón es para quienes entienden que la literatura no es un juego de aficionados. Es para quienes saben que la disciplina, la constancia y la grandeza superan siempre al ruido de fondo.

Percival Ashdown, tambaleante, murmuró en voz alta:

—¡Y al ego desmedido también!

Unas risas nerviosas explotaron en las filas traseras. Patricia Redcliffe intentó taparle la boca, pero el daño estaba hecho. Douglas giró la cabeza hacia él con una mueca helada.

—Incluso la locura necesita espectadores —replicó, devolviendo el dardo con naturalidad.

Douglas prosiguió, con voz cada vez más altanera:

—Este premio me pertenece porque, simplemente, nadie más lo merece.

La frase cayó como un martillazo. No hubo aplausos. El silencio fue tan contundente que se escuchó el roce de un vaso

contra el suelo en el fondo del salón. Iris respiró hondo: acababa de presenciar un suicidio social en directo.

Finalmente, Douglas cerró el discurso con un gesto teatral, alzando el trofeo una vez más.

—Brindo por la literatura. Brindo por el triunfo de la excelencia.

Los aplausos fueron mínimos, obligados. La gente se sentía completa y absolutamente incomoda, con ganas de que aquello terminara ya. Iris miró alrededor: veía rostros crispados, labios apretados, miradas llenas de resentimiento. El salón no estaba celebrando, estaba acumulando pólvora. Y Douglas acababa de encender la cerilla.

El aplauso obligatorio aún resonaba cuando el presentador invitó a Douglas a posar con el trofeo. Una asistente del evento subió al escenario para entregarle un ramo de flores, pero él lo rechazó con un gesto brusco, como si aquello fuera un estorbo. Prefirió quedarse solo, en el centro, con el metal afilado en alto. Iris pensó:" Ni las flores lo soportan; hasta ellas saben que se marchitan en sus manos."

Los fotógrafos avanzaron hasta casi tocar el borde del escenario. Flashes estallaron como fuegos artificiales, cegando por momentos. Douglas giraba el trofeo de un lado a otro, buscando su mejor perfil. Lo alzaba como si fuera un sable conquistador, lo apoyaba en el hombro con gesto de guerrero, incluso simuló besar la punta metálica como si se tratara de una reliquia sagrada.

Iris lo observaba desde su asiento, tomando notas mentales. Cada gesto era un insulto silencioso. No agradecía, no compartía, no mostraba humildad. Solo acumulaba soberbia.

Frances Davenport lo miraba con los labios apretados, las uñas marcando surcos en su cuaderno. Oliver Trent tenía los ojos vidriosos, incapaz de apartar la vista de lo que consideraba su propia obra convertida en trofeo. Lydia intentaba sostenerle el brazo, pero Oliver se lo sacudió con brusquedad, quebrado por dentro.

Mary Stansfield, en el extremo de la sala, alzó una ceja. Su exmarido posaba como emperador, pero en su gesto había una sombra de advertencia: el recuerdo de todo lo que le debía, de todo lo que había robado.

Roland Chesterfield, sentado unas filas más adelante, se secaba el sudor de la frente con un pañuelo arrugado. Su sonrisa forzada parecía decir: *cuanto más alto subas, más dura será la caída*.

Percival Ashdown, tambaleante, intentaba gritar otro comentario, pero Patricia Redcliffe lo sujetaba con fuerza del brazo, susurrándole algo al oído para calmarlo. La escena era casi cómica, pero en el ambiente cargado, cada gesto se transformaba en amenaza latente.

Los fotógrafos pidieron a Douglas que levantara el trofeo aún más. Él obedeció encantado, extendiendo los brazos hacia el cielo, los ojos cerrados, como si estuviera recibiendo la gloria divina. El destello metálico iluminó el salón entero durante unos segundos.

Iris se inclinó hacia adelante. La ironía era perfecta: cuanto más se enaltecía Douglas, más visibles se volvían las caras de quienes lo odiaban. Allí estaban todos sus enemigos, perfectamente iluminados bajo la misma luz que lo coronaba.

Tras las fotos oficiales, el presentador intentó invitar a los finalistas al escenario para una imagen grupal. Douglas lo interrumpió, con voz alta:

—Creo que basta con mi foto, ¿no? Soy el ganador.

El silencio fue inmediato. Una carcajada aislada sonó desde el fondo, pero pronto murió. Frances cerró su cuaderno de golpe. Oliver tragó saliva, conteniendo las lágrimas.

El presentador, incómodo, improvisó unas palabras de cierre y dio paso a la música. La ceremonia oficialmente terminaba, pero la tensión seguía vibrando en el aire. Los invitados se levantaron con movimientos bruscos, cada cual evitando la mirada del otro.

La música de cierre llenaba el salón con un jazz ligero, pero nadie parecía relajado. Los invitados se levantaban de sus sillas con pasos tensos, los camareros retiraban copas vacías como si barrieran escombros de un combate. El trofeo seguía en alto, reflejando destellos metálicos mientras Douglas Stansfield descendía del escenario.

Lo hacía despacio, con la seguridad de un emperador que acaba de conquistar territorios. A su alrededor, los fotógrafos aún lo seguían, disparando ráfagas de flashes. Douglas se giraba a la izquierda, a la derecha, saludaba con un gesto apenas inclinado de cabeza, como si cada mirada fuera un tributo obligatorio.

Iris permaneció en su asiento unos segundos más, observando el recorrido. Nadie lo felicitaba de verdad. Los aplausos ya habían cesado y, sin embargo, Douglas sonreía convencido de que todos lo admiraban. No veía —o no quería ver— las miradas de odio que lo acompañaban en cada paso.

Oliver Trent se hundió en la silla, con las manos sobre el rostro. Lydia Penrose lo abrazó de lado, intentando contenerlo, pero Iris distinguió las lágrimas deslizándose por los dedos del muchacho. Frances Davenport cerró su cuaderno con violencia y lo metió en el bolso, como quien guarda un arma que piensa usar más tarde. Mary Stansfield, desde el fondo, se levantó con elegancia y salió sin mirar atrás, el abrigo ondeando tras ella como un desafío silencioso.

Douglas avanzó hacia el pasillo central, el trofeo sujeto bajo un brazo y una copa de whisky recién servida en la otra mano. Saludaba a su paso, pero nadie respondía. Ni un aplauso, ni una palabra de felicitación. Solo silencio denso, apenas roto por el chasquido de las cámaras. Iris pensó: “Trofeo y whisky… perfecto retrato de Douglas: vanidad en una mano y resaca en la otra.”

Percival Ashdown, tambaleante, trató de interceptarlo. —¡Douglas! ¡Una foto conmigo! —exclamó, alzando su copa. Patricia Redcliffe tiró de él hacia atrás antes de que lograra acercarse. Douglas ni siquiera se detuvo, ignorándole por completo.

Al llegar al fondo del salón, Douglas se volvió por última vez hacia la multitud. Alzó el trofeo en lo alto, como un conquistador que se despide de su ejército. La sonrisa brillaba en su rostro, pero Iris, desde el pasillo, detectó la grieta: la soledad absoluta. Nadie compartía su triunfo. Nadie lo acompañaba.

El ascensor se abrió con un tintineo metálico. Douglas entró, aun posando para las últimas fotos, y las puertas se cerraron lentamente. El reflejo del trofeo fue lo último que se vio.

Iris sintió un escalofrío en la nuca. El salón, ahora sin su protagonista, parecía más oscuro. Los invitados empezaban a dispersarse, pero el aire estaba impregnado de resentimiento.

Y el resentimiento nunca le ha traído nunca nada bueno a nadie.

12

El ascensor se detuvo en la planta de las suites y las puertas se abrieron con un sonido metálico. Douglas Stansfield salió con paso seguro, el trofeo apretado bajo un brazo como si fuera un botín conquistado, y la copa de whisky en la otra mano. Caminó por el pasillo alfombrado sin prisa, saboreando cada segundo de soledad tras la ovación hueca que había dejado atrás.

Las pisadas de sus zapatos resonaban en el silencio. Atrás quedaban los flashes, los aplausos obligados, las miradas envenenadas. Ahora era él, solo él, el hombre que acababa de derrotar a todos sus enemigos con una sonrisa.

Llegó a la puerta de su suite, la abrió con la tarjeta magnética y entró. La habitación estaba en penumbra, iluminada apenas por las luces bajas junto a la cama y el reflejo de la ciudad que se colaba desde la ventana panorámica. Douglas dejó escapar una carcajada breve y cerró la puerta de un golpe con el talón.

Dejó el trofeo sobre la mesa, donde el metal brilló con un resplandor casi amenazante. Se quitó la chaqueta, la lanzó sobre el sofá y dio un sorbo largo al whisky. La sensación ardiente en la garganta lo reconfortó.

—A la salud de los mediocres —murmuró, levantando la copa hacia su reflejo en el cristal de la ventana.

El salón de la suite estaba desordenado por los restos de la preparación apresurada de la gala: una camisa doblada a medias, un sobre con papeles editoriales, un bolígrafo abierto sobre la mesa. Douglas apenas reparó en ellos. Su atención se centraba en el trofeo, que giró lentamente entre sus dedos como un juguete de metal afilado.

Sonrió, recordando el momento en el escenario. Los aplausos fríos, la crítica mordaz de Frances, la cara desencajada de Oliver… todo aquello lo alimentaba. El odio ajeno era, para él, una prueba de grandeza.

Se dejó caer en el sillón de cuero, apoyó los pies en la mesa baja y hojeó las páginas del manuscrito que había traído consigo. Las letras, el estilo, las frases: no eran suyas, pero lo serían para siempre. Nadie recordaría al joven Oliver Trent, salvo como una pequeña nota al pie.

Dio otro sorbo al whisky y lanzó una carcajada ronca.

—La historia la escriben los ganadores —se dijo a sí mismo—. Y esta noche esa página la he escrito yo.

Al fondo, el minibar emitió un zumbido bajo. Douglas se levantó para servirse otra copa. La botella de whisky quedó medio vacía al llenarlo hasta el borde. Regresó al sillón, tomó el trofeo de nuevo y lo levantó hacia la lámpara. La luz arrancó un destello afilado, frío.

Afuera, en el pasillo, un murmullo lejano interrumpió su satisfacción. Douglas giró la cabeza, pero el silencio regresó

enseguida. Frunció el ceño, dio un trago más y se acomodó en el sillón.

Douglas dejó la copa sobre la mesa y, con paso pesado pero seguro, se acercó al escritorio de la suite. La madera oscura brillaba bajo la luz cálida de la lámpara, que él mismo encendió con un clic breve. Se acomodó en la silla de respaldo alto y colocó el trofeo a un lado, como un guardián metálico que vigilaba sus movimientos.

Abrió el sobre manoseado donde guardaba las páginas. Eran hojas impresas, con las esquinas dobladas y manchas de tinta en algunos márgenes. No tenían la pulcritud de un manuscrito revisado, sino la frescura de algo escrito con urgencia y verdad. Y precisamente por eso resultaban tan valiosas.

Douglas pasó la primera página con parsimonia. Los párrafos se desplegaron ante él: frases enérgicas, imágenes poderosas, diálogos vivos. Nada de la rigidez que él acostumbraba a escribir, nada de su estilo artificioso. Esto respiraba talento auténtico.

—Magnífico —murmuró, con una sonrisa.

Hoja tras hoja, iba leyendo fragmentos al azar. Una descripción bélica que helaba la sangre, un diálogo cargado de emoción, un final de capítulo que obligaba a pasar página. Douglas saboreaba cada línea como si fueran suyas. No importaba que no lo fueran. La memoria pública era corta y el poder de su nombre, enorme. Bastaba con presentarlo bajo su firma para que se convirtiera en "una obra maestra de Douglas Stansfield".

Se inclinó hacia atrás en la silla, sosteniendo una página entre los dedos como si fuera un contrato firmado por el destino.

—Oliver, pobre ingenuo… —susurró con tono burlón—. Te di la gloria de aparecer en mis manos. Deberías darme las gracias.

La sonrisa en su rostro era la de un depredador satisfecho tras un banquete. Para Douglas, no había robo, no había plagio. Había conquista. Y como todo conquistador, disfrutaba del botín, convencido de que nadie sería capaz de arrebatárselo.

Volvió a acomodar el manuscrito sobre el escritorio, lo alisó con la palma de la mano y lo miró con devoción fingida, como si contemplara una joya recién adquirida. El trofeo brillaba a su lado, reflejando destellos metálicos en las páginas. Dos símbolos de poder: el robo consumado y la victoria oficial.

Douglas levantó la copa de whisky que había traído consigo, brindó hacia el vacío y bebió de un trago.

—Por mí —dijo en voz baja, con un gesto satisfecho—. Y por nadie más.

Douglas dejó a un lado las páginas del manuscrito y se inclinó hacia el trofeo. Lo tomó con ambas manos, sintiendo el peso frío del metal. La pieza era más que un adorno: tenía un filo simbólico en su diseño, mezcla de pluma y daga, como si alguien hubiera querido recordar que la literatura podía ser tan letal como la guerra.

Lo colocó en el centro del escritorio, sobre un tapete de cuero negro. Luego lo hizo girar lentamente, fascinado por la manera en que la luz de la lámpara se descomponía en reflejos dorados y plateados. Cada giro proyectaba una sombra distinta en la pared: a veces parecía una espada, otras un estilete, otras una pluma monumental escribiendo en el aire.

Douglas sonrió, hipnotizado.

—Es simplemente perfecto —susurró—. Mi emblema a partir de ahora.

Levantó la copa de whisky y la sostuvo junto al trofeo, como si brindara con él. Dio un sorbo largo, dejó que el líquido ardiera en la garganta y después apoyó el vaso junto a las páginas robadas. La tríada de su gloria estaba completa: la obra que no le pertenecía, el premio que consagraba su engaño y la bebida que sellaba su victoria.

Con la yema del dedo recorrió el borde afilado del trofeo, probando el contacto metálico. Una mueca cruzó su rostro: no era solo hermoso, también peligroso. Podría cortar, podría herir. Esa

mezcla de belleza y amenaza lo excitaba más que el propio reconocimiento del jurado.

El brillo del metal lo envolvió por completo. En su mente, Douglas no era un simple escritor premiado: era un conquistador con su cetro, un emperador que reinaba sobre un reino de palabras robadas.

Stansfield se tumbó en la cama, todavía vestido. Necesitaba relajarse unos minutos, había sido una noche intensa. Se quedó dormido. Pero un rato después alguien llamo a su puerta. Se despertó y salió a abrir pensando que sería algún camarero del servicio de habitaciones del hotel. Pero no. Cuando vio quien había ido a visitarle, un escalofrío le recorrió toda la espalda y por primera vez en esa noche sintió miedo. Mucho miedo. Un miedo aterrador.

Unos minutos después, el huésped de la habitación contigua a la de Stansfield comenzó a escuchar ruidos. Voces. Una tremenda discusión.

Primero una voz cargada de tensión, alta, quebrada por la ira. Después otra más baja, como en un intento de calmar o de defenderse. Las palabras eran indistintas, apenas un murmullo filtrado a través de las paredes.

Un golpe de pasos, un crujido de muebles moviéndose. La escena en el interior de la habitación de al lado era evidente: un enfrentamiento, una discusión cargada de electricidad.

Las voces subían gradualmente de tono. Una de ellas lanzó un grito incomprensible; la otra respondió con un súbito chispazo de valor. Luego, un silencio abrupto, como si ambos se midieran a centímetros de distancia.

Reinaba una calma tensa, casi artificial, como si el hotel entero contuviera la respiración.

Tras la puerta de la suite de Stansfield la calma se rompía a intervalos. Voces alteradas se entremezclaban como un duelo de cuchillos. No se distinguían las palabras, solo la intensidad: un

reproche, una súplica, una réplica airada. Por momentos el tono bajaba, como si se intentara recuperar el control, y al instante volvía a subir con la fuerza de una tormenta desatada.

Entonces, sin aviso, llegó el golpe. Un impacto seco, contundente, que resonó con violencia. No fue el chasquido de un objeto al caer: había en él un matiz más oscuro, más definitivo. El sonido recorrió las paredes y se expandió por el pasillo como una onda invisible.

Después, silencio.

No hubo gritos, ni carreras, ni portazos. Solo un silencio espeso, tan absoluto que parecía tragarse los ruidos habituales del hotel. Ni las pisadas de otros huéspedes, ni la voz de un ascensorista, ni siquiera el zumbido de los aparatos eléctricos. Todo se apagó.

Pero en el aire flotaba una vibración distinta, una tensión casi física que invitaba a cualquiera a detenerse, a escuchar, a temer. Ese silencio prolongado fue lo más inquietante de todo. No era la paz de la rutina, sino el vacío que sigue a un acto irreversible. El tipo de silencio que parece tener peso, volumen, un silencio que se adhiere a las paredes y obliga a contener la respiración.

Durante un instante eterno, nada más ocurrió.

Y en ese lapso se selló el destino de todos los que horas antes habían brindado, reído o discutido en los salones del hotel. La fiesta había terminado.

Lo que quedaba era la sombra del crimen, aún oculta tras una puerta cerrada.

13

Henry Tolliver, recepcionista del Whitmore, había pasado la última hora lidiando con huéspedes irritados. Dos llamadas se habían repetido con insistencia: quejas por ruidos extraños en la décima planta.

La primera la había atribuido al bullicio de la gala; la segunda, sin embargo, sonó más preocupada. Una voz femenina, educada pero firme, aseguraba haber escuchado un golpe seco, "como si alguien hubiese tirado un mueble pesado contra la pared".

Henry dejó el teléfono sobre el mostrador y suspiró. Conocía bien a los clientes de aquel hotel: todos adinerados, todos convencidos de que su descanso valía más que el del vecino. Aun así, la descripción de la última llamada le provocó una gran extrañeza.

Decidió subir a echar un vistazo. Cogió la llave maestra del cajetín de seguridad y se ajustó la chaqueta azul marino con el emblema dorado del hotel. Mientras caminaba hacia el ascensor, pensó en lo rutinario de su trabajo: sonrisas automáticas, equipajes trasladados, quejas de aire acondicionado… siempre cosas intrascendentes a las que aquellos clientes millonarios daban demasiada importancia.

El ascensor tardó una eternidad en llegar. Cuando por fin se abrieron las puertas, Henry entró y pulsó el botón del décimo piso. El espejo interior le devolvió su propio reflejo: rostro pálido, ojos tensos, labios apretados. Se obligó a inspirar hondo. "Nada grave", se dijo, "quizá un invitado demasiado entusiasta con el minibar".

El ascensor se detuvo con un tintineo metálico. Henry salió al pasillo silencioso, alfombrado en rojo, donde el aire parecía más denso que en el vestíbulo. Se detuvo unos segundos, escuchando.

Ningún sonido de televisión, ninguna conversación, ni siquiera el arrastre de un carrito de servicio. Solo silencio.

A medida que avanzaba por el pasillo, las luces formaban un corredor interminable hacia el fondo. Cuando llegó a la suite 1017, levantó la mano y golpeó la puerta tres veces.

—Servicio del hotel. ¿Hay alguien ahí? —dijo con voz clara.

Nada.

Golpeó de nuevo, esta vez más fuerte. La madera de la puerta devolvió un eco hueco, como si confirmara la ausencia. Henry frunció el ceño. Apoyó el oído contra la puerta y esperó. Ni un murmullo, ni un roce, nada.

Con un suspiro nervioso, se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó la llave maestra. La sostuvo unos segundos, dudando. En sus ocho años de trabajo en el Whitmore, apenas había tenido que usarla en un par de ocasiones, y siempre para resolver incidentes completamente triviales.

Finalmente, la introdujo en la cerradura y giró. El mecanismo cedió con un clic suave. Henry apoyó la mano en el pomo, lo bajó con cautela y, conteniendo la respiración, empujó la puerta.

La suite estaba en penumbra. El aire en su interior era más frío, cargado de un olor metálico y denso que le hizo fruncir la nariz. Henry no cruzó aún el umbral. Se quedó en el marco, con el corazón acelerado, temiendo que lo que viera a continuación pudiera sacudirle más de lo que podía imaginar.

Henry mantenía la puerta apenas entornada, con la llave aún en la cerradura, cuando un leve movimiento a su izquierda lo hizo girar la cabeza.

El pasillo lateral, que conducía a las escaleras de servicio, estaba medio en penumbra. Una figura masculina se deslizaba con paso rápido, casi en fuga, sin mirar atrás. No era más que una sombra alta, difusa, que se recortaba contra la luz mortecina del extremo.

Henry entrecerró los ojos, tratando de enfocar. La figura parecía llevar una chaqueta oscura, quizá un abrigo, pero la distancia y la velocidad lo hicieron imposible de precisar. El rostro quedó completamente oculto: un perfil borroso, apenas un trazo humano en la penumbra.

—¡Eh! —alcanzó a llamar Henry, en un impulso que sonó más nervioso que autoritario.

La sombra no se detuvo. Aceleró el paso y empujó la puerta de las escaleras, que se cerró de golpe con un eco metálico que reverberó en todo el pasillo.

El silencio regresó, aún más denso que antes. Henry permaneció inmóvil unos segundos, la mano aún en el pomo de la suite, preguntándose si lo había imaginado. Pero no: el sonido del portazo aún vibraba en sus oídos.

Se mordió el labio inferior. Su instinto le decía que debía bajar corriendo y dar la alarma, pero algo lo retenía: la sospecha de que lo que ocurría en la habitación 1017 era más urgente que cualquier sombra en fuga.

Se volvió hacia la puerta entreabierta y tragó saliva. Había visto lo suficiente para intuir que algo estaba mal, pero todavía no había imaginado lo que lo esperaba en el interior.

Con la respiración entrecortada, empujó la puerta unos centímetros más. La rendija dejó escapar un aire frío, impregnado de un olor metálico que lo hizo estremecerse.

Henry supo en ese instante que, fuera lo que fuera, lo que había visto huir por el pasillo estaba directamente ligado a lo que iba a encontrar dentro de la suite.

Se quedó unos segundos más frente a la puerta, el corazón golpeándole contra el pecho. Sentía cómo la llave maestra aún le quemaba en los dedos, como si se negara a ser usada para algo tan definitivo. Dudó, respiró hondo y, al fin, giró el pomo.

El pestillo cedió con un clic suave, casi amable, en contraste con la tensión que le oprimía el estómago. Empujó la puerta despacio, apenas unos centímetros, como si temiera que del otro lado se desatara una tormenta. El olor fue lo primero que lo golpeó: un aire pesado, cargado de whisky derramado, sudor y un regusto metálico que no podía identificar.

La rendija dejó pasar un haz de luz mortecina desde el interior, iluminando un fragmento del suelo de moqueta. Henry empujó un poco más, la puerta chirrió con un sonido agudo que le erizó la piel.

El silencio reinaba en la suite. Ningún televisor encendido, ninguna música de fondo. Solo ese vacío absoluto que no auguraba nada bueno. Henry tragó saliva, avanzó un paso y dejó que la puerta se abriera del todo.

Se quedó en el umbral, paralizado. La estancia estaba en penumbra, con una lámpara de pie tumbada en un rincón, como si alguien la hubiese derribado en un forcejeo. Sobre la mesa del escritorio había papeles esparcidos, y a un lado, el brillo apagado del trofeo metálico, caído en el suelo.

Henry no dio un paso más, pero supo en ese mismo instante que iba a encontrarse con algo que no olvidaría jamás.

Avanzó con pasos cortos, cada uno más pesado que el anterior. La penumbra de la suite parecía tragarlo todo, pero lo que aguardaba al final de su recorrido se distinguía con una claridad que no dejaba lugar a dudas.

Douglas Stansfield estaba desplomado en el suelo, junto al escritorio. Su cuerpo yacía de lado, una pierna extendida y la otra doblada bajo sí mismo, como si hubiese intentado resistirse hasta el último instante. La cabeza descansaba contra la pata del escritorio, ladeada en un ángulo completamente antinatural.

El trofeo de los “London Book Awards” estaba tirado a apenas un metro, con su superficie metálica manchada de sangre oscura que brillaba en la penumbra. El contraste era brutal: un objeto

destinado a glorificar una carrera literaria convertido en arma, símbolo de triunfo y de caída a la vez.

El escritorio mostraba signos de violencia. Papeles arrugados cubrían la alfombra, y un vaso roto había derramado whisky sobre las páginas, tiñéndolas de marrón. El olor mezclaba alcohol con hierro, una fragancia inconfundible que hizo que Henry se llevara una mano a la boca para contener una arcada.

El recepcionista retrocedió un paso, tropezando con la alfombra y chocando contra la puerta entreabierta. Un jadeo escapó de su garganta, seguido de un sonido torpe que quebró el silencio. Sus ojos no podían apartarse de la mancha de sangre bajo el cuerpo de Stansfield, una mancha que crecía lentamente sobre la moqueta clara. La escena no necesitaba explicación. Aquello era un asesinato.

Henry Tolliver retrocedió con torpeza, con la visión del cuerpo de Douglas Stansfield clavada en sus ojos como una pesadilla imposible de apartar. El aire de la suite le pesaba en los pulmones, cargado de ese olor metálico inconfundible.

El pánico lo impulsó a moverse: dio un traspié hacia atrás y chocó contra la lámpara auxiliar, que cayó con estrépito, iluminando por un segundo la alfombra manchada de sangre antes de apagarse de golpe.

—¡Dios mío…! —murmuró Henry, con la voz quebrada.

Salió corriendo al pasillo, cerrando la puerta tras de sí, sin pensar. Se lanzó hacia las escaleras de servicio, saltando escalones, hasta alcanzar la recepción del hotel. Con las manos temblorosas, marcó el número de emergencias.

—Soy Henry Tolliver, del Whitmore. Suite 1017. Ha ocurrido algo terrible… un hombre está muerto. ¡Envíen a la policía inmediatamente!

El operador le pidió detalles, pero Henry apenas pudo balbucear que había encontrado al famoso escritor Douglas Stansfield desplomado junto al escritorio, con sangre en el suelo y el

trofeo tirado a un lado. “No sé qué ha pasado, pero alguien lo ha matado”, insistió, antes de colgar con un golpe seco.

14

Los minutos que siguieron le parecieron eternos. El hotel seguía funcionando como si nada, con huéspedes cruzando el vestíbulo, sin sospechar el drama que se desplegaba a pocos pisos de allí. Henry se mantenía junto al mostrador, pálido, tembloroso, incapaz de ordenar sus pensamientos.

La primera en aparecer fue Iris Penrose. Se encontraba en el vestíbulo, camino de subir a su habitación, cuando oyó el murmullo creciente de voces entre el personal del hotel y vio a Henry con el rostro desencajado. No necesitó más: su instinto periodístico la empujó a preguntar. Henry, casi sin darse cuenta, balbuceó:

—La suite… Stansfield… hay sangre… creo que está muerto…

Iris sintió un vuelco en el estómago, quedando en estado de shock, sin saber exactamente cómo reaccionar.

Un minuto después, las sirenas se oyeron a lo lejos. Dos coches patrulla se detuvieron frente al hotel, y de uno de ellos descendió el inspector Charles Morton. Traía consigo a dos agentes uniformados y una determinación fría en la mirada. Subieron juntos, con Henry guiándolos entre sollozos.

Al llegar al pasillo del décimo piso, Morton ordenó a los agentes que aseguraran la zona. Iris, que había insistido en acompañar a Henry, se quedó a un lado, observando en silencio. Cuando el inspector empujó la puerta de la suite y vio la escena, su expresión se endureció.

Stansfield seguía allí, desplomado junto al escritorio, con el trofeo manchado de sangre en el suelo y papeles esparcidos a su alrededor. El desorden era evidente, pero había algo extraño en él: parecía demasiado contenido, como si el caos hubiera sido interrumpido a mitad de camino.

Iris, alzando la vista por encima del hombro del inspector, lo percibió al instante. Un crimen pasional habría dejado más destrozos, más rabia desatada. Esto, en cambio, tenía la frialdad de lo abrupto y lo preciso.

Frunció el ceño y murmuró para sí:

—Todo esto no encaja demasiado…

Morton giró un instante la cabeza hacia ella, sorprendido de verla allí, pero no la echó. La conocía sobradamente de su época de periodista, sus caminos se habían cruzado en más de un caso. Y tenía mucho trabajo por delante como para ponerse a discutir con aquella mujer que nunca admitía un no por respuesta. Decidió centrarse en su trabajo. Tenía un crimen por resolver.

El inspector cruzó el umbral de la suite con paso firme, seguido de dos agentes uniformados que ya desplegaban cinta amarilla para acordonar la zona. La experiencia se le notaba en cada gesto: la voz clara, sin necesidad de elevarla demasiado, y la mirada que recorría la estancia en cuestión de segundos, absorbiendo los detalles.

—Nadie entra ni sale sin mi autorización —ordenó con un tono que no admitía réplica.

Uno de los agentes cerró la puerta y se apostó en el pasillo. Otro comenzó a tomar nota de los nombres de los presentes. La rutina de Scotland Yard se activaba con la precisión de un mecanismo perfectamente bien engrasado.

Morton avanzó hacia el cadáver de Douglas Stansfield. Se inclinó, apenas lo suficiente como para confirmar que no había signos de vida, y observó el trofeo caído en el suelo, aún con manchas oscuras de sangre en su superficie metálica. El contraste con los papeles esparcidos y el vaso roto componía un cuadro desordenado, pero no caótico, lo que avivó en su mente más preguntas que respuestas.

—Quiero fotografías. Huellas. Todo lo que pueda registrarse —indicó a los forenses recién llegados, que ya abrían sus maletines.

Iris, de pie junto al recepcionista Henry Tolliver, observaba en silencio, tomando nota mental de cada movimiento. Reconocía en Morton la eficacia del procedimiento, pero también esa urgencia por controlar la escena como si la verdad pudiera ajustarse a un protocolo.

—Se tomarán declaraciones inmediatas a todos los que estuvieron en la gala —añadió Morton, dirigiéndose al agente encargado de los testimonios—. Quiero una lista completa en menos de media hora.

El inspector se irguió, cruzó los brazos y giró lentamente sobre sí mismo, evaluando la habitación. No era la primera vez que veía un cuerpo sin vida, ni tampoco la primera vez que un objeto de prestigio se convertía en arma. Pero algo en el ambiente le resultaba inusualmente cargado, como si aquella suite aún guardara un secreto que se negaba a salir a la luz.

La tensión en la suite aumentó con la llegada de Martin Kellaway. El fiscal entró con paso apresurado, el abrigo aún mal colocado sobre los hombros y un brillo de sudor en la frente, como si hubiera venido corriendo desde el coche oficial.

—Inspector Morton —saludó con un ademán rápido, sin esperar respuesta—. Todo este asunto es muy grave. Necesito un informe de inmediato.

Su mirada recorrió la habitación con prisa, deteniéndose apenas unos segundos en el cadáver de Douglas Stansfield. No mostró la mueca de incomodidad de los agentes novatos, ni el recogimiento profesional de Morton. Lo suyo era cálculo político. Estaba en juego su cargo.

En su rostro endurecido se adivinaba la verdadera urgencia: no la justicia, sino la reputación de los “London Book Awards”, ahora manchados por un asesinato con un extraordinario impacto mediático.

Kellaway se limpió la frente con un pañuelo y añadió con voz grave:

—Este caso no puede convertirse en un circo. La prensa ya está husmeando en el vestíbulo. Morton, necesito un culpable claro antes del amanecer. Hay que liquidar este asunto lo más rápidamente posible.

Morton, que revisaba una carpeta con las primeras anotaciones, levantó la vista despacio. No le gustaban las presiones políticas, y menos aun cuando interferían en el proceso forense.

—Primero se hará la investigación, fiscal—respondió con calma, subrayando cada palabra—. Luego vendrán las conclusiones.

El gesto de Kellaway se endureció. Caminó hacia el escritorio, apartó con la punta de su zapato un folio arrugado y negó con la cabeza.

—No, inspector. Esto no es solo un asesinato. Es un escándalo que puede arruinar la credibilidad de uno de los premios más importantes de la ciudad. El daño debe controlarse de inmediato.

Iris, que permanecía a un lado, observaba la escena con la ceja arqueada. Reconocía ese tipo de discurso: había escuchado variaciones durante sus años de periodista. No se trataba de verdad ni de justicia, sino de titulares. Y en los titulares, lo importante no era quién había muerto, sino quién debía pagar para que el asunto se cerrase rápido.

Kellaway no perdió el tiempo. Se plantó junto a la puerta, pidió al agente del pasillo un resumen de los primeros testimonios y empezó a enlazar piezas con una rapidez que revelaba más prisa que prudencia.

—Dígame quién discutió con la víctima esta noche —ordenó.

El agente repasó su libreta.

—Varios. Pero la más pública fue con Percival Ashdown. Hay vídeos subidos a las redes. Le gritó desde la segunda fila durante el

discurso y antes, en el cóctel, ya hubo pullas entre ellos, algunas bastante graves.

Kellaway asintió, crispando la mandíbula.

—Móvil inmediato: humillación en público.

Se volvió hacia el jefe de seguridad del hotel, que acababa de llegar con una Tablet.

—Cámaras.

—La cámara del décimo piso es parcial por la privacidad de las suites —aclaró—. Sí que tenemos entrada y salida del núcleo de ascensores y acceso a las escaleras de servicio. A la hora aproximada del incidente, un varón alto, chaqueta oscura, se dirige a las escaleras. Rostro no visible.

Iris intervino, seca:

—Una silueta. Sin identificación.

Kellaway no la miró.

—Coincide con lo que ha declarado el recepcionista. Una figura masculina alejándose hacia las escaleras de servicio. Hora compatible. ¿Estado de Ashdown?

—Muy bebido, señor. Champán, whisky, ginebra. Varios testigos intentaron sentarlo. Insistía constantemente en acercarse a Stansfield.

—Impulsividad, capacidad disminuida y agresividad verbal —enumeró el fiscal—. Oportunidad y desinhibición.

Otro agente añadió desde la puerta:

—Varios asistentes vieron a Ashdown intentar interceptar a Stansfield en su salida, al finalizar la entrega de premios.

El fiscal torció el gesto en una mueca de satisfacción.

—Hostilidad pública, estado ebrio, desaparición sin coartada sólida, figura masculina rumbo a las escaleras en el intervalo exacto.

Cadena circunstancial completa.

Iris sostuvo su mirada.

—Completa para un titular, no para un juez. No hay acceso probado a la suite, no hay huellas, no hay un cronometraje claro de los acontecimientos.

—Necesito controlar el daño inmediatamente—replicó Kellaway—. El país despertará con un escritor muerto en una gala televisada. Si el sospechoso grita borracho y amenaza al fallecido, la explicación es completamente verosímil para la opinión pública.

Morton intervino con calma:

—Fiscal, aún no hemos recogido huellas del trofeo ni verificado otros muchos indicios…

—Hágalo —dijo Kellaway—. Pero el poeta Ashdown baja ahora mismo a comisaría para declaración formal. Precintamos sus pertenencias, incluida su habitación. Si el arma o restos coinciden, habrá resolución antes del amanecer.

Iris dio un paso, medido.

—Verifique también por favor las cámaras del ascensor y de las escaleras. Y no olvide a quienes tenían intereses económicos enfrentados con Stansfield. La violencia no siempre bebe alcohol.

Kellaway dio por cerrada la discusión con un gesto.

—Traigan a Ashdown. Y que el Departamento de Comunicación de Scotland Yard redacte una nota: "detenido un sospechoso por incidente violento relacionado con estado de embriaguez". Que nadie pronuncie la palabra "premio".

Dos agentes se movieron. Morton, sin discutir la orden, pidió simultáneamente copias de las cámaras, cronología de telefonía interna para analizar posibles llamadas desde la habitación y relación de accesos del personal del hotel a la décima planta.

Kellaway, ya en la puerta, dejó su veredicto provisional:

—Si camina como un pato y grazna como un pato…

— En política los patos vuelan; en los juicios, a veces se hunden—dijo Iris.

El fiscal no respondió. Quería un culpable rápidamente. Y ya lo tenía.

Iris no pudo contenerse más. Dio un paso al frente, su voz firme, pero sin elevar la voz demasiado, consciente de que, en una sala llena de policías y funcionarios, la autoridad no se ganaba a gritos.

—Fiscal Kellaway —dijo—, con todo respeto, está construyendo un caso sobre arena. No hay huellas, no hay testigos directos, no hay cronología verificada de los hechos. Solo un hombre borracho, una discusión pública y una sombra en un pasillo. Eso no basta para acusar a nadie de asesinato.

El murmullo en la suite se apagó. Algunos agentes levantaron la vista de sus libretas; otros forenses, arrodillados junto al cadáver, intercambiaron miradas rápidas. La seguridad de las órdenes del fiscal se resquebrajaba con la irrupción de esa voz externa, inesperada.

Kellaway giró la cabeza hacia ella, con gesto severo. Su pañuelo aún húmedo por el sudor en la frente parecía un estandarte de prisa y de presión.

—Señora Penrose —respondió, subrayando su nombre como si quisiera marcar distancias—, le recuerdo que no forma parte de esta investigación. Se perfectamente quien es Usted. Lo que necesitamos no es literatura especulativa, sino hechos contundentes. Y los hechos, hasta ahora, señalan claramente a Percival Ashdown.

Iris sostuvo su mirada, sin retroceder.

—No, fiscal. Los hechos señalan que Douglas Stansfield murió en su suite, con un trofeo que solo él manipuló durante toda la noche. Lo demás son conjeturas precipitadas, disfrazadas de certezas para tranquilizar a los periódicos.

Un silencio pesado siguió a sus palabras. Morton fingió concentrarse en su libreta, pero la comisura de su boca apenas se movió: un gesto de reconocimiento al valor de Iris.

El fiscal Kellaway, en cambio, no replicó. La ignoró por completo y se limitó a volver hacia el escritorio, ajustándose el abrigo y secándose la frente otra vez. Su silencio no era concesión: era desprecio calculado. Para él, Iris no era más que un obstáculo menor en la carrera por mantener intacto el prestigio del premio y, de paso, el suyo propio.

Morton sostuvo el bolígrafo entre los dedos sin escribir. Observó a Kellaway, luego a Iris, y volvió al cadáver. Nada en su rostro se inclinó a un lado u otro. La neutralidad era su abrigo favorito.

—Continuemos —dijo al fin, en tono operativo.

Alzó la barbilla hacia el agente en puerta.

—Perímetro ampliado: ascensores, escaleras de servicio y pasillos hasta las esquinas. Control de accesos. Nadie entra ni sale de la planta sin registrar datos.

A los forenses:

—Secuencia fotográfica completa antes de mover nada. Prioridad para el trofeo, el vaso y las hojas del escritorio. Guantes dobles para quien toque el metal. Busquen transferencia de fibras en bordes y base.

Se agachó, sin rozar el suelo, para estudiar el área del trofeo. La mancha no era un charco caótico; tenía borde nítido y un hilo estrecho que había corrido hacia la alfombra, luego se detenía. Tomó nota mental del corte limpio en el faldón del escritorio. Detalles. Siempre detalles.

—Técnico de huellas, venga por favor —llamó sin levantar la voz—. Vaso de whisky, pomo interior y lámparas caídas. También el interruptor más cercano al acceso. Registros de tarjetas de

habitación y de servicio en el rango 22:30–01:30. También llaves maestras y puertas de escaleras. Quiero horas exactas.

Deslizó la mirada hacia Henry Tolliver. El recepcionista tragó saliva.

—Señor Tolliver, redacte en orden lo que ha visto y oído desde la primera queja hasta su llamada a la policía. Incluya la sombra del pasillo, dirección y tiempo aproximado. No omita detalles al respecto.

Asentimiento rápido. Manos temblando, pero disciplina.

Morton no miró a Kellaway cuando añadió:

—Verificaremos la franja en la que Patricia Redcliffe perdió de vista a Ashdown. Testimonios cronometrados, no estimaciones.

El fiscal respiró por la nariz, impaciente, pero no interrumpió. Morton se giró hacia otro agente.

—Necesito a cinco personas: Mary Stansfield, Roland Chesterfield, Frances Davenport, Oliver Trent y el propio Ashdown. Graben audio. Requisen sus móviles.

Iris siguió la danza de órdenes con atención contenida. Morton parecía esculpir un andamiaje donde las prisas del fiscal no pudieran colarse. No lo desautorizaba; lo rodeaba con procedimiento.

El inspector se acercó de nuevo al escritorio. Las hojas tenían manchas de sangre y bordes humedecidos por whisky, con marcas de dedos recientes en márgenes limpios. Señaló con la vista a la criminalista.

—Búsqueda de huellas latentes en todas esas páginas. Posibles superposiciones. Si hay dos patrones de sudor distintos en secuencia, quiero esa foto.

El forense principal, ya con las bolsas numeradas alineadas, preguntó:

—Voy a trabajar en una estimación sobre la hora de la muerte…

—Cuando terminen las fotos. La quiero orientativa por temperatura y rigidez. Cruzaremos con cámaras y llamadas de queja —respondió Morton.

Solo entonces se permitió mirar a Iris. Un segundo, sin gestos. Ella sostuvo la mirada. Comprendió el mensaje: *sigue mirando, pero no me fuerces a echarte*.

Kellaway rompió el silencio con el pañuelo en la mano.

—Inspector, ¿la detención?

—Ashdown irá a comisaría para declaración bajo cautela —replicó Morton—. Paralelamente, verificaremos testimonios, coartadas y contacto real con el arma. No invalidaré pruebas por una carrera.

El inspector indicó el suelo, dos pasos antes del cadáver.

—Marquen esas pisadas en la moqueta. Profundidad desigual. Podrían ser de quien entró o de los primeros en llegar. Comparamos con suelas de personal y con calzado de los testigos principales. Mapa de huellas completo.

Al técnico de vídeo:

—Copia segura de las cámaras de seguridad del vestíbulo, salones y núcleo de ascensores desde el final del discurso hasta ahora. Quiero las entradas y salidas de Stansfield, Ashdown, Mary, Chesterfield, Davenport y Trent. Tiempo real y cámara a cámara, sin saltos.

El hilo de trabajo empezó a tensarse con ritmo propio. Bolsas cerrándose, flashes controlados, etiquetas con hora y firma. Morton dejó que el proceso hablara por él. Sin discursos.

Se acercó de medio lado a Iris, manteniendo los ojos en la escena.

—Si observa algo que se nos escape, hágamelo saber —dijo bajando la voz—. Por escrito.

No hubo cordialidad ni guiño. Solo un canal abierto. Iris asintió asumiendo la situación. Al menos de momento.

Desde la puerta, el agente informó:

—Patricia Redcliffe localizada. Dice que Ashdown estuvo con ella "casi todo el rato", pero admite un lapso sin precisar tras las fotos. La traen ahora para interrogatorio.

—Bien —respondió Morton—. Cronómetro en mano. Que describa puntos fijos: música, brindis, entrada al ascensor, cualquier referencia que permita anclar minutos.

Kellaway miró su reloj.

—Inspector, a la prensa le daré un avance en veinte minutos. "Investigación en curso, un varón está siendo interrogado".

—"Varios testigos están siendo interrogados" —corrigió Morton, sin énfasis—. Conserve el plural. No cierre puertas que quizá necesitemos abrir más adelante.

El fiscal guardó el pañuelo. No concedió la enmienda en voz alta, pero tomó nota.

Morton respiró despacio. Recorrió una vez más la habitación con la vista: el vaso con un semicírculo perfecto de huella, el trofeo con sangre sin salpicadura radial, la lámpara tumbada sin bombilla rota alrededor, el papel arrugado lejos del radio lógico del golpe. Pequeñas anomalías que no encajaban con una pelea ciega.

Procedimiento primero. Tiempo después. Y, al final, si los hechos lo llevaban allí, la verdad.

Esa era la forma de trabajar del Inspector Morton y así iba a ser hasta el final.

Buscar la verdad. Siempre la verdad.

15

El registro de las habitaciones de los sospechosos había comenzado inmediatamente. Dos agentes subieron a la suite de Percival Ashdown, acompañados por un responsable de seguridad del hotel y un fotógrafo forense.

Iris, aunque oficialmente no estaba autorizada, consiguió mantenerse cerca con el pretexto de observar por si se requería testimonio de la gala. Morton no lo impidió; sabía que tenerla apartada era más difícil que permitirle un rincón discreto.

La habitación de Percival olía a alcohol en exceso. Sobre la mesa quedaban dos copas a medio terminar y un ejemplar arrugado del programa de la gala. Ropa desperdigada sobre una silla, una bufanda caída en el suelo, todo en desorden de alguien demasiado bebido para preocuparse por la pulcritud.

El agente Rourke abrió el armario con un gesto rutinario. Apartó un par de chaquetas arrugadas, levantó un abrigo mal colgado… y se quedó inmóvil.

—Inspector —llamó, con voz tensa.

Morton avanzó. Iris se inclinó desde su posición para ver lo que los agentes habían descubierto.

En el fondo del armario, semiocultas bajo capas de ropa, reposaban varias páginas manchadas de sangre del manuscrito de Douglas.

El fotógrafo se agachó de inmediato, documentando la escena desde distintos ángulos. El flash iluminó las páginas con un resplandor clínico que arrancó un escalofrío incluso a los más experimentados.

—Sangre —confirmó Rourke, aunque la evidencia era demasiado obvia para necesitar palabras.

Morton no reaccionó de inmediato. Solo ajustó la mandíbula y observó en silencio. No le gustaba lo que veía: no por el hallazgo, sino por lo evidente, lo casi teatral del escondite. Páginas del manuscrito premiado ensangrentadas y abandonadas en un armario entre chaquetas arrugadas. Demasiado sencillo. Demasiado obvio.

Iris sintió un nudo en el estómago. La escena tenía el aire de algo colocado a propósito, un elemento incriminatorio diseñado para ser descubierto. Pero no dijo nada. Se limitó a observar la expresión del inspector, buscando señales de que él pensaba lo mismo.

Finalmente, Morton habló, con voz neutra:

—Bolsa de evidencia. Precinto inmediato.

Un agente sacó guantes de látex, tomó las páginas con cuidado y las introdujo en una bolsa numerada. El sonido del plástico cerrándose resonó en la habitación como un veredicto anticipado.

El hallazgo de parte del manuscrito ensangrentado corrió como un reguero de pólvora por los pasillos del hotel. Apenas unos minutos después, ya todos los presentes recordaban, con una claridad casi incómoda, la escena del cóctel: Percival Ashdown, subido a una silla, bromeando sobre coronar reyes o cortar gargantas.

Lo que en su momento había provocado carcajadas y algún gesto de fastidio, ahora se teñía de una gravedad inquietante. El eco de esas risas festivas adquiría un matiz fúnebre, como si toda la gala hubiese sido una larga antesala de lo inevitable.

—Lo dijo delante de todos… que el trofeo servía para cortar gargantas —comentó un crítico literario con voz baja, como si acabara de descubrir en sus recuerdos una profecía cumplida.

Los agentes recogieron ese dato con eficiencia mecánica, apuntándolo en sus libretas. Para ellos, la broma no era un chiste,

sino una amenaza previa, una pista que encajaba demasiado bien con la parte del manuscrito ensangrentado hallado en el armario de Percival.

En el salón del hotel, un pequeño grupo de invitados susurraba con incomodidad. Algunos admitían que la imagen de Ashdown balanceando el trofeo, ebrio y exaltado, les había parecido peligrosa desde el primer momento. Otros reconocían que entonces se habían reído, pero que ahora esa risa les pesaba con culpa.

Iris escuchaba en silencio, sin intervenir. En su memoria, también aparecía la figura del poeta amenazando veladamente a Stansfield. Pero lo que más recordaba era el temblor de su mano, el desequilibrio en la silla, la mirada perdida de alguien que bebía más de la cuenta para tapar heridas antiguas. Eso no le cuadraba con un asesino frío y calculador.

Sin embargo, sabía bien cómo funcionaba la psicología colectiva: cuando la sospecha se sembraba, todo detalle del pasado se transformaba en prueba incriminatoria. Lo que ayer fue un chiste torpe, hoy era un presagio mortal.

Morton observaba con atención el efecto que aquel recuerdo común ejercía en los testigos. No tomó notas, no intervino. Solo se limitó a mirar cómo la memoria maleable de los asistentes reforzaba el relato que el fiscal Kellaway tanto deseaba: el de un culpable fácil y rápido, con su propia comedia convertida en tragedia.

El descubrimiento de las páginas manchadas de sangre había transformado el ambiente del hotel en un hervidero de rumores. En los pasillos, los invitados cuchicheaban como si hubieran presenciado la revelación de una obra teatral en su clímax más oscuro.

Percival Ashdown, el poeta excéntrico que horas antes recitaba versos incoherentes subido a una silla completamente borracho, se convertía de pronto en el protagonista de un relato siniestro.

Fue en ese clima de tensión donde reapareció Martin Kellaway. El fiscal atravesó el pasillo con su paso breve y

apremiante, el abrigo colgando de sus hombros, todavía húmedo por la llovizna nocturna que empañaba los cristales del hotel. Al entrar en la suite de Stansfield, los murmullos se callaron. Todo el mundo reconocía la presencia de quien no solo representaba a la justicia, sino también al poder político y mediático.

Kellaway escuchó el informe preliminar del agente Rourke con la concentración de un hombre que ya conocía la conclusión de antemano. Los detalles técnicos—ubicación del hallazgo, fotografías, la bolsa de evidencia numerada— parecían meros adornos para la historia que deseaba contar.

Cuando el agente terminó, Kellaway se acercó a la mesa donde reposaba la bolsa de plástico transparente. Las páginas del manuscrito, atrapadas en su interior, mostraban manchas secas de un rojo oscuro que reflejaban a la perfección la sombra de la sangre.

El fiscal entrelazó las manos a la espalda, bajó la barbilla y sonrió. Fue una sonrisa breve, apenas un destello, pero lo suficientemente clara como para helar el aire de la suite.

—Caso cerrado —anunció, con un tono solemne que sonó más a veredicto que a comentario.

Hubo un silencio inmediato, roto solo por el chasquido de la cámara fotográfica del forense. Varias miradas se cruzaron en la sala: algunos agentes parecieron aliviados, otros se mostraron incómodos, y Iris Penrose sintió una punzada de indignación en el pecho.

Kellaway se permitió caminar unos pasos alrededor del cadáver aún sin mover, como si inspeccionara el escenario de un juicio futuro. Luego volvió a señalar la bolsa de evidencia.

—La prueba concluyente, localizada en la habitación de Percival Ashdown, entre sus chaquetas arrugadas. Tenemos motivos más que fundados. La humillación pública. La oportunidad. Su desaparición durante la hora crítica. Y ahora, la prueba material. Ningún jurado necesita más.

Las palabras *ningún jurado necesita más* resonaron como un martillazo. Eran, en realidad, la confesión más clara de su objetivo: no se trataba de la verdad, sino de la apariencia de verdad suficiente para sostener un relato rápido y sólido ante la opinión pública.

Iris observaba todo en silencio, apretando los labios. Conocía bien la velocidad con la que la prensa convertiría aquella narrativa en un dogma inamovible. En unas horas, la historia circularía: *el poeta borracho, fuera de control, asesina a un rival literario con el trofeo de la gala*. Demasiado simple, demasiado perfecto para ser real.

Morton, a su manera, compartía la incomodidad de Iris. No movió un músculo cuando Kellaway proclamó el "caso cerrado", pero en su libreta, bajo el encabezado de la cronología, escribió dos palabras en letras grandes: *demasiado fácil*.

El fiscal, satisfecho, no necesitaba más pruebas. Para él, la cadena estaba completa. Para Iris, en cambio, aquella cadena no era más que una soga improvisada para colgar al culpable más conveniente.

Iris no aguantó más. El "caso cerrado" del fiscal le sonó como un disparo al aire, un sello apresurado que, de aceptarse, condenaría a un inocente. Dio un paso al frente, consciente de que cada mirada en la suite se volvería hacia ella, y habló con la voz clara y firme que tantos años de redacción periodística habían entrenado.

—No, fiscal Kellaway. Percival Ashdown estaba demasiado ebrio para ejecutar un plan de este calibre.

Las palabras cayeron como un cubo de agua fría en la sala. Morton, que hasta ese momento había permanecido neutral, levantó apenas las cejas. Un par de agentes dejaron de escribir en sus libretas. El propio Kellaway giró hacia Iris con la expresión severa de quien no está acostumbrado a que le lleven la contraria.

Iris sostuvo su mirada y continuó:

—Hemos visto todos su estado en la gala. Apenas podía mantenerse en pie. Recitaba versos sin sentido, subía a las sillas como un adolescente descontrolado y derramaba copas sin cesar. ¿Quiere hacernos creer que un hombre así fue capaz de entrar en esta suite, enfrentarse a Stansfield, matarlo de un golpe limpio y ocultar el manuscrito ensangrentado en su propia habitación?

Kellaway inspiró hondo, intentando mantener la compostura.

—La embriaguez no excluye la violencia —replicó—. En la mayoría de las veces la potencia Penrose.

Iris dio un paso más hacia el escritorio, señalando el espacio alrededor del cadáver.

—No niego que la embriaguez puede conducir a la violencia, fiscal. Pero sí niego que alguien en ese estado pueda ejecutar un movimiento tan preciso y después ocuparse de esconder parte del manuscrito robado con cierta lógica.

Iris se le quedó mirando fijamente y continuo

—Si Percival hubiera sido el asesino, lo más probable es que lo hubiéramos encontrado tambaleándose, con las manos ensangrentadas, incapaz de articular palabra. En lugar de eso, lo que vemos es un escenario de aparente orden: el arma todavía en el suelo, el vaso aún en la mesa, los papeles desperdigados, sí, pero no en el caos absoluto que genera una pelea ciega.

Algunas cabezas en la sala asintieron con disimulo. Los argumentos de Iris tenían un peso que contrastaba con la seguridad apresurada del fiscal.

Ella prosiguió, modulando el tono para que sonara más a razonamiento que a ataque:

—Esto no es un arrebato de borrachera. Es la huella de alguien que sabía lo que hacía, que quería dejar un relato

convincente detrás. Y ese alguien sabía que Percival sería el chivo expiatorio perfecto: el bufón de la gala, el tipo que lanzó una velada amenaza y que después desapareció misteriosamente durante unos minutos.

El silencio que siguió fue denso. Kellaway no respondió de inmediato. Se limitó a apretar los labios, con el pañuelo aún en la mano, y a mirar de reojo a Morton como buscando respaldo.

Morton, sin embargo, permaneció impasible. No contradecía al fiscal, pero tampoco a Iris. Solo observaba, tomando nota mental de cada palabra.

Iris lo sabía: su intervención no había cambiado la decisión política de Kellaway, pero sí había sembrado dudas en quienes realmente procesaban la escena. Y esas dudas, con el tiempo, se convertirían en grietas imposibles de tapar con titulares fáciles.

Las palabras de Iris aún flotaban en el aire cuando Martin Kellaway se adelantó, ajustándose el nudo de la corbata. Tenía el gesto endurecido, como si la contradicción de la escritora hubiese sido una mancha personal más que una objeción legítima.

—Agradecemos su… perspectiva, señora Penrose —dijo con voz seca, cada sílaba recortada—, pero la fiscalía no se guía por opiniones, sino por pruebas. Y la prueba está ahí —dijo señalando la bolsa de evidencia donde parte del manuscrito descansaba manchado de sangre—.

Hizo una señal con la cabeza a los agentes.

—Arresten al señor Ashdown. Ahora mismo. Queda detenido a efectos provisionales mientras continuamos con las diligencias.

El silencio en la habitación se rompió con el roce de las esposas metálicas al abrirse. Iris giró la cabeza hacia el pasillo: Percival estaba allí, flanqueado por dos policías.

La resaca de alcohol, mezclada con el desconcierto, lo hacía parecer más frágil de lo que nunca había estado. Sus ojos, vidriosos y rojos, no parecían comprender lo que ocurría a su alrededor.

—¿Detenido? —murmuró, como si la palabra no terminara de encajar en su mente.

Los agentes lo tomaron por los brazos. Percival no opuso resistencia. Caminaba despacio, con la cabeza gacha, y en su silencio había algo más demoledor que cualquier protesta: el eco de un hombre derrotado, convencido de que ya nada podía salvarlo.

Los invitados, apiñados en el pasillo, se apartaron a su paso. Algunos lo miraban con compasión, otros con una mezcla de miedo y morbo. Patricia Redcliffe, escondida entre el grupo, alzó la mano hacia él como si quisiera decir algo, pero no encontró fuerzas para abrir la boca.

Iris observó cómo lo conducían hacia el ascensor. Sintió un nudo de rabia en el estómago: sabía que ese silencio perdido, esa mirada apagada, eran exactamente lo que lo convertían en el sospechoso perfecto para Kellaway.

La prensa lo retrataría como el poeta maldito, arruinado por el alcohol y la envidia, incapaz de recordar lo que había hecho. Un relato tan simple que se vendía solo.

Morton cerró la libreta y se limitó a dar instrucciones prácticas a sus hombres. No aprobaba el arresto, pero tampoco lo impedía. Su neutralidad era una barrera de protección: no comprometerse aún le permitía maniobrar cuando llegara el momento adecuado.

Kellaway, satisfecho, se pasó el pañuelo por la frente, como si hubiera terminado un trabajo agotador. Sus ojos brillaban con la satisfacción del político que ha encontrado la historia más vendible.

—Mañana —dijo con tono seguro—, la noticia será que un sospechoso ha sido detenido y la investigación avanza con rapidez. Londres dormirá tranquila.

Iris apretó los labios. Demasiado orden para ser un crimen y demasiado desorden para ser justicia. “No, Londres no dormirá tranquila”, pensó. “Londres dormirá engañada.”

16

El calabozo improvisado en la comisaría del distrito era una celda estrecha, de muros desconchados y un catre metálico que chirriaba con cada movimiento.

La bombilla del techo parpadeaba de manera intermitente, como si también dudara de su permanencia allí. Percival Ashdown estaba sentado en el borde de la litera, con la cabeza hundida entre las manos.

Se había golpeado la frente tantas veces en las últimas horas que la piel mostraba ya un leve enrojecimiento.

No era violencia contra sí mismo, sino pura frustración: un intento desesperado de sacudir la memoria, de forzarla a colocar las piezas del rompecabezas que se le resistía.

—Tiene que haber un orden —murmuraba para sí, con la voz quebrada—. Copas… versos… Patricia… ¿qué fue primero?

El eco en la celda devolvía las palabras como una mofa cruel. Cada vez que creía atrapar un recuerdo nítido, este se deshacía en la bruma del alcohol, como tinta diluyéndose en agua.

Se acordaba de un brindis ruidoso, de la risa nerviosa de Patricia Redcliffe cuando él recitó un poema bastante torpe, de una copa que se derramó sobre su chaleco. Pero ¿qué pasó después? ¿En qué momento se levantó de la mesa? ¿Subió al ascensor? ¿O fue alguien quien lo arrastró hacia allí?

Se golpeó de nuevo la frente, cerrando los ojos con fuerza.

—¡Piensa Percival, maldita sea, piensa!

El traqueteo de unas llaves en la puerta lo sobresaltó. Un agente se asomó para comprobar su estado. Percival levantó la

mirada, los ojos vidriosos, rojos por el cansancio y el alcohol aun circulando en sus venas.

Intentó articular una explicación, pero las palabras se le agolparon en la garganta sin forma ni sentido.

Cuando el guardia se marchó, el silencio volvió a caer. Percival apoyó la espalda contra la pared fría y respiró hondo, como si quisiera absorber con la sobriedad de las piedras secas bajo la lluvia. *No puede ser que no recuerde nada. No puedo estar tan perdido.*

Y sin embargo lo estaba. Cada intento de reconstruir la noche terminaba en un vacío oscuro. Era como caminar por un pasillo interminable lleno de puertas cerradas. Sabía que en alguna de esas habitaciones se encontraba la clave, pero ninguna llave funcionaba en sus manos temblorosas.

Se llevó de nuevo las manos a la cabeza y susurró, casi en un lamento infantil:

—No fui yo. No fui yo. Pero ¿cómo lo demuestro si ni siquiera sé dónde estaba?

La celda, indiferente, no ofrecía respuestas. Solo el eco de su propia desesperación.

Percival apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos, como si al apretar con fuerza los dedos pudiera arrancar algún recuerdo más claro de su cabeza. La resaca le martilleaba las sienes, y cada vez que cerraba los ojos, lo que volvía no era una secuencia ordenada, sino un carrusel descontrolado de imágenes.

Primero, copas. Brindis que se superponían unos a otros, rostros sonrientes, el tintineo repetido del cristal golpeando cristal. El sabor dulce del champán mezclado con whisky barato, un cóctel improvisado en su boca que le había anulado cualquier noción de límite.

Luego, Patricia. Patricia Redcliffe, con esa risa ligera que parecía provenir de otro mundo. La recordaba aplaudiendo un verso suyo, aunque no sabía si había sido porque le había hecho gracia o

porque intentaba evitar que él quedara en ridículo. Sus ojos brillaban, sí, pero ¿era luz de admiración o de lástima?

Los versos. Oh, los versos. Había improvisado uno tras otro, algunos en latín macarrónico, otros en un inglés tan arcaico que ni él mismo comprendía. Recordaba la sensación de grandilocuencia al recitarlos subido a una silla, como un profeta ebrio en medio del banquete.

Pero también recordaba las risas a su costa, risas que podían haber sido cómplices o crueles; la memoria ya no distinguía.

Entre una copa y otra, entre un aplauso falso y otro verdadero, todo se mezclaba en un caos que no tenía principio ni fin. No sabía si había hablado con Frances Davenport o si eso había sido otro día.

No sabía si había discutido con Douglas Stansfield o si lo había evitado toda la noche. Solo retazos: un camarero quitándole una copa de la mano, Patricia apartándose cuando él intentó besarle en los labios, una melodía de piano sonando a lo lejos.

Se golpeó la frente con la palma abierta, furioso.

—¡Orden! —gritó, y su voz resonó contra los muros húmedos.

Pero no había orden. Solo imágenes inconexas, como páginas arrancadas de distintos libros y arrojadas al suelo sin cuidado. Una copa rota en el suelo del salón, un ascensor que se cerraba, alguien que lo llamaba por su apellido. Todo podía haber ocurrido en diez minutos o en tres horas.

Percival respiró hondo, tratando de fijar un detalle, un único punto de anclaje. Pero cada vez que lo intentaba, el recuerdo se deshacía, arrastrado por el alcohol que aún enturbiaba su sangre.

Lo único claro era Patricia, siempre Patricia, su rostro flotando en medio de aquella neblina. Y, sin embargo, incluso ella se desdibujaba como una pintura vista bajo la lluvia.

Finalmente se dejó caer de espaldas en la litera, cubriéndose los ojos con el antebrazo.

—Soy inocente —murmuró, casi como un rezo—. Pero ¿cómo lo demuestro si ni yo mismo sé lo que hice?

El sonido metálico de las llaves anunció la llegada de dos agentes. Abrieron la puerta de la celda con un chirrido y, sin necesidad de palabras, indicaron a Percival que los acompañara.

Él obedeció despacio, arrastrando los pies, como un hombre que camina hacia su propia confesión, aunque no tenga nada que confesar.

Lo condujeron hasta una sala estrecha, con paredes desnudas y una mesa de acero atornillada al suelo. Una cámara en la esquina parpadeaba con una luz roja. En la otra punta de la mesa lo esperaba el inspector Morton, apoyado sobre un bloc de notas. A su lado, un joven agente tecleaba en un portátil. Percival se dejó caer en la silla.

Morton empezó sin rodeos:

—Necesitamos una coartada, Ashdown. Dónde estaba usted entre la medianoche y la una.

Percival tragó saliva. Miró sus propias manos temblorosas sobre la mesa y trató de recordar con precisión, pero lo que emergió fue un revoltijo de imágenes vagas.

—Había copas… demasiadas copas —balbuceó—. Creo que estuve en el bar del hotel… ¿o era en el restaurante? Recité un poema sobre… mares, sí, mares y sirenas. Patricia se rio. O quizá no era Patricia.

El agente que escribía alzó la vista, confundido. Morton mantuvo la calma, aunque se inclinó hacia adelante, con el ceño fruncido.

—Necesito lugares, horas, personas que puedan confirmarlo.

—El ascensor —dijo Percival de golpe, como si acabara de aferrarse a algo—. Creo que subí al ascensor en algún momento. Había un espejo, y yo… yo me vi reflejado, con la corbata torcida. No sé a qué planta iba.

Morton tamborileó con el lápiz sobre la mesa.

—¿Algún testigo? ¿Alguien que lo viera en ese bar, en ese ascensor, donde sea?

Percival se mordió el labio, desesperado. Todo lo que recordaba eran escenas inconexas, como un rompecabezas al que le faltaban las piezas más importantes. Vio un camarero que quizá le negó otra copa, una puerta que se cerraba de golpe, un reloj de pared que marcaba las doce y media… o tal vez una y media. No lo sabía.

—No lo sé —admitió finalmente, bajando la voz—. Lo siento, inspector. No lo sé.

El agente del portátil escribió esa frase con rapidez. El eco de las teclas llenó el silencio de la sala. Morton lo observó largo rato, como si intentara distinguir entre un culpable que miente y un inocente que se hunde en su propia confusión.

Finalmente, Morton se levantó y cerró el bloc.

—Eso no nos sirve, Ashdown. No hay nada concreto en lo que dice. Le recuerdo que está usted a punto de ser acusado de asesinato.

Percival bajó la cabeza. La sala se volvió de repente más fría, más hostil. Su propia memoria lo estaba traicionando, convirtiéndolo en un sospechoso sin defensa posible.

El silencio tras la última pregunta de Morton pesaba como una losa. Percival permanecía con la cabeza gacha, los dedos crispados sobre la mesa de acero. Intentaba hablar, pero la garganta se le cerraba. El aire olía a café rancio y desinfectante barato, y esa mezcla extraña se le clavaba en el estómago como un puñal.

La cámara en la esquina seguía parpadeando, testigo implacable de su derrota. Cada segundo que pasaba sin una respuesta clara era otra piedra en el muro que lo cercaba.

La presión de los recuerdos fragmentados lo golpeaba como martillos. El brindis, Patricia, el ascensor, el poema sobre mares… nada encajaba en un orden lógico. Su mente era un libro cuyas páginas habían sido arrancadas y arrojadas al viento.

—No… no puedo… —balbuceó, y de repente la voz se quebró.

Se llevó las manos al rostro y estalló en un llanto descontrolado. El sollozo fue áspero, ruidoso, nada elegante ni contenido. Un llanto de adulto roto, no de poeta melodramático. Las lágrimas se filtraban entre sus dedos y caían sobre la mesa, dejando manchas oscuras en el acero.

Morton no se movió al principio. Lo observó con esa mezcla de paciencia y pragmatismo que caracteriza a los policías veteranos. El agente joven, incómodo, dejó de teclear unos segundos y miró a su superior en busca de instrucciones.

Morton le hizo un gesto para que continuara escribiendo: aquel derrumbe también era parte del registro.

—Mi cabeza… mi cabeza me está traicionando —gimió Percival, apretándose las sienes como si pudiera estrangular la confusión que lo consumía—. Sé que no lo hice, sé que no pude hacerlo… pero no recuerdo nada, nada…

Las lágrimas se transformaron en sollozos convulsos, acompañados de un temblor que recorría todo su cuerpo. Sus hombros subían y bajaban como si luchara contra una respiración imposible. Se sentía atrapado en su propia mente, víctima de una amnesia selectiva que lo estaba condenando más rápido que cualquier prueba física.

Morton, tras un largo silencio, deslizó el bloc hacia un lado y habló con voz baja:

—Ashdown, si no consigue ordenar al menos un momento concreto, algo que podamos contrastar, será imposible apartar las sospechas de usted.

Percival levantó la vista, con los ojos hinchados y enrojecidos. El llanto lo había dejado exhausto, la cara húmeda y marcada.

—¿Cómo voy a defenderme si no sé dónde estaba? ¿Cómo? —su voz era un lamento puro, el grito de un hombre atrapado en un vacío mental del que no podía escapar.

Morton no respondió. Se levantó despacio junto a su ayudante, dejó el lápiz sobre la mesa y salió de la sala. El clic de la puerta cerrándose resonó como un veredicto silencioso.

Percival se quedó solo, desplomado sobre la mesa, con las lágrimas aun cayendo. Su propia mente lo había abandonado en el momento más crucial de su vida, dejándolo desnudo frente a la maquinaria de la justicia.

Cuando Morton salió de la sala de interrogatorios, Iris estaba esperando en el pasillo, con los brazos cruzados y el abrigo aún puesto. El inspector no dijo nada, solo le sostuvo la mirada unos segundos y asintió con un gesto breve, como quien reconoce que ya no tiene argumentos para mantenerla alejada.

—Cinco minutos —le advirtió, abriendo la puerta.

Iris entró y cerró tras de sí. La sala estaba impregnada de la angustia reciente: la mesa de acero mostraba pequeñas manchas de lágrimas, y el poeta estaba encorvado sobre sus propios brazos, como un animal herido. Cuando oyó el clic de la puerta, levantó la cabeza. Sus ojos enrojecidos tenían la fragilidad de un niño sorprendido en pleno llanto.

—Iris… —su voz fue un susurro quebrado, cargado de vergüenza.

Ella se acercó despacio, arrastrando una silla hasta colocarse frente a él. Lo observó en silencio unos segundos, sin juicio ni

compasión exhibida. Después apoyó las manos sobre la mesa y habló con calma:

—Te creo, Percival. Y voy a encontrar pruebas de tu inocencia.

El poeta dejó escapar una risa amarga, ahogada por la fatiga.

—¿Pruebas? Si ni siquiera puedo recordar dónde estaba… Si hasta mi memoria se ha puesto en mi contra.

Iris inclinó la cabeza.

—No eres el primero al que el alcohol le roba las horas. Y no serás el último. Pero te prometo que no van a enterrarte en una mentira solo porque es la historia más fácil de vender.

La intensidad de su tono arrancó un brillo distinto en los ojos de Percival. Había resignación, sí, pero también una chispa de gratitud, como si al fin alguien lo hubiera visto más allá del disfraz de bufón ebrio.

—No dejes… no dejes que lo hagan, Iris —pidió con voz temblorosa—. No dejes que me entierren vivo en un relato que no es mío.

Ella extendió la mano y, sin pensarlo demasiado, la colocó sobre la suya. Sus dedos fríos contrastaban con el calor de la piel húmeda de Percival.

—No lo permitiré —dijo, con la convicción de quien no promete en vano. Y deja de una vez ese tono tan dramático. Así no vamos a solucionar nada. Si el crimen se resolviera a base de poesía, estarías libre hace varias horas.

Durante unos segundos, el silencio se volvió casi reparador. El parpadeo rojo de la cámara en la esquina seguía allí, pero a Percival dejó de importarle. En esa habitación, con esa promesa, encontró un ancla en medio del naufragio.

Morton abrió la puerta al cabo de unos minutos, sin prisa, y con un gesto indicó que el tiempo había terminado. Iris se levantó,

alisó su abrigo y, antes de salir, se inclinó hacia Percival una vez más:

—Confía en mí. No me importa cuánto se empeñe el fiscal, voy a desmontar toda esta farsa, tenlo por seguro.

El poeta cerró los ojos y asintió despacio, como si esa promesa fuera lo único capaz de mantenerlo en pie.

17

Iris cerró la puerta de su habitación del hotel y dejó escapar un suspiro largo, sostenido, como quien intenta liberar la presión acumulada en un solo gesto. La suite estaba en penumbra. Solo la lámpara del escritorio arrojaba un círculo de luz cálida sobre el suelo. El silencio era absoluto, roto apenas por el rumor lejano de un ascensor deteniéndose en otra planta.

Se quitó los tacones y caminó descalza hasta la ventana. La ciudad seguía latiendo bajo la lluvia fina de la madrugada, con el tráfico de Londres arrastrando sus luces como serpientes rojas y amarillas. En ese escenario nocturno, Iris se obligó a ordenar los recuerdos de la gala, como quien recompone una baraja desparramada sobre la mesa.

Lo primero que le vino a la mente fue la imagen de Douglas Stansfield en el centro del salón, rodeado de flashes, sosteniendo el trofeo como si hubiera nacido para él. Había alzado aquella figura metálica con una seguridad casi ridícula, con el gesto de un rey coronado por aclamación.

Repasó las escenas una a una: Stansfield alzando el premio dentro de la vitrina, sacándolo como si fuera ya suyo; las risas, las palmaditas en la espalda; la broma de Percival Ashdown sobre coronar reyes o cortar gargantas.

Y, sobre todo, el detalle que entonces había pasado inadvertido pero que ahora adquiría la relevancia de una clave determinante: *Douglas no soltó el trofeo en toda la noche*.

Lo sostuvo durante los brindis, lo apoyó en el respaldo de su silla, incluso lo utilizó como excusa para reírse de un crítico. Cada movimiento suyo quedaba ligado a ese objeto, como si se tratara de un amuleto o de una extensión de su inmenso ego.

Iris entrecerró los ojos, apoyando la frente contra el cristal frío de la ventana. Si Stansfield había mantenido el trofeo consigo todo el tiempo, la lógica decía que el arma debía de haberlo acompañado a la suite, junto con el manuscrito robado y la copa de whisky que llevaba en la otra mano.

La imagen era clara: Stansfield, con el premio bajo el brazo, como si lo hubiera ganado por derecho divino. Y después, la caída. "Los dioses siempre tropiezan con sus propios altares", pensó Iris.

Iris volvió al escritorio, abrió su cuaderno y empezó a trazar flechas y anotaciones rápidas. Su método siempre era el mismo: reconstruir cada gesto hasta que surgiera una grieta en la versión oficial. Y aquella noche ya tenía una: nadie podía colocar el manuscrito ensangrentado en manos de Percival, salvo la imaginación interesada del fiscal Kellaway.

Iris se recostó en la silla del escritorio, con el cuaderno abierto frente a ella y la pluma lista, aunque aún sin escribir. Cerró los ojos un instante y dejó que las imágenes regresaran con nitidez.

El salón del hotel aparecía ante su memoria como una secuencia fotográfica. Invitados vestidos de gala, copas alzadas, el murmullo constante de las conversaciones, y en medio de todo, Douglas Stansfield. Él era siempre el epicentro, el imán hacia el que se dirigían miradas y comentarios, aunque muchos fueran disfrazados de cortesía hipócrita.

Volvió a ver el instante exacto en que Stansfield abrió la vitrina con un gesto teatral, extrajo el trofeo y lo alzó a la altura de su pecho. Desde entonces, lo sostuvo como si fuera una extensión natural de su cuerpo. Iris repasó cada momento: Stansfield estrechando la mano de un editor, con el trofeo en la otra. Stansfield apoyando el premio en su muslo mientras escuchaba un halago. Stansfield levantando el objeto a la altura de la cabeza, riendo de su propio ingenio, cuando Percival bromeó sobre gargantas y coronas.

Iris frunció el ceño. Sí, otros invitados lo habían tocado, apenas unos segundos, en esas escenas que ahora todo el mundo

recordaba con morbo. Pero después, Douglas lo había recuperado enseguida, con una sonrisa que ocultaba celos de propiedad. A partir de ese instante, nadie más lo manipuló.

Ni Frances Davenport, con su mirada fría desde la mesa de prensa.

Ni Roland Chesterfield, ocupado en mantener conversaciones de negocios discretas.

Ni Mary Stansfield, cuya entrada y salida habían sido demasiado tensas como para detenerse a tocar un símbolo que ya no le pertenecía.

El trofeo había permanecido en manos de Douglas en todo momento, inseparable de él como su sombra.

La conclusión era inevitable: si nadie más había tenido acceso al trofeo tras la gala, el objeto mortal había viajado con Stansfield hasta la suite. Había estado en posesión exclusiva de la víctima.

Iris cerró los ojos otra vez. El recuerdo de Douglas cruzando el vestíbulo rumbo a los ascensores, con el trofeo bajo el brazo y el vaso de whisky en la mano, se proyectó con claridad demoledora. Era la estampa de un hombre convencido de su triunfo absoluto, cargado de trofeos materiales y simbólicos. Y también era la última pista indiscutible que lo vinculaba al arma homicida.

El razonamiento la tranquilizó y la inquietó al mismo tiempo. Porque si el trofeo nunca salió de las manos de la víctima, entonces alguien lo había convertido en arma en esa suite, en ese preciso espacio donde todo se torció.

Iris apoyó el bolígrafo sobre el cuaderno y dejó que la lógica, fría y meticulosa, hiciera el trabajo que la policía parecía empeñada en esquivar.

La hipótesis del fiscal Kellaway se basaba en una premisa sencilla: Percival Ashdown, borracho y humillado, se habría acercado hasta la suite de Douglas Stansfield y allí, en un arranque de rabia, habría perpetrado el crimen. Después se habría apoderado del

manuscrito y se lo habría llevado en venganza, Una historia cómoda, un círculo cerrado, que encajaba demasiado bien para no despertar sospechas.

—Cuando todo encaja a la primera, suele ser porque alguien forzó las piezas.

Se recostó en la silla y cerró los ojos, visualizando la escena de nuevo. Douglas, con el trofeo bajo el brazo y el vaso de whisky en la mano, subiendo hacia su suite entre los murmullos de los invitados. Era un hombre que vivía de ser visto, incapaz de desprenderse de un símbolo de poder, aunque fuera solo un adorno brillante.

La conclusión desmontaba por completo la narrativa del fiscal. Percival no había tenido que hurtar nada, no había planificado un crimen con un arma improvisada. Lo único que lo incriminaba era la ebriedad, la broma desafortunada y la sospecha colectiva de quienes necesitaban un culpable fácil.

Iris sintió un estremecimiento. Era consciente de lo peligrosa que resultaba aquella idea: un inocente podía acabar condenado porque la verdad era menos práctica que la mentira.

Se levantó y comenzó a caminar por la habitación, descalza sobre la alfombra, dejando que sus pasos marcaran el ritmo de sus pensamientos. Cada giro en torno a la mesa reforzaba la misma conclusión: el caso contra Percival era una construcción completamente artificial, sostenida sobre recuerdos sesgados y pruebas colocadas con torpeza.

—El arma nunca salió de manos de Stansfield —susurró—. Él la llevó consigo… hasta el final.

La frase, dicha en voz alta, tuvo un efecto casi físico. Era como abrir una ventana en una sala cerrada: de repente todo parecía encajar.

Se detuvo, respiró hondo y, con un gesto lento y calculado, cerró el cuaderno. Ahora tenía un argumento sólido, algo que

Morton no podría ignorar por mucho que quisiera mantenerse neutral.

Iris volvió a encender la lámpara del escritorio. El haz de luz caía directo sobre el cuaderno, iluminando las frases que había garabateado con trazos nerviosos: *arma en posesión de la víctima… hipótesis fiscal imposible…*

Pasó las páginas hacia atrás y releyó lo que había escrito, desde los primeros rumores en el vestíbulo hasta la arrogante desaparición de Douglas Stansfield con su traje gris perla camino de su suite en el hotel tras recoger el premio. Todo apuntaba en la misma dirección: el crimen no había sido premeditado con un arma llevada desde fuera, sino que se había gestado en el propio escenario del triunfo.

El trofeo. Ese objeto que debía simbolizar la gloria literaria, la consagración pública, el reconocimiento al talento. Era, en esencia, una metáfora de poder. Pero en manos de un hombre tan vanidoso como Stansfield, se había transformado en otra cosa: un talismán que no estaba dispuesto a soltar.

Iris se detuvo en esa idea. El trofeo no había sido elegido como arma; simplemente estaba allí, demasiado presente, demasiado visible, demasiado a mano. En el lugar exacto y en el momento exacto.

Recordó la broma de Percival, la incomodidad que causó, el guiño malicioso de Stansfield al girarlo entre sus dedos. Sí, era afilado, puntiagudo, con la forma híbrida de pluma y daga. Una ironía cruel: lo que debía premiar a un escritor terminó clavándose en la carne de otro.

—Un símbolo convertido en condena —murmuró Iris, anotando la frase.

Se recostó en la silla, cerrando los ojos para repasar mentalmente la secuencia final. Douglas entra en su suite, coloca el trofeo sobre el escritorio, lo observa girar bajo la lámpara como quien admira su reflejo en un espejo. Y luego, la discusión. Voces

alteradas, un forcejeo, un golpe seco. En ese preciso instante, el trofeo había dejado de ser un adorno para convertirse en un instrumento de muerte.

Iris sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era la primera vez que veía cómo objetos triviales adquirían un significado macabro: cuchillos de cocina, estatuillas decorativas, incluso una lámpara de pie.

Pero el trofeo era distinto. Tenía la carga simbólica de la vanidad, del ego exacerbado de Stansfield y del mundo literario que lo rodeaba. Era casi poético, en el sentido más oscuro del término, que la gloria por la que había vivido fuera también su sentencia final.

Escribió en su cuaderno, subrayando con fuerza:
"El crimen no fue planificado con antelación. El arma estaba allí. El asesinato fue oportunidad, no cálculo."

Al acabar, dejó caer la pluma y apoyó la barbilla en la mano. En la soledad de la habitación, el razonamiento adquiría una claridad casi dolorosa.

El trofeo no era solo el arma: era la metáfora de todo lo que había llevado a Douglas Stansfield a su destino. La ambición, la arrogancia, la soberbia. Todo resumido en una figura metálica brillante, ahora teñida de sangre.

Iris cerró el cuaderno con un golpe seco. La conclusión estaba fijada: el asesinato no podía atribuirse a un robo ni a un plan elaborado. El trofeo había estado en el lugar exacto, en el momento exacto, y en manos del hombre que había hecho de él un ídolo personal.

Un símbolo que debía coronar un triunfo literario había terminado convertido en una condena irreversible. "En el Whitmore, hasta los premios vienen con navaja".

La mañana había amanecido gris y húmeda. Iris se reunió con el inspector Charles Morton en una pequeña sala del hotel que habían improvisado como despacho temporal. Sobre la mesa

descansaban carpetas, fotografías de la escena del crimen y un termo de café que ya casi había perdido el calor.

Iris abrió su cuaderno y lo giró hacia él, señalando las notas con el dedo. Sus palabras fueron firmes, meticulosas, como si cada frase estuviera diseñada para desmontar la teoría oficial del fiscal piedra a piedra.

—Morton, fíjese bien. Nadie más tocó el trofeo después de que Stansfield lo sacara de la vitrina. Nadie. Lo sostuvo toda la noche, incluso cuando Percival bromeó con él. Y lo llevó consigo a la suite. Eso significa que el arma nunca estuvo en manos de Ashdown. El asesinato no se planificó con un objeto externo: ocurrió porque el trofeo estaba allí, disponible, en el lugar exacto, en el momento exacto.

Morton la observó en silencio, con los brazos cruzados y el ceño profundamente fruncido. El inspector tenía esa habilidad de escuchar sin dar pistas de lo que pensaba, como si cada palabra se quedara flotando en el aire para ser sopesada más tarde.

Iris continuó, consciente de que la brecha en el relato oficial era demasiado evidente como para ser ignorada.

—El fiscal Kellaway quiere cerrarlo rápido, pero su hipótesis es insostenible. Percival estaba borracho, sí, pero no tuvo la oportunidad de utilizar el arma ni de esconder el manuscrito en su habitación. El trofeo viajó con la víctima en todo momento. Eso cambia todo.

Morton bajó la mirada hacia el cuaderno, leyó la frase subrayada con fuerza —*El crimen no fue planificado. El arma estaba allí*— y luego se recostó en la silla. Se pasó la mano por el mentón y soltó un resoplido bajo, cargado de incomodidad.

—Lo que usted dice tiene lógica, señora Penrose —admitió con voz grave—. Pero la lógica no siempre convence en los tribunales.

Iris lo miró fijamente, sin ceder.

—No se preocupe por la lógica, inspector. La lógica no hace sangre. Las prisas, sí.

Morton sostuvo su mirada un instante más, y después apartó la vista hacia el ventanal, donde la lluvia resbalaba en hilos finos. No la contradijo, pero tampoco se comprometió a respaldarla. Ese silencio calculado era respuesta suficiente: estaba dividido entre la certeza de su intuición y el peso político de las órdenes de Kellaway.

Iris cerró el cuaderno y se levantó, con un gesto decidido.

—Yo seguiré investigando —anunció—. Aunque el fiscal tenga otras prioridades, no pienso dejar que la verdad quede sepultada.

Morton asintió, como si le diera permiso tácito, pero sin implicarse demasiado. El ceño seguía fruncido, su expresión cargada de duda, atrapado entre la burocracia y la justicia.

Cuando Iris salió de la sala, él se quedó solo, observando las carpetas desordenadas sobre la mesa. Durante un instante, pareció tentado a abrir el cuaderno que ella había dejado allí, pero finalmente se limitó a resoplar, apretar los labios y encender otro cigarrillo.

La hipótesis de Iris seguía flotando en el aire, firme y precisa, pero aún no encontraba un lugar seguro donde asentarse.

18

El bar del hotel estaba prácticamente vacío a media tarde, con las luces atenuadas y el murmullo discreto de un par de ejecutivos consultando sus portátiles. Iris se abrió paso entre los sillones tapizados de terciopelo azul y lo encontró: Richard Fenwick, el enemigo público número uno de Stansfield, encorvado sobre la barra, con un vaso de coñac en la mano.

La copa estaba casi llena, pero él giraba el líquido despacio, como si lo estudiara con la misma desconfianza con la que parecía mirar al mundo.

—Señor Fenwick —saludó Iris, apoyándose suavemente en la barra a un metro de distancia—. ¿Le importa si me siento?

Richard levantó la vista, sorprendido, y sus ojos oscuros se estrecharon al reconocerla. No dijo que sí, pero tampoco dijo que no, lo cual ya era un gesto significativo en alguien tan hosco. Iris se acomodó en el taburete contiguo y pidió un té con leche. El contraste con el coñac de Richard no podía ser más evidente.

El escritor carraspeó, sin mirarla del todo.

—No esperaba que viniera a buscarme. Yo no soy… relevante en todo este asunto.

Iris arqueó una ceja, con esa mezcla de ironía y paciencia que le era tan natural.

—Permítame discrepar. Usted discutió con Douglas Stansfield delante de todo el salón, y no precisamente en voz baja. Eso lo convierte en alguien más que relevante.

El gesto de Richard se endureció. Dio un trago largo al coñac, como si el alcohol pudiera borrar la incomodidad.

—Él me provocó. Siempre lo hacía. No era un secreto que me despreciaba.

—Y usted no ocultaba su desprecio hacia él—añadió Iris, suavemente.

Por un instante, Richard no respondió. Sus dedos tamborilearon contra el vaso, marcando un ritmo nervioso. La desconfianza era palpable; sabía que todo lo que dijera podía ser malinterpretado, usado en su contra. Pero también sabía que Iris no era policía. Ella escuchaba distinto.

Finalmente, soltó una risa seca, sin humor.

—Quizá soy culpable de muchas cosas, señora Penrose. De escribir libros mediocres, de dejarme arrastrar por la envidia, de desperdiciar mi talento. Pero no soy un asesino.

Iris lo observó en silencio, dándole espacio para continuar. Y él, como si agradeciera que no lo interrumpieran, apuró el resto del coñac de un trago antes de hablar otra vez.

—Lo dice con el mismo tono con el que un fumador niega la posibilidad del cáncer: demasiado ensayado para ser verdad.

—Piense lo que quiera. Lo odiaba, sí. Pero créame, si alguien lo mató, no fui yo.

Fenwick pidió otro coñac con un gesto brusco al camarero. El vaso anterior aún estaba tibio sobre la barra, pero parecía necesitar una nueva dosis de valor líquido para continuar hablando. Iris no lo presionó; se limitó a observar cómo la botella inclinada vertía el ámbar en el cristal, el burbujeo breve antes de quedar quieto otra vez.

Cuando el camarero se alejó, Richard habló con una voz más áspera, como si el alcohol le arrancara lo que llevaba años guardado.

—Lo odiaba —dijo sin rodeos, con la mirada clavada en el fondo de su copa—. Y no me avergüenza admitirlo. Stansfield era un parásito. Se alimentaba del trabajo de otros, del miedo de otros.

Plagiaba, manipulaba, ridiculizaba a quien se le pusiera delante. Y nadie le plantaba cara, porque todos temían su lengua viperina.

Se llevó el vaso a los labios y bebió un trago largo, dejando que el silencio se extendiera unos segundos. Iris no apartaba los ojos de él, atenta a cada palabra.

—¿Está diciendo que lo acusaba de plagiar? —preguntó con calma.

Richard soltó una carcajada seca, sin alegría.

—No solo lo acusaba. Lo gritaba cuando podía, en círculos cerrados, en bares, en tertulias privadas. Nunca se atrevieron a imprimirlo, claro, porque nadie quería una demanda. Pero sí, lo decía. Douglas robaba ideas, capítulos enteros, y luego los maquillaba con su estilo pomposo. Y si no, arruinaba carreras con dos frases suyas en una columna.

Iris anotó despacio en su cuaderno: *plagio, humillaciones, temor generalizado*. Levantó la vista y lo encontró mirándola con un rictus de amargura.

—Si alguien lo merecía —continuó Richard, y esta vez lo dijo con frialdad quirúrgica— era él. Y no soy el único que lo pensaba.

La frase flotó en el aire como una confesión incómoda. No era una admisión de culpa, pero sí de odio profundo. Lo bastante fuerte como para convertirlo en sospechoso a ojos de cualquiera. Iris lo sabía; él también.

—Con tantos candidatos al trono del odio, Stansfield podía haber llenado un estadio—dijo Iris.

Fenwick apoyó el vaso sobre la barra con un golpe seco.

—No me culpo por odiarlo —añadió, con los dientes apretados —. Me culpo por haberle permitido tantas cosas durante tanto tiempo.

Iris mantuvo la calma, aunque en su interior reconoció que la frialdad con la que Richard hablaba podía interpretarse como la de

un hombre que no lamentaba la muerte de Stansfield en absoluto. Y en un caso como ese, la percepción era casi tan peligrosa como la verdad.

Iris entrelazó las manos sobre su regazo y lo observó con atención. Fenwick, tras la confesión amarga, parecía debatirse entre seguir desahogándose o atrincherarse de nuevo en el silencio. Finalmente, optó por lo segundo, pero no sin antes dejar sobre la mesa algo que sonaba a defensa ensayada.

—Míreme bien, señora Penrose —dijo, acomodándose en el taburete y golpeando el vaso contra la barra con un ritmo seco—. Yo no estaba en esa maldita habitación cuando mataron a Stansfield.

Iris alzó una ceja, sin interrumpir.

—Durante esa hora —continuó Richard, modulando la voz con cuidado— concedía una entrevista a Peter Latham, de la revista *Arts & Letters*. Un muchacho joven, demasiado ansioso por hacerse un nombre como para inventarse algo así.

Se inclinó hacia ella, apoyando los codos en la barra.

—Estuvimos en el salón trasero del hotel, al lado del piano. Pregúntele a él. Tomaba notas en una libreta, con la fecha y la hora en la parte superior de cada página. Puede corroborarlo.

Iris anotó cada detalle en su cuaderno. Nombre, medio, lugar exacto. La precisión no parecía improvisada; daba la impresión de que Fenwick llevaba esa coartada en el bolsillo, lista para usarla en cuanto alguien lo señalara con un dedo acusador.

—¿Por qué me lo cuenta a mí y no al inspector Morton? —preguntó Iris, levantando la vista.

Richard bufó, moviendo la mano en un gesto de desprecio.

—Porque los policías no escuchan. Creen que la primera versión que encaja es la única. Yo sé cómo funciona esto: un borracho con un chiste desafortunado y un hombre con una lengua

larga son sospechosos perfectos. Y yo ya he dado suficiente carnaza en público.

Iris lo estudió en silencio unos segundos más. Había una extraña mezcla en su tono: desafío y miedo, orgullo y cansancio. La coartada podía ser cierta o podía ser un relato cuidadosamente preparado. Pero era concreta, y lo concreto siempre se podía comprobar.

—Bien —dijo Iris, cerrando su cuaderno—. Entonces comprobaré todo con Peter Latham, si no le importa. Si lo que dice es verdad, lo descartarán como sospechoso de inmediato.

Richard no respondió. Bebió un último trago de coñac, y el temblor leve en sus manos traicionó la calma aparente de sus palabras.

Iris no tardó en localizar al joven periodista. Peter Latham no era difícil de encontrar: su figura delgada y nerviosa destacaba en el vestíbulo del hotel, donde intentaba inútilmente llamar la atención de los fotógrafos que aún merodeaban por allí. Cargaba con una mochila demasiado grande para su cuerpo y con una libreta gastada en las esquinas que parecía su tesoro más preciado.

—¿Señor Latham? —preguntó Iris al acercarse.

El muchacho dio un respingo, como si no esperara que alguien lo reconociera por su apellido.

—Sí… ¿sí? —balbuceó, ajustándose las gafas—. ¿La conozco?

—Iris Penrose. Escritora. Necesito hacerle unas preguntas— dijo ella, sacando su tono más sereno, ese que sabía inspirar confianza incluso a los más asustadizos.

El rostro de Peter se iluminó con un destello de entusiasmo nervioso.

—¡Por supuesto! He leído una de sus novelas, *La sombra en Notting Hill*. Genial. Muy ingeniosa.

Iris sonrió, aunque no era momento para halagos.

—Gracias. Pero vayamos al grano. Usted habló con Richard Fenwick anoche, ¿cierto?

El joven periodista asintió con ímpetu.

—Claro que sí. Me concedió una entrevista larguísima. Estuvimos en el salón trasero, al lado del piano… desde poco antes de medianoche hasta pasada la una.

Iris arqueó las cejas.

—¿Está completamente seguro de esa franja horaria?

Peter no dudó. Abrió la libreta y la mostró como si entregara pruebas en un juicio. En la parte superior de una página había escrito con letra apretada: *Entrevista con Richard Fenwick, 00:10 h – London Book Awards – salón trasero.*

Más abajo, los apuntes se sucedían: frases entrecomilladas, nombres de autores, comentarios cáusticos atribuidos a Fenwick. Y, en un lateral, un reloj dibujado con esmero, señalando la una menos cuarto.

—Tomo notas obsesivas —explicó el periodista, encogiéndose de hombros—. Es la única forma de que me publiquen algo.

Iris examinó las páginas con atención. No solo estaban las palabras, sino también la caligrafía nerviosa, los márgenes llenos de garabatos, incluso manchas de café que coincidían con lo que recordaba haber visto en la barra del bar. Nada olía a improvisación.

Le devolvió la libreta con cuidado.

—Entonces, lo que dice Fenwick es cierto. Estaba con usted en el momento del crimen.

Peter asintió con vehemencia.

—Sí, señora Penrose. Puedo dar fe. No nos movimos de allí en toda la hora. Él estaba demasiado ocupado criticando a medio gremio como para ir a ningún sitio.

Iris agradeció su franqueza y tomó nota mental. La coartada era sólida, respaldada por un testigo con pruebas tangibles. Fenwick podía seguir siendo desagradable, envidioso y amargado, pero asesino… no. Al menos, no en esta ocasión. No por el momento.

Iris se retiró del vestíbulo con paso sereno, aunque por dentro repasaba cada palabra del joven periodista. Había aprendido a desconfiar incluso de las pruebas aparentemente más firmes, pero en esta ocasión la consistencia era difícil de discutir. Peter Latham no tenía motivo alguno para mentir; más bien, todo lo contrario. La minuciosidad de sus notas y su entusiasmo torpe lo convertían en un testigo casi incómodamente fiable.

De vuelta en su habitación, Iris colocó sobre la mesa su cuaderno abierto, junto a las tarjetas con apuntes que había ido recopilando durante la investigación. Subrayó con tinta roja una nueva línea:

"Fenwick = coartada sólida (testigo + pruebas manuscritas). Descartar como autor directo."

Se recostó en la silla y dejó que la conclusión se asentara. Richard Fenwick no era inocente en sentido moral; había odiado a Douglas Stansfield con una intensidad casi corrosiva, lo había acusado de plagio y lo había señalado como destructor de carreras. Pero el odio, por sí solo, no bastaba. La cronología lo exoneraba.

Iris recordó la mirada amarga del escritor en el bar, el temblor apenas perceptible de sus manos al sujetar el coñac. Era un hombre destruido por la envidia y la frustración, sí, pero no un asesino. Su papel en esta historia era el de un antagonista verbal, un sospechoso de manual… y un perfecto señuelo para desviar la atención.

Mientras anotaba estas ideas, la duda la golpeó con fuerza: ¿quién, entonces, había aprovechado la oportunidad en la suite? Si Fenwick quedaba fuera, el círculo de sospechosos se estrechaba.

Y cuanto más se estrechaba, más evidente resultaba que el móvil debía de estar vinculado al manuscrito robado o a alguna

afrenta personal que Stansfield había cultivado con tanto esmero a lo largo de los años.

Iris se levantó y caminó hasta la ventana. La tarde caía sobre la ciudad con una luz cenicienta, y en la calle los taxis parecían avanzar con la misma prisa que sus propios pensamientos.

Había descartado a un sospechoso clave, pero la sensación no era de alivio, sino de mayor presión: el caso se complicaba, y Morton tendría que aceptarlo tarde o temprano.

—El odio no mata, al menos no siempre —murmuró para sí—. Pero los secretos sí. La inocencia nunca se gana, se hereda con una buena coartada.

Volvió a su mesa, cerró el cuaderno y respiró hondo. Fenwick había salido de la lista de culpables, pero quedaban otros nombres con demasiadas sombras. —

El verdadero asesino seguía oculto, y cada pista descartada solo hacía más nítida la silueta de la verdad que aún aguardaba.

19

El patio trasero del hotel Whitmore estaba casi vacío. El ruido de la ciudad llegaba amortiguado, como si las paredes altas quisieran proteger aquel rincón del bullicio de Londres. Había un par de mesas de hierro fundido, un toldo plegado y macetas con hortensias que parecían marchitarse bajo el frío húmedo.

Iris se ajustó la bufanda al cuello y salió al patio, siguiendo el tenue rastro de humo que flotaba en el aire. Allí estaba Mary Stansfield, la exesposa del difunto. Llevaba un abrigo largo de lana gris, ligeramente desabrochado, y entre los dedos sostenía un cigarrillo encendido que consumía con nerviosismo. Cada calada era profunda, casi violenta, como si buscara expulsar con el humo algo más que nicotina.

Mary no la vio de inmediato. Estaba absorta mirando al suelo, el tacón de su zapato marcando un ritmo inquieto contra las baldosas. El rostro, iluminado por la brasa roja del cigarrillo, mostraba surcos de cansancio y rabia mal contenida.

Iris se acercó despacio, respetando la intimidad de ese momento, pero sin dejar de observar cada gesto. Había aprendido en su época de periodista que los silencios dicen tanto como las palabras, y Mary estaba cargada de silencios.

—Señora Stansfield —saludó Iris, con voz firme pero amable.

Mary levantó la vista de golpe, sobresaltada, y exhaló una nube de humo que la envolvió un instante.

—Oh… —titubeó, con un hilo de voz—. Usted es Iris Penrose, ¿verdad? La escritora.

Iris asintió.

—Así es. ¿Le importa si le hago compañía?

Mary dudó, como si calculara la conveniencia de aceptar aquella presencia. Finalmente, señaló con un gesto seco la silla de enfrente. Iris se sentó, sin apartar la mirada de ella.

Hubo unos segundos de silencio. Solo el sonido de la brasa crepitando y el golpe rítmico del tacón sobre la piedra.

—No suelo fumar —dijo Mary al fin, rompiendo la quietud—. Pero hoy… hoy necesito algo que me recuerde que sigo respirando.

—Algunos fuman por placer; otros, para convencerse de que aún tienen pulmones en la pelea.

Iris ladeó la cabeza, observando cómo la mujer apagaba el cigarrillo contra el borde de la mesa, con un gesto más brusco de lo necesario. Había algo en su postura, en la tensión de sus hombros y en sus labios apretados, que hablaba de años de resentimiento contenidos.

El aire entre ambas se cargó de expectativas. Iris sabía que Mary no estaba allí por casualidad: la exesposa de Stansfield buscaba un espacio lejos de miradas, y quizá, también, una oportunidad para dejar escapar verdades que pesaban demasiado.

—Entiendo —dijo Iris suavemente—. A veces, un humo denso es menos asfixiante que el silencio.

Mary la miró con un destello de ironía en los ojos, y por primera vez se permitió una media sonrisa amarga.

Mary encendió otro cigarrillo con manos temblorosas. La llama del mechero iluminó por un instante sus facciones tensas, y al expulsar el humo, lo hizo con un suspiro que parecía contener años de frustración acumulada.

—Douglas me debía dinero —soltó al fin, con un tono áspero que cortaba el aire—. Y no una cantidad menor, señora Penrose. Me debía el anticipo de nuestra última colaboración, un adelanto editorial que firmamos antes de divorciarnos.

Iris no la interrumpió. Mantenía la mirada fija en ella, dejando que las palabras fluyeran con la misma cadencia irregular que el humo.

—Era dinero mío, ganado con esfuerzo durante los años en los que yo también aportaba ideas, borradores, contactos. —Mary se inclinó hacia adelante, la voz cargada de amargura—. Pero él… él nunca quiso pagarme. Fingía que el contrato había caducado, que mis derechos eran irrelevantes. Como si yo fuera un fantasma de su pasado, alguien que podía borrar con un par de firmas.

El cigarrillo temblaba entre sus dedos. Se apresuró a dar una calada larga, como si el tabaco pudiera contener el temblor de su voz.

—Douglas siempre jugaba con el poder del dinero. Le encantaba recordarme que él era la estrella y yo la nota al pie —dijo, casi escupiendo las palabras—. Pero ese anticipo era mío. No era cuestión de lujo ni de capricho: era justicia.

Iris percibió el rencor, tan denso como la neblina que se alzaba en torno a ellas. Mary no solo reclamaba una deuda económica: lo que ardía en su voz era el resentimiento de años, de humillaciones y promesas incumplidas.

—¿Alguna vez pensó en denunciarlo legalmente? —preguntó Iris, con suavidad, tanteando el terreno.

Mary soltó una carcajada amarga, seca, que terminó en un acceso de tos.

—¿A Douglas Stansfield? Ese hombre conocía a todos los abogados del gremio. Habría convertido el caso en un espectáculo, y al final yo habría quedado como la exesposa resentida que quiere vivir de su gloria. No, señora Penrose. No podía enfrentarme a él de esa forma.

Dejó el cigarrillo a medio consumir en el cenicero, donde humeaba como un recordatorio silencioso. La mirada de Mary se endureció mientras repetía:

—Pero lo que me debía… jamás lo olvidé…

Iris tomó nota mental, registrando cada matiz del rencor en la voz de aquella mujer. Una deuda económica podía ser excusa suficiente para generar sospechas, pero el resentimiento que percibía iba mucho más allá del dinero.

Mary aplastó con fuerza el cigarrillo en el cenicero, como si cada giro fuera un desahogo físico de lo que estaba a punto de decir. Se quedó un momento en silencio, mirando las brasas apagarse, antes de soltar la confesión con un hilo de voz que, sin embargo, cargaba todo el peso de su historia.

—Lo odié como no he odiado a nadie en mi vida —dijo, y al pronunciarlo su voz tembló—. Durante años. Y no solo por el dinero. El dinero era la superficie, el pretexto. Lo odié por lo que me hizo en privado, por cómo me humillaba día tras día, delante de amigos, de colegas, de desconocidos incluso.

Se recostó en la silla de hierro, la mirada perdida en el cielo encapotado.

—Douglas era un maestro en la crueldad discreta. Un comentario cortante en mitad de una cena. Una broma maliciosa que todos celebraban porque nadie quería enfrentarse a él. Y yo… yo me quedaba sonriendo como una tonta, fingiendo que no me afectaba, cuando por dentro me estaba desmoronando.

Iris no dijo nada. Sabía que las pausas eran más elocuentes que cualquier pregunta.

Mary continuó, con los ojos brillantes de rabia contenida:

—Me llamaba "lastre", ¿sabe? Así, en mi propia casa. Decía que nunca habría tenido carrera sin él, que yo era poco más que una anécdota en su biografía. Y lo peor es que… con el tiempo, empecé a creerlo.

El tono de su voz oscilaba entre la ira y el cansancio. Iris la observaba con atención, reconociendo en cada palabra no solo a una

antigua esposa resentida, sino a alguien que había sobrevivido a años de erosión emocional.

—No se imagina lo que era escuchar cómo, en público, elogiaba a otras mujeres, a jóvenes escritoras, mientras a mí me reducía a "un recuerdo borroso" o "una vieja costumbre". —Mary frunció los labios, apretándolos hasta casi borrarlos—. ¿Qué clase de hombre necesita pisotear así a su mujer para sentirse grande?

El silencio se instaló de nuevo en el patio. El viento agitó las hortensias marchitas, y Iris percibió cómo en la rigidez de Mary convivían dos emociones contradictorias: la furia y el dolor.

Finalmente, Mary clavó la mirada en Iris, como si necesitara que alguien, al fin, reconociera su verdad.

—Sí, lo odié. Durante años. Y no me avergüenzo de decirlo. Porque él se lo ganó a pulso, una humillación tras otra.

Iris asintió despacio. No era su papel consolarla, pero sí escucharla con la atención que nadie más le había prestado. Sabía que esas palabras podían convertirla en sospechosa a ojos de la policía, pero también la humanizaban.

El odio de Mary no era un móvil abstracto: era el resultado inevitable de una vida compartida con un hombre que había convertido la crueldad en costumbre.

Iris estaba a punto de formular una nueva pregunta cuando la puerta del patio se abrió y apareció un joven camarero, aún con el chaleco negro y el paño colgado del antebrazo. Parecía nervioso, como si hubiera interrumpido algo que no debía.

—Disculpen —dijo con un ligero acento de Brixton—. No quiero molestar, pero… quizá deba decirlo…

Mary lo miró con recelo, encendiendo de nuevo otro cigarrillo, como quien busca refugio en el humo. Iris, en cambio, lo animó con un gesto.

—Adelante.

El muchacho se aclaró la garganta.

—Anoche, cerca de la medianoche, la vi a usted, señora Stansfield, tomando el ascensor de servicio. El que lleva directo a las suites de la planta alta. —Su mirada vaciló entre Iris y Mary—. Me pareció raro porque no había nadie más en esa zona, y nosotros, el personal, teníamos prohibido usarlo durante la gala.

El silencio cayó como un bloque de hielo. Iris percibió el cambio inmediato en la expresión de Mary: primero sorpresa, luego furia contenida.

—Eso no significa nada —dijo Mary con voz tensa, aplastando de golpe el cigarrillo contra el cenicero—. Fui a mi habitación. Nada más.

El camarero tragó saliva, incómodo.

—No quise malinterpretar, señora, pero… me acuerdo bien. La puerta del ascensor cerró justo cuando el reloj del pasillo marcaba las doce. No lo olvido porque yo estaba llevando una bandeja de copas y el reloj se me quedó grabado.

—Medianoche: buena hora para los fantasmas… y para las coartadas mal armadas—dijo Iris.

Mary apretó los labios. Sus manos temblaban de manera visible, aunque intentaba ocultarlo sujetando con firmeza la mesa. Iris la observó en silencio: la declaración del camarero era clara, directa, y situaba a la exesposa de Douglas en el lugar y a la hora en que se desencadenó el crimen.

Iris no lo dijo en voz alta, pero lo pensó con claridad: aquel detalle convertía a Mary en una sospechosa evidente.

Mary se inclinó hacia Iris, los ojos brillando de ira y orgullo herido.

—No me mire como si me hubiera atrapado. Yo no toqué a Douglas. Si subí a ese ascensor fue por mis propios asuntos, no para matarlo.

Iris mantuvo la compostura, registrando cada palabra. Sabía que ese tipo de negaciones desesperadas eran munición perfecta para alguien como Kellaway.

Y, aunque la duda se cernía sobre Mary como una sombra inevitable, Iris entendía que todavía había demasiadas piezas del puzle sin encajar.

Mary aplastó el cigarrillo con tanta fuerza que el filtro se deformó contra el cenicero de hierro. Sus ojos, encendidos por la mezcla de rabia y miedo, se clavaron en Iris como si necesitara convencerla a toda costa.

—Sí, subí al ascensor de servicio —admitió con brusquedad—. Pero no a la suite de Douglas. Subí a otra planta, a mi habitación. Tenía unos documentos en la caja fuerte, papeles personales que no podía dejar allí con todo ese alboroto. No tiene nada que ver con… con lo que ocurrió después.

Iris inclinó ligeramente la cabeza. No dudaba de que Mary había subido a las plantas superiores, pero la explicación resultaba endeble. "Papeles personales" era demasiado vago, y el hecho de haber usado el ascensor de servicio, en lugar del principal, teñía todo de sospecha.

—¿Qué tipo de documentos? —preguntó Iris, con voz tranquila.

Mary vaciló un segundo, lo justo para sembrar más dudas.

—Contratos. Cartas de abogados. Cosas que no tienen ninguna relevancia ni para usted ni para la policía.

Iris no insistió. Sabía que a veces era mejor dejar que una coartada débil se hundiera sola bajo su propio peso.

En ese instante, apareció el inspector Morton, atraído por el rumor de la conversación. El camarero se apresuró a repetir su testimonio delante de él, nervioso, señalando la hora exacta en que había visto a Mary tomar el ascensor. Morton escuchó en silencio, con su libreta en la mano, anotando cada palabra.

Mary, visiblemente alterada, volvió a repetir su versión: que solo había subido a su habitación a por unos documentos, nada más. Morton no la contradijo ni la presionó demasiado; simplemente escribió con letra rápida y cerró la libreta con un chasquido.

—Lo tendremos en cuenta, señora Stansfield —dijo con tono neutro, y se retiró con paso firme.

Mary quedó rígida en su asiento, exhalando humo como si se hubiera quedado sin aire. Iris la observó con la serenidad de quien distingue entre lo dicho y lo callado.

En su interior, la conclusión era clara: la coartada de Mary era demasiado débil para sostenerse. Tarde o temprano, alguien pediría pruebas concretas de esos "documentos". Y Iris estaba dispuesta a comprobar si aquella historia resistía la luz del día o si era otro de los intentos desesperados de ocultar resentimientos más profundos.

Iris no dijo nada. Se limitó a observarla, dejando que el silencio pesara entre ambas. Había aprendido que, a menudo, en esos huecos aparecían las verdades más útiles. Cuando notó crecer la incomodidad en Mary, dio un paso más.

—Quería preguntarle por algo muy concreto —dijo Iris al fin —. Su relación con Roland Chesterfield, el editor de su exmarido.

El cigarrillo se le quedó a Mary suspendido a medio camino, a punto de caer ceniza sobre el suelo. Sus ojos, oscuros y fríos, se abrieron más de lo normal.

—¿Perdón?

—Me preguntaba —continuó Iris con voz calma, casi clínica— si usted y el señor Chesterfield mantienen algún tipo de vínculo… personal…

Mary la miró como si acabara de recibir una bofetada.

—¿Está insinuando…?

Iris sostuvo la mirada, imperturbable.

—No insinúo nada. Solo pregunto. He observado ciertos gestos entre ustedes: miradas, silencios demasiado cargados, complicidad. Podría ser solo cortesía, claro, pero prefiero confirmarlo.

Mary arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con un zapato firme. Se irguió, con la dignidad herida marcada en cada línea de su rostro.

—No tengo por qué hablar de mi vida privada con usted, señora Penrose.

—No se trata de su vida privada —respondió Iris, tranquila—. Se trata de esclarecer si había alguien con un motivo personal para querer que Douglas desapareciera de escena.

Mary dio un paso hacia ella, con la voz teñida de furia.

—¿Me está acusando de complicidad en el asesinato de mi exmarido?

Iris negó con la cabeza con calma, aunque sus palabras eran tan afiladas como el aire frío de la terraza.

—No la acuso. Solo intento entender los lazos que tejían su entorno. Y, créame, los lazos a veces son más reveladores que las palabras.

El rostro de Mary se contrajo entre la ira y el miedo. Por un instante, la máscara de la viuda despechada se resquebrajó y dejó entrever algo más vulnerable: la certeza de que había sido descubierta en un terreno bastante incómodo. Sin contestar, se dio la vuelta bruscamente y recogió su bolso del respaldo de la silla más cercana.

—No pienso seguir soportando esto —dijo con voz entrecortada—. Si la policía tiene preguntas, que me las hagan ellos. Pero no voy a tolerar bajo ningún concepto las insinuaciones de una escritora entrometida.

—No tolera preguntas, pero toleró años de humillaciones. Curiosa resistencia selectiva—dijo Iris con desdén.

Con pasos firmes y rápidos, Mary cruzó la terraza y desapareció por la puerta de cristal. Iris la siguió con la mirada hasta que se perdió en el interior del hotel.

El eco de la conversación resonaba en su cabeza. No había obtenido una confesión, ni mucho menos, pero las reacciones de Mary eran en sí mismas una respuesta. El sobresalto, la indignación desmedida, la negativa tajante a explicar algo tan sencillo. Todo apuntaba a que había algo más que resentimiento entre ella y Chesterfield.

Iris cerró los ojos un instante. Si Mary Stansfield y el editor compartían más que intereses profesionales, aquello podía cambiar las motivaciones en juego. Quizá el asesinato de Douglas no solo liberaba a Mary de un pasado de humillaciones, sino que también abría a Chesterfield la posibilidad de recuperar prestigio editorial… y bastante dinero.

No había pruebas, pero las sospechas eran suficientes para mantenerlos a ambos en el centro de su radar.

20

Roland Chesterfield había convertido una de las salas de reuniones del hotel en su cuartel particular. Donde otros veían un espacio con una mesa ovalada, sillas tapizadas en verde oscuro y una cafetera olvidada en la esquina, él había levantado una especie de bastión editorial improvisado.

Papeles desperdigados, carpetas con logos de la editorial, notas de prensa a medio redactar y una montaña de sobres con membretes oficiales cubrían la superficie. La atmósfera era la de una oficina desplazada a toda prisa, un refugio construido en mitad del caos.

Iris se detuvo unos segundos en el umbral de la puerta. El editor hablaba por teléfono con voz baja, el ceño fruncido y el gesto crispado. Le daba la espalda, mirando hacia la ventana que daba a los jardines del hotel. Sus dedos tamborileaban contra el cristal, impacientes.

—No, no puede salir nada todavía. Los medios solo necesitan una declaración breve, sin detalles. ¿Entendido?

Su voz sonaba más cansada que enérgica, como si repitiera por enésima vez las mismas instrucciones. Cuando colgó, giró su cuerpo y vio a Iris. Forzó una sonrisa educada, de esas que se practican en ferias del libro y cenas con patrocinadores, pero el cansancio le tensaba la mandíbula.

—Señora Penrose —dijo, como si fuese un nombre que esperaba o temía—. Supongo que no ha venido a pedirme un autógrafo.

—No suelo coleccionarlos —respondió Iris, entrando y cerrando la puerta tras ella—. Pero sí colecciono respuestas.

Chesterfield soltó una risa breve y hueca. Le señaló una silla frente a la mesa.

—No prometo que tenga muchas.

—Tranquilo, Roland: las respuestas no caducan; las evasivas, sí.

Iris se acomodó sin quitarle los ojos de encima. Lo estudió con el mismo interés con el que diseccionaba a un sospechoso: el traje arrugado, la corbata mal anudada, los ojos enrojecidos de no haber dormido en toda la noche, las manos tan inquietas que parecían necesitar agarrar un papel, un bolígrafo o un cigarrillo inexistente para no quedarse desnudas.

—La prensa lo está acosando —observó Iris.

Chesterfield resopló.

—La prensa vive de carroña, y yo, por desgracia, soy ahora mismo el buitre mejor alimentado del salón. Stansfield era un nombre rentable para cualquier medio de comunicación.

Iris asintió lentamente.

—¿Y para usted?

La pregunta quedó flotando. Chesterfield parpadeó, incómodo.

—Para mí todo esto es un inmenso desastre —dijo al fin, con un tono más seco—. Un autor muerto no entrega manuscritos, no atiende compromisos, no llena titulares útiles. Solo deja cabos sueltos.

Iris apoyó los codos sobre la mesa.

—Y usted no soporta los cabos sueltos.

Él la miró fijamente, como si midiera hasta dónde podía responder.

—Digamos que, en este negocio, los cabos sueltos equivalen a pérdidas. Y las pérdidas no son un lujo que una editorial pueda

permitirse.

El silencio se alargó unos segundos. Iris aprovechó para recorrer la sala con la vista. Había pilas de papeles con anotaciones rápidas en los márgenes, calendarios con fechas tachadas, listas de correos electrónicos subrayados. Todo apuntaba a un hombre que intentaba controlar un incendio con un vaso de agua.

—Douglas Stansfield no era precisamente un autor fácil —comentó Iris, rompiendo la pausa.

El editor soltó una carcajada breve, amarga.

—¿Fácil? Era un hombre convencido de que el mundo giraba a su antojo. Incumplía plazos, despreciaba sugerencias editoriales, se permitía insultar a críticos en público… y, aun así, vendía. Siempre vendía. Debo reconocerlo, tenía más talento como experto en marketing que como escritor.

Iris inclinó la cabeza, con gesto pensativo.

—Y usted estaba ahí para recoger los beneficios, aunque le costara digerir al hombre.

Chesterfield entrelazó las manos sobre la mesa, respirando hondo.

—Señora Penrose, esto es un negocio, no un concurso de simpatía. Uno aprende a soportar egos insoportables si las cifras lo justifican. Y créame, con Douglas las cifras siempre lo justificaban.

Iris lo dejó hablar, observando cómo su voz, a pesar del cansancio, se cargaba de una mezcla de resentimiento y fascinación. Era el retrato de alguien que odiaba y necesitaba a Stansfield al mismo tiempo.

Se levantó un poco en la silla, inclinándose hacia él.

—Lo sé. Pero eso huele más a contabilidad que a literatura. Roland, lo que me interesa no son sus cifras. Lo que me interesa es usted. Su relación con Douglas. Sus silencios. Lo que aún no ha contado.

Chesterfield apretó los labios. La sonrisa profesional desapareció por completo.

—Eso, Señora Penrose —dijo, con un susurro casi helado—, eso va a quedar para siempre dentro de mí…

Iris cruzó una pierna sobre la otra, adoptando la postura serena de quien tiene todo el tiempo del mundo. La sala olía a café recalentado y a tinta fresca de impresora, un aroma áspero que parecía pegarse a la ropa.

—Hablemos de lo que queda en papel —dijo con suavidad—. Stansfield trabajaba en un nuevo manuscrito, ¿verdad?

Chesterfield emitió un bufido de cansancio.

—Trabajaba… es un decir. Tenía borradores, escenas sueltas, cuadernos con notas que parecían más un diario de quejas que una novela. Lo que me entregó para la gala era un texto pulido, sí, pero sospechosamente pulido para alguien tan caótico como él.

Iris arqueó una ceja.

—Pulido no es lo mismo que propio. El barniz tapa vetas ajenas. ¿Sospechosamente?

El editor se encogió de hombros, aunque el gesto no fue de indiferencia sino de resignación.

—Douglas era muy perezoso. Capaz de escribir una página inmortal en una noche y pasar tres semanas después sin tocar una tecla. Cuando vi aquel manuscrito pensé: "Esto no puede ser solo suyo".

Iris dejó que el silencio le pesara encima antes de añadir:

—¿Está insinuando que lo robó?

Chesterfield se tensó.

—No insinúo nada. Solo digo que me sorprendió. Douglas tenía esa habilidad: hacer creer a todos que era mejor de lo que en realidad era.

Iris jugueteó con el bolígrafo que había tomado de la mesa, girándolo entre los dedos.

—Y, aun así, lo publicó, lo promocionó, lo llevó hasta el escenario.

El editor chasqueó la lengua.

—Claro que sí. ¿Qué iba a hacer? ¿Rechazarlo? ¿Dejar que otra editorial se lo llevara? En este negocio la moral es un lujo. Y yo no me dedico a los lujos, me dedico a los contratos.

Iris lo miró directamente a los ojos.

—Y a los autores.

El comentario lo incomodó. Chesterfield apartó la vista, fingiendo ordenar unos papeles.

—Douglas era un autor rentable —repitió, como si se convenciera a sí mismo—. Nada más que eso. Me limitaba a hacer mi trabajo.

Iris decidió presionarlo un poco más.

—Me sorprende escucharle hablar con tanta frialdad de un hombre al que, hace apenas unas horas, presentaba como la joya de su catálogo.

Chesterfield sonrió con sarcasmo.

—La diferencia es que hace unas horas aún estaba vivo…

El tono, casi cruel, retumbó en la sala. Iris lo anotó mentalmente: era el retrato de un resentimiento cuidadosamente reprimido, ahora liberado por la muerte.

—Entonces —prosiguió ella—, si me dice que su relación con Stansfield era meramente profesional, ¿qué hay de los rumores?

Chesterfield frunció el ceño.

—¿Rumores? ¿Qué rumores?

—Que su relación estaba marcada por más que contratos. Que había intereses cruzados, conflictos personales.

El editor negó con la cabeza, exasperado.

—¿Sabe cuál es el verdadero problema? —preguntó, inclinándose hacia ella—. Que todos quieren creer que detrás de cada escritor hay un melodrama. Pero la realidad es más aburrida: él escribía, yo vendía. Fin de la historia.

Iris sonrió con frialdad.

—Y, sin embargo, está aquí, defendiendo una historia que no encaja del todo.

Chesterfield apretó los labios, incapaz de encontrar una réplica inmediata. Sus manos se crisparon sobre la mesa.

Iris decidió rematar la jugada con un último giro.

—¿Douglas le debía dinero a la editorial?

El editor abrió mucho los ojos, sorprendido por la precisión de la pregunta. Tardó unos segundos en responder.

—Más que dinero… nos debía tiempo. Entregas incumplidas, proyectos congelados. Cada mes de retraso era una inversión perdida. Y créame, Douglas vivía como si el dinero cayera de los árboles.

Iris lo observó en silencio, disfrutando de la incomodidad que sus palabras revelaban. Chesterfield estaba al borde: entre el resentimiento, la fatiga y la necesidad de protegerse, su fachada empezaba a agrietarse.

Se inclinó hacia él, con voz suave pero firme:

—Señor Chesterfield, no me interesa la fachada. Me interesa lo que hay detrás.

El editor apretó los labios, respirando hondo, y Iris supo que el siguiente golpe lo pondría contra las cuerdas.

El silencio entre ambos se volvió espeso, casi tangible. Chesterfield había bajado la vista hacia los papeles, pero ni siquiera fingía leerlos. Iris aprovechó esa grieta en su coraza y, con voz aparentemente casual, cambió de dirección.

—Me pregunto —dijo, acariciando con la yema del dedo el borde de la mesa— si Mary Stansfield ha estado últimamente en contacto con usted.

El editor levantó la cabeza de golpe, como si hubiera escuchado un disparo.

—¿Mary? —repitió, con una risa forzada—. ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

Iris se encogió de hombros, muy tranquila.

—Es la ex del difunto. Y, según cuentan, una mujer con la que usted mantiene algo más que una estricta relación profesional.

Chesterfield parpadeó, sorprendido y a la defensiva.

—Eso es ridículo. ¿Quién le ha dicho semejante cosa?

—En este hotel los rumores circulan más rápido que las bandejas de cócteles —contestó Iris con ironía—. Y suelen tener un grano de verdad en el fondo.

El editor se removió en su silla, incómodo. Se llevó una mano al cuello, como si la corbata lo asfixiara de repente.

—Señora Penrose, no debería dar crédito a murmuraciones de pasillo —replicó con sequedad—. Yo me limito a trabajar con mis autores.

Iris inclinó la cabeza, dejando que una sonrisa apenas perceptible se dibujara en sus labios.

—¿Autora? —corrigió—. Tengo entendido que Mary no escribe.

El golpe fue directo. Chesterfield cerró los ojos un instante, como si quisiera borrar la frase.

—Escuche, Señora Penrose —dijo, alzando la voz por primera vez—, esto es una investigación sobre un asesinato, no una tertulia de chismes.

Iris se inclinó hacia adelante. Sus ojos brillaban con una intensidad que no dejaba espacio para evasivas.

—Precisamente por eso he venido a verle. En una investigación, las mentiras terminan saliendo más caras que las verdades a medias.

Durante unos segundos que parecieron eternos, el editor no dijo nada. Se limitó a respirar hondo, tamborileando los dedos sobre la mesa. Finalmente, dejó escapar un suspiro, derrotado.

—Está bien. Sí —admitió en voz baja—. Mary y yo hemos… compartido algo más que reuniones de trabajo. Pero eso no tiene nada que ver con el asesinato de Douglas.

Iris no mostró sorpresa alguna. Había esperado esa confesión.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos meses. No es importante—respondió con brusquedad—. Ninguno de los dos quiere darle a esa historia mayor trascendencia…

—Entonces, ¿por qué ocultarlo?

Chesterfield la fulminó con la mirada.

—Porque, le insisto, nuestra relación no tiene nada que ver con la muerte de Douglas. Y porque a Mary no le conviene que se sepa.

Iris lo observó con calma, como si tomara nota de cada palabra, de cada pequeño gesto.

—Entiendo —dijo, sin ironía esta vez—. Pero comprenderá que para mí sí es relevante.

El editor resopló, derrotado, y se recostó en la silla.

—Douglas ya era su exmarido. No le debía explicaciones. Y yo… —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada—, yo simplemente estaba allí.

Iris sostuvo su mirada.

—Roland, las casualidades son útiles en las novelas, pero en la vida real suelen ser solo coartadas mal disfrazadas…

La frase quedó suspendida entre ellos como una espada. Chesterfield no contestó. Solo se llevó la mano al vaso de agua que tenía frente a sí, bebió un sorbo y volvió a dejarlo sobre la mesa con un golpe seco.

Iris se reclinó en su asiento. Había logrado lo que quería: arrancar la verdad a un hombre que, minutos antes, parecía dispuesto a tragársela entera. Y sabía que aún quedaba lo más jugoso.

El ambiente en la sala se había vuelto denso, como si el aire se espesara con cada palabra no dicha. Chesterfield se removía en su silla, visiblemente molesto por haber revelado más de lo que hubiera querido. Iris, en cambio, parecía cómoda, incluso relajada.

Dejó pasar unos segundos antes de volver a hablar, dándole cuerda al silencio para que hiciera su trabajo.

—Dígame, Roland, por favor… —empezó con voz pausada—, ¿Douglas hizo testamento después del divorcio?

El editor soltó una carcajada seca, sin humor, que se transformó en un resoplido de incredulidad.

—¿Douglas? ¿Testamento? —repitió con sorna—. Ese hombre se creía inmortal. No contemplaba la posibilidad de morir, y mucho menos de planear qué ocurriría con sus bienes. El único legado que le preocupaba era su ego.

Iris lo observó fijamente, sin pestañear.

—Así que no dejó nada escrito, entiendo…

Chesterfield negó con la cabeza, con un gesto teatral que pretendía restar importancia al asunto.

—Nada. Ni una línea. Douglas no soportaba hablar de vejez, mucho menos de muerte. Era un narcisista en toda la extensión del término.

Iris hizo una anotación rápida en su cuaderno, aunque sabía que no necesitaba recordarlo: la omisión era, en sí misma, una revelación.

—Curioso—dijo, sin levantar la vista—. Un hombre tan celoso de su obra, tan pendiente de su legado literario… ¿y no se aseguró de protegerlo legalmente?

Chesterfield se inclinó hacia adelante, con una mueca agria.

—Porque para él no había diferencia entre "Douglas Stansfield" el hombre y "Douglas Stansfield" el escritor. Creía que ambos eran eternos. ¿Un testamento? ¿Un contrato post mortem? No. Él pensaba que morir era un problema de otros.

Iris cerró el cuaderno con calma y lo dejó sobre la mesa, como si aquel gesto marcara un punto de inflexión.

—Interesante perspectiva —comentó, casi para sí misma—. Muy práctica para quienes aún tienen que ocuparse de lo que dejó atrás.

El editor frunció el ceño, captando el matiz en sus palabras.

—¿Qué insinúa?

—Nada —respondió Iris, con una sonrisa ambigua—. Solo me pregunto quién se beneficia de esa "inmortalidad mal entendida".

Chesterfield apretó los labios, cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en la silla. Su incomodidad era evidente, pero también lo era su decisión de no ofrecer más información que la estrictamente necesaria.

—Mire, Señora Penrose —dijo al fin, con un tono cansado—, Douglas no dejó testamento porque no le importaba nadie. Ni Mary, ni sus colegas, ni yo mismo. Solo se importaba a sí mismo. Si espera encontrar un gesto de previsión por su parte, está perdiendo el tiempo.

—Qué ironía: escribió finales para todos menos para sí mismo.

Iris lo observó en silencio, percibiendo la mezcla de rabia y resignación en su voz. Era el retrato de alguien que había vivido demasiado tiempo a la sombra de un hombre que acaparaba todo, incluso después de muerto.

Decidió no insistir más en ese punto. Se limitó a asentir con un leve gesto, como si aceptara su versión. Pero sabía que la verdadera respuesta aún estaba por llegar.

Se levantó un poco de la silla y, con voz serena pero cargada de intención, dejó caer la siguiente pregunta como quien coloca la última pieza en un tablero de ajedrez:

—Entonces, Roland, si no hay testamento… ¿quién hereda los derechos de las novelas de Douglas Stansfield?

El editor parpadeó, sorprendido, como si no esperara ese giro repentino. Durante un instante, pareció buscar una salida, un rodeo. Pero al final, se resignó.

—Supongo que eso le interesa aún más que a mí —murmuró, esquivando la mirada.

Iris no respondió. Se limitó a esperarlo, paciente. Sabía que lo diría, porque la verdad pesaba demasiado como para quedar encerrada en aquella sala.

Chesterfield se removió en la silla, como si el cojín tapizado hubiera adquirido de pronto la dureza de un banco de piedra. Iris lo observaba con la serenidad de quien ya conoce la respuesta, pero quiere escucharla de labios del otro.

—Vamos, Roland —dijo ella, con un hilo de voz persuasivo—. No es una pregunta complicada. ¿Quién hereda los ingresos de todas sus novelas?

El editor soltó un resoplido resignado, como quien se rinde después de una batalla larga y agotadora.

—Mary Stansfield —dijo al fin, bajando la voz—. Ella es la beneficiaria.

Iris ladeó la cabeza.

—Vaya, vaya….

— El divorcio no alteró lo que ya estaba estipulado en los contratos editoriales…—dijo Chesterfield buscando con cuidado las palabras—. Douglas nunca quiso revisarlos, y mucho menos ceder el control. Así que, al morir, los derechos pasan directamente a Mary.

Iris fingió sorpresa, aunque la conclusión no la pillaba desprevenida.

—Qué curioso. El mismo hombre que no dejaba nada al azar, que calculaba cada gesto de su carrera, no se molestó en cambiar algo tan básico como su heredera legal. ¿Le aconsejó Usted que no lo hiciera?

El editor apretó la mandíbula.

—Douglas era un arrogante. Creía que estaría siempre aquí para renegociar, para imponer sus condiciones. Nunca pensó en desaparecer.

Iris guardó silencio unos segundos, dejando que la respuesta flotara en el aire. Después, inclinó ligeramente el cuerpo hacia adelante.

—Eso significa que Mary hereda no solo sus bienes, sino también el valor económico de cada una de sus novelas, publicadas y por publicar.

Chesterfield asintió con un gesto seco.

—Exactamente. Y créame, hablamos de mucho dinero. Derechos internacionales, contratos de traducción, adaptaciones televisivas en negociación… Debo reconocerlo. La obra de Douglas vale más ahora, muerto, de lo que jamás valió en vida.

Iris dejó que esa frase calara, como una gota insistente sobre la piedra.

—Así que Mary gana con su muerte. Y usted, como su editor, también…

Chesterfield la fulminó con la mirada, pero no encontró réplica inmediata. El silencio lo delató más que cualquier palabra.

—No insinúe lo que no debe —logró decir finalmente, con un hilo de voz ronco.

—No insinúo nada —replicó Iris, serena—. Solo hago cuentas.

El editor se levantó bruscamente y caminó hasta la ventana, de espaldas a ella. Sus hombros rígidos, su respiración entrecortada, revelaban una tensión que no lograba dominar.

—Douglas era un hombre despreciable —dijo al fin, mirando hacia los jardines oscuros—. Pero no me culpe a mí de que el mundo lo aplaudiera.

Iris no respondió. Se limitó a observarlo en silencio, analizando la silueta del hombre que, por primera vez, parecía despojado de toda arrogancia.

Finalmente, Chesterfield se giró, con los ojos encendidos.

—Yo no maté a Douglas —declaró, como si necesitara convencerse a sí mismo—. Y Mary tampoco.

Iris alzó una ceja.

—¿Está seguro?

La pregunta se quedó suspendida en el aire. Chesterfield no contestó.

Iris se puso de pie, recogió su cuaderno y lo cerró con un golpe seco. Caminó hacia la puerta, pero antes de salir, se detuvo un instante y se volvió hacia él.

—La cuestión, Roland, no es quién lo mató. La cuestión es quién tenía más que ganar con su muerte. Quédese con esto, Roland: el móvil de un asesinato siempre hace mucho ruido; la inocencia, nunca. Es tremendamente silenciosa…

Salió sin esperar respuesta. El editor quedó solo en la sala, con la respiración agitada y las manos temblorosas sobre la mesa abarrotada de papeles. El eco de las palabras de Iris parecía haberse grabado en las paredes: dinero, herencia, amor clandestino.

Motivos más que suficientes para que cualquiera en su lugar hubiera soñado con la muerte de Douglas Stansfield.

21

Iris encontró a Frances Davenport en el salón de lectura del hotel, un espacio alfombrado donde el aire olía a cuero viejo y café recalentado. La crítica literaria estaba sentada en un sillón orejero junto a la chimenea apagada, como si aquel lugar le perteneciera por derecho.

Llevaba un abrigo de paño color burdeos cuidadosamente doblado sobre el reposabrazos y unos guantes de piel negra que ajustaba con movimientos lentos y teatrales, como quien se prepara para dictar sentencia.

Cuando Iris se acercó, Frances levantó la barbilla con un gesto ensayado. Sus labios pintados de rojo se curvaron en una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—Señora Penrose —dijo con voz modulada, más propia de un escenario que de una charla privada—. Qué sorpresa encontrarla husmeando entre sospechosos.

Iris no se inmutó.

—No husmeo. Escucho. Y suelo escuchar mejor que la mayoría de la gente, créame.

La réplica provocó un destello de molestia en el rostro de Frances, aunque se apresuró a disimularlo volviendo a alisar con cuidado los dedos de sus guantes.

—Imagino que ha venido a preguntarme por Douglas —continuó la crítica, cruzando una pierna sobre la otra con elegancia estudiada—. Todo el mundo lo hace. Qué curioso que un cadáver despierte más interés que todos sus libros juntos.

—La muerte siempre fue mejor publicista que cualquier editorial.

Iris tomó asiento frente a ella, apoyando el cuaderno sobre la mesa baja. Observaba cada detalle: la postura erguida de Frances, la manera en que jugaba con los guantes como si fueran un escudo, el leve temblor en las comisuras de su boca cuando fingía indiferencia.

—Quiero comprender mejor cómo estaba organizada la gala —explicó Iris—. Horarios, accesos, quién podía moverse libremente por las suites. Usted parecía observarlo todo.

Frances arqueó una ceja, complacida por el reconocimiento de su capacidad de observación.

—Por supuesto que lo observé. Es mi trabajo: ver lo que otros prefieren ignorar.

Mientras hablaba, Iris advirtió cómo Frances se acomodaba en el sillón, inclinándose hacia atrás con el aire de alguien que se sabe imprescindible. Su altivez era tan natural como su perfume fuerte, casi sofocante.

En aquel momento, Iris supo que la entrevista sería un pulso. Frances no iba a ceder fácilmente, pero sí dejaría escapar verdades envenenadas si encontraba en ella un público dispuesto a escucharlas.

Frances Davenport se acomodó en el sillón, entrelazando los dedos sobre el regazo como si estuviera a punto de dictar una conferencia en lugar de responder a una investigación.

Sus ojos brillaron con una mezcla de fastidio y vanidad: fastidio por tener que repetir lo obvio, vanidad porque era la única que lo había registrado con tanto detalle.

—La gala —empezó con tono solemne— comenzó oficialmente a las ocho. A esa hora, los invitados accedían al salón principal por la entrada alfombrada, donde estaban colocados fotógrafos y reporteros acreditados. Todo estaba cronometrado.

Iris la escuchaba en silencio, tomando notas rápidas.

—Los cócteles empezaron quince minutos después, servidos por el personal del hotel. Ningún invitado tenía permitido acceder a las suites durante ese lapso, salvo los organizadores y, por supuesto, Douglas Stansfield, que siempre encontraba la manera de ignorar cualquier norma.

Hizo una pausa breve, y prosiguió con una exactitud casi obsesiva.

—A las nueve y media se abrieron los accesos secundarios para la prensa y los editores, pero solo bajo acreditación. Cada pasillo tenía un guardia discreto, contratado por los premios. Las llaves de las suites, por cierto, estaban en manos del personal de recepción. Oficialmente, ningún invitado podía entrar o salir sin registrarse.

Iris levantó la mirada, interesada en ese último detalle.

—¿Y en la práctica?

Frances sonrió con una ironía helada.

—En la práctica, señora Penrose, siempre hay resquicios. Los ascensores de servicio, por ejemplo. Técnicamente estaban restringidos, pero vi a más de un invitado utilizarlos cuando creía que nadie lo observaba. Y no hablemos del personal: camareros, asistentes, incluso periodistas con demasiada prisa. En un evento como este, el caos abre puertas que deberían permanecer cerradas.

Se inclinó hacia adelante, con los ojos entornados.

—Si alguien accedió a la suite de Douglas sin permiso, no lo hizo por la entrada principal. Lo hizo por los ascensores de servicio, donde nadie presta demasiada atención.

Iris apuntó cada palabra, consciente de que la precisión de Frances podía convertirse en clave para desmontar la versión oficial. La memoria de aquella mujer era como un inventario vivo: horarios, movimientos, accesos. Todo registrado con una exactitud que revelaba tanto disciplina como obsesión.

Y, sin embargo, en el subtexto de sus frases latía algo más: la satisfacción de ser la dueña de un conocimiento que todos los demás habían pasado por alto.

Frances se quitó finalmente los guantes, doblándolos con cuidado y dejándolos sobre la mesa baja. Aquel gesto parecía anunciar que estaba a punto de ofrecer información menos decorosa y más útil.

—No todo fue champan y discursos, Iris —dijo, bajando el tono de voz, como si temiera que alguien pudiera escucharla desde otro rincón del salón de lectura—. Yo vi cosas.

Iris se inclinó hacia adelante, atenta.

—¿Qué tipo de cosas?

Frances clavó los ojos en ella, disfrutando un segundo del poder de tener la palabra. Luego, se acomodó en el respaldo y habló despacio, en frases cortas que parecían dictadas para un acta judicial.

—En los pasillos traseros, junto a los ascensores de servicio, había movimientos que no correspondían con la normalidad de una gala. Figuras entrando y saliendo, sin acreditaciones visibles. Personas que evitaban los pasillos principales, como si supieran exactamente por dónde moverse para no llamar la atención…

Hizo una pausa dramática, observando cómo Iris tomaba notas rápidas.

—Vi a un hombre corpulento, traje oscuro, que no pertenecía a ninguno de los círculos literarios. Se movía con la soltura de alguien que conocía bien el lugar. Y poco después, una mujer joven con un vestido azul, sin pase colgado al cuello. La vi desaparecer por la puerta que conduce a las escaleras de servicio.

Iris arqueó una ceja.

—¿Está segura de lo que vio?

Frances soltó una risa breve, cargada de sarcasmo.

—Ya se lo he dicho. Mi trabajo es ver lo que otros ignoran. Mientras todos reían con las ocurrencias de Percival Ashdown o fingían aplaudir a Stansfield, yo observaba. Créame, esas figuras no estaban allí por casualidad.

El ambiente se tensó un segundo. Iris percibió que Frances no solo ofrecía datos: también lanzaba un mensaje velado, como si dijera *yo tengo acceso a verdades que ustedes apenas sospechan*.

La escritora cerró el cuaderno un instante, fijándose en la postura rígida de su interlocutora. Las palabras de Frances abrían un nuevo ángulo: alguien ajeno al círculo inmediato podía haber tenido acceso a la suite, moviéndose por corredores secundarios donde nadie debía estar.

—Movimientos sospechosos en pasillos traseros —repitió Iris en voz baja, casi para sí misma—. Figuras sin acreditación. Personas que evitaban ser vistas.

Frances asintió lentamente, y por primera vez en toda la conversación, su mirada pareció seria, sin artificios.

—Eso fue lo que vi, señora Penrose. Y me temo que lo que vi, por desgracia, importa menos de lo que debería.

Frances tomó aire, como si necesitara valor para hablar de sí misma en lugar de ofrecer observaciones sobre los demás. Sus manos, perfectamente cuidadas, se tensaron sobre el reposabrazos del sillón, y su voz adquirió un tono más grave, menos teatral.

—Douglas Stansfield nunca perdía la oportunidad de humillarme —confesó—. Lo hacía en público, siempre en público, donde más dolía.

Iris no dijo nada. El silencio fue la invitación perfecta para que Frances continuara.

—¿Sabe cómo llamaba a mis críticas? "Necrológicas con tinta". —La mujer esbozó una sonrisa amarga, cargada de rabia—. Según él, todo lo que yo escribía era un entierro literario, como si mi único placer fuese sepultar a los escritores para el resto de su vida.

—Qué ironía: sus necrológicas hoy empiezan a parecer profecías.

Un destello de humillación recorrió su rostro al recordarlo. Se enderezó en el sillón y golpeó con suavidad la mesa con la punta de un dedo, como si quisiera marcar el ritmo de su indignación.

—Lo decía delante de colegas, de editores, de jóvenes autores. Disfrutaba viendo cómo se reían a costa mía, cómo asentían, temerosos de ser su siguiente víctima. Y yo, Iris, yo tenía que mantener la compostura. Tenía que fingir que aquello no me afectaba, cuando por dentro me devoraba.

Iris observó cada palabra, cada gesto. Reconocía en Frances esa mezcla de orgullo y fragilidad que tantas veces había visto en personajes literarios y en personas reales quebradas por el ego de otros.

—Imagino que llegó a odiarlo —dijo Iris, con voz neutra.

—¿Odiarlo? —Frances soltó una carcajada seca, que terminó en un gesto amargo—. Sí, lo odiaba. No voy a negarlo. Pero no soy tan estúpida como para manchar mis manos de sangre. Mi venganza eran mis columnas, mis palabras, aunque él se empeñara en convertirlas en una caricatura.

Iris asintió despacio, sin apartar la mirada. El resentimiento era notorio, tan palpable como el perfume caro que impregnaba el aire alrededor de Frances. Y, sin embargo, había en su confesión un matiz interesante: reconocía el odio, pero también la inteligencia de no actuar de forma impulsiva.

Aun así, Iris sabía que la policía no haría esa distinción. Para el inspector Morton y el fiscal Kellaway, aquella humillación pública convertía a Frances Davenport en una sospechosa con un móvil tan evidente como peligroso.

Iris asintió lentamente, sin discutirlo. Cambió de tema con aparente ligereza.

—Una última pregunta Frances. Después de la ceremonia… ¿dónde estuvo usted?

El movimiento de la cuchara en la taza se detuvo en seco. Frances levantó la vista, incrédula.

—¿Me está preguntando por mi paradero?

—Solo intento reconstruir la noche —explicó Iris con calma—. Necesito verificar qué hizo cada invitado.

La crítica dejó escapar una carcajada seca, cortante como el vidrio.

—¡Qué osadía! ¿Acaso insinúa que yo tuve algo que ver con la muerte de Stansfield?

Iris sostuvo su mirada sin pestañear.

—No, en absoluto. Solo intento saber dónde estaba usted en esos momentos. Nada más.

Frances apretó los labios, ofendida, y apartó la taza con un golpe seco contra el platillo.

—No tengo por qué responder a semejante insolencia. Mi vida privada no es asunto suyo ni de la policía, mientras no exista una acusación formal.

Iris se recostó en la silla, aparentando indiferencia, aunque por dentro registraba cada gesto.

—Entiendo —dijo despacio—. De todos modos, si recuerda algún detalle que pueda ayudar a esclarecer lo ocurrido, estoy segura de que querrá compartirlo…

Frances se levantó, rígida, y recogió sus guantes con un movimiento brusco.

—Lo que compartiré, señora Penrose, será una columna sobre la mediocridad de este asqueroso circo literario. Y quizá también sobre las escritoras entrometidas que creen jugar a ser detectives.

Se marchó sin mirar atrás, dejando tras de sí el eco de sus tacones y una nube de perfume penetrante. Iris permaneció en la mesa unos segundos, observando la taza de café aún humeante.

Sabía que Frances escondía algo. Tal vez no un crimen, pero sí un secreto que la noche de la gala había dejado al descubierto.

La indignación de la crítica no había disipado las sospechas; al contrario, las había reforzado.

Horas después de su encuentro con Frances Davenport, Iris regresó a la suite donde Douglas Stansfield había encontrado la muerte. El cordón policial seguía en su sitio, pero Morton, que reconoció su tenacidad, le permitió examinar de nuevo los papeles dispersos sobre el escritorio y la alfombra.

La habitación olía aún a whisky seco y a un rastro metálico que ningún ambientador lograba disimular. Iris se colocó unos guantes de látex que un agente le alcanzó y comenzó a revisar los montones de hojas desperdigadas, buscando algo que se hubiera pasado por alto en el primer registro por parte de la policía.

Entre contratos arrugados, páginas impresas y notas sueltas con la caligrafía arrogante de Stansfield, apareció un folio que captó su atención de inmediato.

Estaba doblado por la mitad, con el borde manchado de ceniza, como si alguien lo hubiera dejado a medias sobre un cenicero.

Lo desplegó con cuidado. En la parte superior, en letras grandes y apresuradas, se leía un título:

"El Príncipe Desnudo"

Debajo, unas líneas iniciales escritas con la voz incisiva y sarcástica de Frances Davenport, seguidas de su firma inconfundible.

Iris frunció el ceño. Ese borrador de columna no solo confirmaba que Frances había estado en la suite o, al menos, cerca de los papeles de Stansfield.

Levantó el folio con dos dedos, examinándolo bajo la lámpara de escritorio. La ironía del título era evidente: *El Príncipe Desnudo* aludía sin duda al ego desmesurado de Douglas, ridiculizándolo como un emperador exhibido ante la multitud.

Morton, que observaba desde la puerta, se acercó.

—¿Qué ha encontrado?

Iris le mostró el papel.

—Una columna inédita de Frances Davenport. Y no una cualquiera: un ataque directo. Una columna puede matar reputaciones… pero este papel huele demasiado a pólvora.

El inspector arqueó las cejas, anotando en su libreta.

—Así que tenía un motivo claro y un texto listo para humillarlo públicamente. Y al parecer estuvo aquí… Eso la coloca claramente en la lista de sospechosos.

Iris dobló el folio con cuidado y lo guardó en una carpeta de pruebas. En su interior, sentía una punzada de duda: Frances había jurado que jamás se rebajaría a mancharse las manos. Sin embargo, este borrador, encontrado en la suite del muerto, la incriminaba más de lo que ella misma hubiera reconocido.

El eco de las palabras de Frances resonó en su memoria: *"Mi venganza eran mis columnas"*. Ahora, aquella frase se convertía en un arma de doble filo.

22

El hotel Whitmore había perdido definitivamente la algarabía de la gala. Ahora solo quedaban apenas unos cuantos huéspedes aislados, sumidos en conversaciones discretas.

Las lámparas de araña seguían encendidas, pero la luz natural que se filtraba por los ventanales mostraba el escenario con un realismo menos festivo: manteles con manchas de café, copas olvidadas en las esquinas y camareros que recogían bandejas con rostro cansado.

Iris recorrió el salón con paso sereno, su cuaderno bajo el brazo. No tardó en localizar a Patricia Redcliffe, la editora de Percival y acompañante del poeta en la gala.

Estaba sentada sola, junto a una de las columnas que separaban el comedor del pasillo de servicio. Su figura, con un vestido claro que parecía elegido a toda prisa, se encogía sobre sí misma.

A diferencia de la noche de la gala, ya no era la joven sonriente que reía por compromiso ante los versos improvisados de Percival. Ahora mantenía la vista fija en la taza de té que sostenía con ambas manos, como si ese gesto pudiera protegerla de las miradas ajenas.

Iris se acercó despacio, observando primero cómo Patricia evitaba cruzar los ojos con cualquiera que pasara cerca. Había en su postura un deseo evidente de volverse invisible.

—Patricia Redcliffe —dijo Iris con voz tranquila, anunciando su presencia antes de sentarse frente a ella—. No esperaba verla todavía por aquí.

La joven levantó la cabeza con un sobresalto apenas disimulado. Sus ojos azules, enrojecidos por el cansancio,

recorrieron el rostro de Iris como si calcularan si podía confiar en ella.

—No podía quedarme más tiempo en la habitación —respondió Patricia, con un hilo de voz—. Hay demasiado ruido en los pasillos, demasiados susurros. Aquí al menos parece… más seguro.

Iris asintió, tomándose un momento antes de abrir su cuaderno.

—Los rincones nunca protegen: solo hacen eco de los secretos. Lo comprendo. No es fácil estar en el centro de todas esas miradas, incluso si nadie lo dice en voz alta.

Patricia esbozó una sonrisa amarga.

—Todos me vieron esa noche con Percival. Bailando, riendo, escuchando sus disparates. Ahora piensan que sé más de lo que sé. O que escondo algo.

Iris ladeó la cabeza. Su instinto le decía que Patricia no estaba mintiendo: lo que la consumía no era la culpa, sino el miedo. Miedo a que su cercanía con Percival la arrastrara al mismo abismo en el que él se hundía.

El tintinear de los cubiertos y el murmullo lejano de los camareros llenaban los huecos de silencio entre ambas. Iris decidió no presionarla de inmediato. Observaba, como siempre, antes de lanzar la pregunta adecuada.

—Patricia —dijo al fin—, si realmente quiere pasar desapercibida, quizá debería contarme lo que sabe. Porque si no lo hace conmigo, alguien menos… cuidadoso lo exigirá tarde o temprano.

La joven respiró hondo, y por un instante, la porcelana de la taza pareció crujir en sus manos.

Patricia se removió en su asiento, bajando la mirada hacia la taza de té como si quisiera esconderse en su vapor. La porcelana

temblaba apenas entre sus dedos, y el leve golpeteo contra el platillo la delataba.

—Yo… no estuve con él —dijo al fin, con un tono más apresurado que convincente—. No como dicen. La gente exagera.

Iris ladeó la cabeza, midiendo cada gesto, cada palabra. La joven evitaba su mirada, jugueteaba con la cucharilla sin disolver el azúcar, como si necesitara distraer las manos para sostener la mentira.

—¿No estuvo con Percival? —repitió Iris con calma, sin ironía, pero tampoco con indulgencia—. Curioso, porque muchos lo vieron declamar versos para usted, seguirla por el salón, incluso acompañarla hasta la salida del comedor.

El rostro de Patricia se tiñó de un rubor repentino. La joven apretó los labios, como si quisiera atrapar la verdad antes de que se escapara.

—Eso no significa absolutamente nada —dijo, demasiado rápido—. Era un espectáculo, como todo lo que hace Percival. Yo no quería… —se interrumpió, mordiéndose el labio inferior—. No quería dar la impresión equivocada.

Iris entrelazó los dedos sobre la mesa, inclinándose hacia ella con suavidad.

—No está obligada a decirme nada que la incomode. Pero tenga en cuenta algo: ahora mismo, Percival es el chivo expiatorio perfecto. El fiscal Kellaway se ha encargado de que todos lo vean como el culpable. Si usted tiene información que lo libere, aunque sea una hora, aunque sea un detalle, callar solo lo hundirá más.

Patricia respiró hondo, tragando saliva. El brillo nervioso en sus ojos revelaba que estaba atrapada entre dos fuerzas: su instinto de proteger su reputación y la necesidad de aliviar su conciencia.

—No quiero que me relacionen con él —susurró, apenas audible—. No quiero que piensen que soy… una de esas mujeres que se dejan arrastrar por poetas borrachos. Tengo una carrera

profesional, una familia, una vida que no soportaría ese tipo de rumores.

—Peor reputación tiene la mentira, y siempre encuentra editor.

Iris mantuvo el silencio, dejando que las palabras flotaran sobre la mesa. No necesitaba presionar más: la negación de Patricia ya estaba resquebrajada. Y sabía que, en cualquier momento, la grieta se abriría para dejar escapar lo que realmente había ocurrido aquella noche.

Iris sostuvo la mirada de Patricia con la paciencia de quien sabe que la verdad es un animal asustadizo: si uno se lanza de golpe, huye; si se espera el momento justo, acaba saliendo de su escondite. No elevó la voz, no la presionó con amenazas, solo dejó que el silencio hiciera su trabajo, ese silencio incómodo que obliga a rellenarlo con palabras.

—Señorita Redcliffe —dijo al fin, con un tono sereno pero firme—. Yo no soy una periodista buscando titulares ni un fiscal deseando un culpable. Mi único interés es que la verdad se aclare, y que no se condene a un inocente solo porque estaba borracho y hacía demasiado ruido.

Patricia se mordió el labio, apartando la mirada hacia la ventana. Afuera, el tráfico de Londres seguía implacable, ajeno al drama que se cocinaba dentro del comedor. Los taxis cruzaban como ráfagas, y aquel contraste con la tensión que pesaba sobre la mesa parecía casi cruel.

La joven suspiró, bajó la vista a la taza de té ya frío y habló en voz baja:

—Percival… no estuvo en la suite de Stansfield. Estuvo conmigo…

Iris no reaccionó de inmediato. Simplemente dejó que Patricia se escuchara a sí misma, que asumiera en voz alta lo que tanto temía admitir.

—Pasó la noche en mi habitación —continuó Patricia, en un susurro cargado de vergüenza—. Estaba ebrio, sí, pero también… también dulce, en su manera excéntrica. No pasó nada. Hablamos y recitó versos hasta quedarse dormido en una de las butacas. Yo lo dejé allí porque no quería que volviera a montar un nuevo espectáculo en los pasillos.

—A veces lo que no pasa es lo que más ruido hace.

Patricia se cubrió el rostro un instante con las manos, como si quisiera borrar la confesión, y luego las bajó despacio, dejando ver sus mejillas encendidas.

—No quería que nadie lo supiera. ¿Comprende? No quiero que mi nombre aparezca en ningún informe ni que me señalen en las columnas de chismes.

Iris tomó nota con calma, sin una pizca de juicio en su expresión.

—Lo entiendo, Patricia. Pero debe saber que lo que me acaba de decir cambia todo. Si Percival estaba en su habitación durante las horas críticas, no pudo haber matado a Douglas. Y usted es la única persona que puede confirmarlo.

Patricia cerró los ojos un segundo, como si esas palabras pesaran más que un veredicto judicial. Sabía que, con aquella confesión, su reputación quedaba en la cuerda floja, pero también que habría salvado a un hombre de una acusación injusta.

—Dios mío —murmuró—. ¿Qué he hecho?

Iris le ofreció una sonrisa suave, casi cómplice.

—Ha dicho la verdad. Y eso, Patricia, nunca es un error.

La confesión de Patricia cayó sobre la mesa como una losa que, paradójicamente, liberaba a alguien. Iris cerró el cuaderno con gesto medido, pero en su interior bullía la satisfacción silenciosa de haber obtenido lo que necesitaba: una prueba que desmontaba la teoría del fiscal Martin Kellaway.

Patricia, sin embargo, parecía cada vez más inquieta. Se retorcía los dedos sobre el mantel, incapaz de sostener la mirada de Iris.

—¿De verdad cree que servirá de algo? —preguntó, casi en un murmullo—. Los fiscales solo ven lo que quieren ver. Y Kellaway… —se interrumpió, mordiéndose el labio, temiendo haber dicho demasiado.

Iris asintió con calma.

—El fiscal ve un hombre borracho y escandaloso, con motivos de sobra para odiar a Stansfield. Claro que lo considera el culpable ideal. Pero con su testimonio, Patricia, ese castillo de cartas se viene abajo. Usted coloca a Percival en otro lugar durante la hora del crimen. Y la justicia, incluso la más ciega, no puede ignorar una coartada tan contundentemente sólida.

Patricia la miró con los ojos húmedos, dividida entre el alivio y el miedo.

—Yo solo… no quería arruinar mi nombre. No quiero salir en los periódicos, ni que la gente piense que me refugié en los brazos de un hombre desesperado.

Iris suavizó el tono, consciente de la carga emocional que llevaba su confesión.

—Lo que usted hizo fue ofrecer compasión. No es un crimen, Patricia, es humanidad. Y ahora esa humanidad puede salvar a alguien inocente de pasar el resto de su vida marcado por algo que no cometió.

Un silencio se instaló entre ambas. Iris lo aprovechó para guardar la nota en una carpeta aparte de su cuaderno, una carpeta que reservaba para las piezas clave de la investigación. Allí colocó la declaración de Patricia: un arma poderosa, aunque invisible, contra la narrativa simplista de Kellaway.

Mientras se levantaba para marcharse, Iris echó un último vistazo a la joven. Patricia parecía más pequeña en su silla, como si

hubiera entregado no solo un testimonio, sino un pedazo de su intimidad.

—Gracias por confiar en mí —dijo Iris, con una voz más cálida de lo habitual—. Lo que ha hecho hoy podría cambiar el rumbo de toda esta investigación.

Patricia no respondió; solo asintió despacio, apretando los labios, resignada a cargar con el peso de su verdad.

Iris, en cambio, salió del comedor con paso firme. Sabía que acababa de recoger la pieza que, bien colocada, desmontaría la seguridad arrogante del fiscal Kellaway. Percival no estaba solo: la noche del crimen, alguien podía jurar que él estaba lejos de la suite de Stansfield.

Y en una investigación que parecía perdida entre rumores y pruebas circunstanciales, esa era la grieta por la que podía entrar, al fin, la luz de la verdad.

Cuando Iris salió del comedor, cerró la carpeta con la confesión de Patricia y la sostuvo contra el pecho mientras cruzaba el pasillo enmoquetado. Sus pasos eran firmes, pero en su interior hervía una mezcla de indignación y determinación.

Ya no le quedaba ninguna duda: Martin Kellaway no buscaba justicia, buscaba rapidez. Necesitaba un culpable empaquetado con un lazo, un nombre que ofreciera a los titulares algo sencillo y contundente. Percival Ashdown, con su excentricidad pública y sus borracheras, era perfecto para ese papel. No requería investigación, solo la comodidad de señalar lo obvio.

Iris se detuvo frente al ascensor, observando cómo el indicador descendía lentamente. En ese lapso breve repasó mentalmente cada testimonio recogido hasta ahora: la sombra en los pasillos, la confesión de Patricia, el borrador de Frances, la deuda de Mary. Todos los hilos formaban un tapiz mucho más complejo que el retrato que Kellaway pretendía imponer.

El ascensor se abrió con una suave campanada y Iris entró. Mientras descendía, se contempló en el espejo del fondo: su expresión era la de una mujer cansada, pero también convencida. En sus labios se dibujó una media sonrisa sarcástica.

—Culpable rápido… —murmuró para sí—. Pero la verdad no se deja apresar tan fácilmente. La justicia exprés solo sirve para preparar cafés, no para resolver crímenes.

Al llegar al vestíbulo, se cruzó con Morton, que la observó con su habitual ceño fruncido.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó él.

Iris levantó la carpeta y arqueó una ceja.

—Digamos que el castillo de Kellaway acaba de perder una torre.

Morton no pidió más detalles; sabía que cuando Iris hablaba con ese tono, significaba que había encontrado algo sólido. Aun así, ella percibió en él la misma tensión que en todos los implicados: la presión por cerrar el caso no venía solo del fiscal, sino de la prensa, de los organizadores, de la ciudad entera deseosa de pasar página.

Y, sin embargo, Iris sabía algo que pocos querían aceptar: los misterios no se resuelven a golpe de martillo, sino deshaciendo pacientemente cada nudo. Cada testimonio que recogía añadía una grieta en la fachada construida por Kellaway. Y tarde o temprano, esa fachada acabaría derrumbándose.

Mientras cruzaba el vestíbulo del hotel, con el murmullo de periodistas agolpados tras las puertas, Iris comprendió que su labor era doble: liberar a Percival de una acusación injusta y, al mismo tiempo, obligar a todos a mirar más allá de lo evidente.

Porque la verdad, lenta pero implacable, siempre encuentra la forma de abrirse paso hasta el final.

23

La comisaría de Park Lane bullía de actividad aquella mañana. Policías entrando y saliendo con carpetas bajo el brazo, teléfonos que no dejaban de sonar, el rumor constante de máquinas de café en marcha y teletipos de prensa vibrando en cada rincón. El caso Stansfield había convertido aquel edificio anodino en un hervidero mediático, y la tensión se respiraba en cada esquina.

Iris se encontraba en un banco del pasillo esperando al inspector Morton, mientras ojeaba su cuaderno y repasaba las notas sobre su entrevista con Patricia Redcliffe. De repente la puerta principal de la comisaría se abrió de golpe. El estrépito hizo girar varias cabezas.

Oliver Trent irrumpió en el vestíbulo como un fantasma que hubiera escapado del temporal. Sus ojos estaban enrojecidos, los párpados hinchados por el llanto, y sus manos temblaban con violencia, incapaces de sostener el maletín de cuero que se le resbalaba a cada paso. Su aspecto contrastaba con la solemnidad de los agentes uniformados: traje arrugado, corbata torcida y un gesto de desesperación absoluta.

—¡Yo lo hice! —gritó, la voz quebrada, antes incluso de llegar al mostrador.

Los policías lo rodearon con rapidez, algunos tomándolo del brazo para evitar que se desplomara, otros tratando de entender sus palabras atropelladas. Iris se levantó de inmediato, reconociendo en ese estallido de dramatismo algo que no encajaba.

—Soy yo el asesino… —continuó Oliver, jadeando entre sollozos—. Yo maté a Douglas Stansfield.

El silencio que siguió a esa confesión fue tan denso que incluso el teléfono de la centralita pareció detenerse.

Un agente lo sujetó por los hombros y lo condujo hacia una de las salas de interrogatorio. Iris los siguió a distancia prudente, con el corazón acelerado. Había visto antes escenas parecidas, tanto en redacciones como en investigaciones: confesiones desesperadas, más cargadas de culpa y miedo que de verdad.

Desde la puerta entreabierta, Iris observó cómo Oliver se dejaba caer en la silla metálica, cubriéndose el rostro con las manos. Las lágrimas le corrían por los dedos, y su cuerpo entero parecía temblar con cada sollozo.

Morton apareció entonces, ajustándose la chaqueta. Lanzó una mirada a Iris que decía: *No te entrometas*, pero ella ya había sacado su cuaderno. Sabía que lo que estaba a punto de escuchar sería crucial.

Oliver levantó la cabeza, el rostro desencajado, y repitió con un hilo de voz:

—Yo lo maté.

Iris lo observó fijamente. En aquel joven destruido había algo más que una confesión: había un secreto mal entendido, una culpa que no necesariamente nacía del asesinato. Y aunque la comisaría parecía dispuesta a aceptarlo al pie de la letra, Iris intuía que la historia apenas comenzaba a desenredarse.

Oliver se inclinó hacia adelante en la fría mesa metálica de la sala de interrogatorios. Sus manos temblaban tanto que el vaso de agua que le habían colocado delante vibraba al compás de sus dedos. El joven escritor parecía un hombre desmoronado, sin fuerzas ni voluntad de disimular.

—Era mío… —repitió entre sollozos, la voz rota como una cuerda que se parte—. Era mi novela. Mi trabajo. Mi vida entera en esas páginas, y él… él me lo quitó todo.

Un silencio pesado llenó la sala. Morton, de pie junto a la pared, lo observaba con su expresión habitual, mezcla de escepticismo y paciencia. Un agente tomaba notas rápidas. Iris,

sentada discretamente en un rincón con su cuaderno, no apartaba los ojos de Oliver.

El joven continuó, ahogado por su propia angustia:

—Yo confié en él. Le entregué el manuscrito porque creí que… que como escritor respetado me daría consejo, me ayudaría a abrirme paso. Y lo único que hizo fue… robarme. Robar mi voz, mis ideas, mi futuro.

Se tapó el rostro con ambas manos y dejó escapar un gemido.

—No podía soportarlo. Lo vi en la gala de los premios presumir de mi novela como si fuera suya, y algo se quebró en mí. Fui a su suite. Tenía que recuperarlo, tenía que detenerlo… y lo maté.

El agente levantó la vista de su libreta, sorprendido por lo directo de la confesión. Morton frunció el ceño y cruzó los brazos, sin pronunciar palabra. Iris, en cambio, inclinó apenas la cabeza. Había algo en el relato de Oliver que la incomodaba: la crudeza de las palabras no estaba acompañada por detalles concretos, solo por una emoción desbordada.

—"Era mío", dice —anotó Iris en el margen de su cuaderno—. Habla más como víctima que como culpable.

Oliver alzó de nuevo la cabeza, con lágrimas brillando en sus mejillas.

—No lo entienden. Me lo arrancó todo. No solo mi libro. Mi dignidad. Mi oportunidad de demostrar que valía para algo. Yo… yo no tenía nada más.

El vaso de agua cayó al suelo cuando sus manos lo empujaron sin querer. El líquido se extendió por las baldosas grises como un eco de su desesperación.

Morton respiró hondo, y aunque aún no formulaba preguntas, sus ojos transmitían dudas. Iris lo sabía: aquel discurso tenía fuerza

emocional, pero carecía de precisión. Era una confesión nacida de la impotencia, no necesariamente de los hechos.

Iris lo apuntó con calma: *Plagio como detonante. Pero relato sin detalles.*

Lo que sí estaba claro era que Oliver, roto por la vergüenza y la rabia, estaba dispuesto a cargar con la culpa de un crimen que, en el fondo, quizá no había cometido.

Oliver se llevó las manos al cabello, despeinándolo aún más, como si buscara enredarse en sus propios recuerdos para darles forma. Su respiración era entrecortada, y cada palabra parecía costarle un esfuerzo enorme.

—Subí… subí a su suite —dijo al fin, la voz temblorosa—. Tomé el ascensor… creo que era el de servicio, o… no, quizá el principal, no lo recuerdo.

Morton entrecerró los ojos y anotó en su libreta. La confusión en los detalles no pasó desapercibida.

—Y cuando entré —prosiguió Oliver, tragando saliva—, él estaba sentado en el escritorio, riendo, hojeando mis páginas. Mis páginas… —golpeó la mesa con el puño débilmente—. Me miró y dijo que no era nada, que nadie recordaría mi nombre. Yo… yo no lo soporté.

Se inclinó hacia delante, buscando la atención de los presentes.

—Entonces agarré… —se detuvo, cerrando los ojos con fuerza —. El trofeo, sí, creo que lo tenía en la mesa. O estaba en una vitrina… no sé. Lo tomé y… y…

El silencio posterior fue elocuente. No describió el golpe, ni la reacción de Douglas, ni la sangre. Solo dejó la frase suspendida en el aire, sin un final convincente.

Iris alzó la vista de su cuaderno, fijándose en el detalle. Había un desfase entre la intensidad emocional de Oliver y la vaguedad de

su relato. Era como si intentara convencerse a sí mismo de una escena que nunca había ocurrido.

Morton carraspeó.

—¿A qué hora fue exactamente? —preguntó, con tono neutral.

Oliver titubeó, secándose el sudor de la frente.

—Medianoche… creo. O pasada la una. No, no, quizá antes, cuando aún había gente en los pasillos. No… no lo sé, no lo recuerdo….

El inspector anotó de nuevo, su expresión impenetrable. Iris, en cambio, percibía la grieta: un culpable real suele recordar con exactitud el instante en que todo cambia. Oliver se hundía en contradicciones, incapaz de mantener una versión firme. "Si la emoción es nítida y los hechos borrosos, no tienes un culpable: tienes un mártir en busca de autor", pensó Iris.

—Y la habitación… —insistió Morton—. ¿Dónde estaba él cuando entró?

—En… en el sillón. No, en el escritorio. Sí, en el escritorio, con las luces apagadas… o quizá encendidas. No lo recuerdo.

La pluma de Iris se detuvo un segundo sobre la página. Aquello no era un relato, era una improvisación. Un intento de vestirse con las ropas del culpable, pero mal ajustadas, incapaces de ocultar que no le pertenecían. El asesino recuerda el golpe; el inocente recuerda la herida.

Oliver se llevó las manos al rostro y rompió a llorar de nuevo.

—Solo sé que lo maté. No importa cómo, ni cuándo. Todo fue culpa mía.

—La culpa no prueba nada, Oliver. La verdad sí. Vamos a buscarla—dijo Iris.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió con un chirrido, y el fiscal Kellaway apareció con paso enérgico, el rostro congestionado y el sudor perlándole la frente. Llevaba el traje oscuro un poco arrugado y una carpeta de cuero que agitaba como si ya contuviera el veredicto.

—Suficiente —declaró sin rodeos, interrumpiendo a Morton antes de que pudiera formular otra pregunta.

Iris lo observó con frialdad. El fiscal había esperado justo a que Oliver terminara su confesión inconsistente para irrumpir como un juez impaciente. Kellaway abrió la carpeta, la golpeó suavemente contra la mesa y esbozó una sonrisa satisfecha.

—Un móvil claro, una confesión directa y un acusado con las manos manchadas de rencor —enumeró, como si recitara un alegato ya ensayado—. No necesitamos más.

Morton arqueó una ceja, incómodo.

—El relato de Trent está lleno de contradicciones. No coincide en la hora, ni en los detalles de la escena.

Kellaway lo cortó con un gesto de la mano.

—¡Es un escritor joven, confundido y bajo presión! No podemos esperar que lo recuerde todo con precisión. Lo esencial está ahí: confesó, y su confesión encaja perfectamente con el motivo del plagio. Eso basta.

—Las confesiones sin detalles son cheques sin fondos.

Iris apoyó la espalda contra la pared, cruzando los brazos. El fiscal no la miraba, pero ella percibía claramente el miedo detrás de su apresuramiento. No era miedo a que un asesino quedara libre; era miedo a que la sombra del escándalo manchara los "London Book Awards", y con ellos, la propia reputación de Kellaway como protector de la ciudad.

—Fiscal Kellaway —intervino Iris, con voz medida—, ¿no le preocupa que apresurarse pueda significar encarcelar a un inocente?

Él ni siquiera se giró hacia ella.

—Lo único que me preocupa es que la prensa deje de hablar de un crimen sin resolver en la gala literaria más prestigiosa del país. Si este joven se declara culpable, el caso se cierra, y todos podemos seguir adelante. No hay más.

Sus palabras resonaron en la sala con un cinismo apenas disimulado. Iris apretó el cuaderno contra su pecho, mordiéndose la lengua para no replicar de inmediato. Aquella actitud confirmaba lo que llevaba sospechando desde el inicio: Kellaway no perseguía justicia, sino titulares favorables.

Oliver, aún hundido en la silla, levantó la vista hacia el fiscal con ojos enrojecidos. Por un instante, parecía aferrarse a la idea de que su sacrificio sería aceptado. Y lo era: Kellaway estaba dispuesto a abrazar su confesión sin examinarla, porque era el atajo perfecto hacia la clausura del caso.

Iris, en cambio, sabía que ese atajo conducía a un error fatal. Se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando el codo en la mesa de interrogatorios, como quien observa un puzle incompleto. Mientras Kellaway se deleitaba de nuevo en su "caso cerrado", ella repasaba mentalmente las frases de Oliver, una por una, buscando el eslabón débil.

Y lo encontró: no era un relato de hechos, era una ofrenda de culpabilidad.

Oliver no hablaba como un asesino recordando la escena de un crimen. Hablaba como un joven atormentado por la pérdida de su obra, convencido de que debía pagar por ello con algo aún mayor: su libertad. Sus palabras eran un sacrificio más que una confesión. No confesó un crimen: ofrendó su dignidad. Y al fiscal le encantan los sacrificios que dan titulares.

—Curioso —dijo Iris en voz baja, con ese tono de ironía fina que usaba cuando se acercaba a la verdad—. Detalles esenciales como la hora, el lugar exacto de Douglas, la posición del trofeo… todo difuso. Pero la emoción, esa sí la tiene clara.

Morton la miró de reojo, captando su razonamiento. Kellaway fingió no escuchar, revisando papeles en su carpeta.

Iris continuó, con calma quirúrgica:

—Un culpable auténtico suele recordar la secuencia con precisión dolorosa. Oliver, en cambio, recuerda el dolor de haber sido robado, no el momento de un asesinato. Es la diferencia entre revivir un hecho y cargar con una culpa que no le pertenece.

Oliver levantó los ojos, enrojecidos y húmedos. Había en ellos algo que confirmaba su intuición: no era la mirada de un criminal, sino la de un hombre dispuesto a martirizarse con tal de que su desgracia literaria no quedara impune.

—¿Cree que no lo noto? —pensó Iris, con un destello de compasión mezclada con dureza—. Lo que quiere es salvar su dignidad, aunque sea entrando en la cárcel por un crimen que no cometió.

Kellaway se levantó de la mesa, cerrando la carpeta con un golpe seco.

—El muchacho ha confesado. ¡El resto son divagaciones!

—Cerrar un caso no es lo mismo que resolverlo. El polvo bajo la alfombra sigue siendo suciedad—alegó Iris.

Iris ya había tomado su decisión: no se dejaría engañar. Tenía un nuevo frente abierto. Si dejaba que la confesión de Oliver se consolidara, el verdadero asesino quedaría libre. Y eso era algo que ni su instinto, ni su oficio, ni su conciencia le permitirían tolerar.

Salió de la sala detrás de Morton, con el cuaderno bajo el brazo y una sola idea en la mente: desmontar la farsa antes de que el fiscal consiguiera enterrarla bajo comunicados oficiales.

Iris salió de la comisaria y decidió dar un pequeño paseo de regreso al hotel. Caminaba sola por el pasillo alfombrado, con el eco de las palabras de Oliver aún resonando en su memoria: “Fui yo quien lo maté”. Era tan poco convincente que resultaba inquietante.

¿Por qué alguien tan inseguro, tan apocado, iba a asumir un crimen que apenas podía describir con coherencia?

Se preguntó si era un acto de desesperación. Tal vez Oliver pensaba que, al confesar, detendría la presión insoportable de la policía y los periodistas. Era posible que buscara huir del tormento de las sospechas constantes, cambiando la incertidumbre por una certeza, aunque fuese una certeza que lo condenara. Si la historia no encaja, es que alguien está editando la realidad.

Otra idea le vino a la cabeza: ¿y si Oliver lo veía como un gesto literario? El joven estaba obsesionado con la grandeza de los escritores malditos, con esa imagen romántica del genio incomprendido.

Quizá en su mente confundida, convertirse en el asesino de un escritor consagrado como Stansfield lo colocaba en esa galería macabra y le permitiría hacer público de una vez que él era el verdadero autor de tan extraordinaria novela.

O tal vez, pensó Iris, era simple miedo. Miedo a que alguien manipulara las pruebas de tal manera que tarde o temprano lo acabaran señalando de todos modos. Una confesión apresurada podía parecerle la única forma de mantener cierto control sobre la situación.

Fuera cual fuese la razón, algo no encajaba. Y Iris sabía que, en esos huecos, solía esconderse la verdad…

24

El despacho provisional que la policía había habilitado en el hotel parecía más un campo de batalla burocrático que una simple sala de trabajo. Carpetas de distinto tamaño se apilaban como murallas desordenadas, portátiles abiertos lanzaban destellos azulados sobre las mesas y un par de agentes tecleaban con furia en

sus teclados, generando un murmullo rítmico que competía con el zumbido constante de una impresora láser.

La alfombra estaba cubierta de cables y papeles sueltos, como si una tormenta de papel hubiera pasado por allí. Iris Penrose cruzó el umbral y, sin necesidad de pedir silencio, el bullicio bajó un punto: su presencia imponía algo distinto, como si todos entendieran que había entrado alguien acostumbrado a leer entre líneas.

El inspector Charles Morton estaba de pie junto a la ventana, la chaqueta abierta y la corbata torcida. Llevaba ya muchas horas sin dormir y su gesto lo delataba. Cuando vio a Iris, se enderezó de inmediato. Ella no perdió tiempo en cortesías.

—Por favor, necesito acceso a algunos de los archivos —dijo con voz firme, casi cortante—. Tanto el manuscrito que Douglas Stansfield mostraba en la gala como las copias y los USB que Oliver y su novia Lydia me confiaron y que les entregué anoche.

Morton arqueó una ceja, el gesto de alguien que anticipa problemas. Sin embargo, no discutió. Hizo una seña a un agente, que desapareció por el pasillo y volvió minutos después con una caja metálica y un ordenador portátil bajo el brazo. La caja contenía dos memorias USB etiquetadas con los nombres de “Oliver Trent” y “Lydia Penrose”. El portátil pertenecía a Stansfield y había sido requisado en su suite junto al cuerpo.

Iris se sentó en la mesa central, apartando con un gesto rápido un montón de formularios policiales. Abrió el ordenador de Douglas y observó el fondo de pantalla: una foto del propio Stansfield en blanco y negro, con expresión grave y la mirada perdida en el horizonte. El egocentrismo del difunto se respiraba hasta en los detalles más triviales.

Conectó la primera memoria USB, la de Oliver. La pantalla mostró varias carpetas con nombres simples: Borrador1, Borrador2, Versión final y, dentro de cada una, decenas de documentos numerados por fecha. Iris sonrió: era la estructura típica de un

escritor joven, meticuloso pero inseguro, que guarda cada cambio por miedo a perder algo valioso.

Luego abrió el disco duro de Stansfield. Allí encontró tal y como se esperaba un único archivo titulado "Victory_Manuscript.docx". La elección del nombre hablaba más de vanidad que de método. El archivo pesaba menos que cualquiera de las versiones de Oliver, lo que ya resultaba sospechoso: parecía un documento limpio, carente de las huellas que deja un proceso de escritura real.

—¿Qué está buscando exactamente? —preguntó Morton, inclinándose sobre su hombro.

Iris giró apenas la cabeza y esbozó una sonrisa sarcástica.

—Pruebas de que Douglas Stansfield no era un genio, sino un ladrón literario. Y, créame, no voy a tardar mucho en encontrarlas. Los genios de pega siempre van dejando migas de pan futo de su vanidad. Solo hay que saber seguirlas.

Empezó por revisar las propiedades del archivo. La fecha de creación del documento de Oliver era de hacía tres meses, con decenas de modificaciones en los días siguientes. En cambio, el archivo de Stansfield se había creado apenas unas semanas antes de la gala y solo mostraba tres versiones guardadas, todas dentro del mismo intervalo de dos días. La diferencia era brutal.

—Mírelo bien —le dijo a Morton, señalando la pantalla—. Oliver trabajó durante semanas en su texto. Douglas, en cambio, solo copió y pegó lo que necesitaba para presentarlo como suyo.

Morton frunció el ceño.

—¿No podría haber manipulado las fechas?

Iris negó con la cabeza.

—No. Para alterar un historial de versiones en Word necesitas conocimientos técnicos que Douglas nunca tuvo. Y aunque lo intentara, los metadatos siempre dejan rastro.

Para comprobarlo, abrió también el USB de Lydia. Allí había copias idénticas al texto de Oliver, con comentarios añadidos en los márgenes: sugerencias, notas de estilo, incluso un par de bromas personales entre novios. Iris leyó en voz alta una de ellas: "Oliver, si usas esta frase otra vez no me caso contigo". Aquello tenía el aroma inconfundible de un proceso genuino de escritura compartida.

Volvió al archivo de Stansfield. Era impecable, sin comentarios, sin notas, sin huellas del trabajo artesanal de creación. Un documento demasiado perfecto para ser real. Iris lo sabía: en literatura, la perfección inmediata siempre es sospechosa.

Se inclinó sobre el teclado, empezó a colocar las distintas versiones en paralelo y a señalar las coincidencias. La sala se fue quedando en silencio a su alrededor. Cada agente parecía entender que en ese momento no se trataba de simples documentos, sino del desmantelamiento de una farsa cuidadosamente construida.

Iris ajustó la lámpara de escritorio para que la luz incidiera con dureza sobre las pantallas y los papeles impresos. Le gustaba trabajar con esa claridad directa, como si la iluminación misma ayudara a arrancar verdades ocultas.

En la mesa dispuso, a la izquierda, las copias de Oliver y Lydia impresas en papel; en el centro, el portátil con el archivo de Stansfield; y a la derecha, un bloc de notas donde ella misma empezaba a registrar hallazgos. Era un pequeño escenario teatral con un único objetivo: demostrar que el supuesto genio había construido su prestigio sobre un robo descarado.

Empezó a leer en voz baja, comparando párrafo tras párrafo.

—"El humo de la pólvora aún colgaba sobre el campo…" —recitó del documento de Stansfield. Cambió a la versión de Oliver—. "…el humo de la pólvora aún colgaba sobre el campo, mezclándose con la humedad de la madrugada."

Señaló con el bolígrafo.

—Aquí está la prueba: mismo inicio, idéntica estructura, pero la versión de Oliver tiene una línea más, que después desaparece misteriosamente en la versión de Douglas.

Morton se inclinó para ver mejor.

—¿Y eso qué implica?

—Que Stansfield no escribió, sino que recortó. Tomó el texto original y lo ajustó, eliminando o modificando pequeñas partes para hacerlo pasar como suyo. Plagiar mal es casi peor que escribir mal: se nota el truco y queda en evidencia el truquero.

Siguió con otra página. En el manuscrito de Oliver, una escena de diálogo tenía un error tipográfico: una comilla faltante que Lydia había señalado en los comentarios. En la versión de Stansfield, el error se repetía exactamente igual, pero sin la nota de corrección.

Iris levantó el papel y lo agitó delante de Morton.

—La probabilidad de que dos autores cometan el mismo error, en el mismo sitio, es prácticamente cero. Este es un calco, inspector.

Morton cruzó los brazos, observando en silencio. Iris detectó en su gesto una mezcla de incredulidad y respeto: comprendía que la mujer tenía un método tan riguroso como cualquier investigador de Scotland Yard.

Siguió avanzando en el cotejo. Había expresiones peculiares que se repetían con exactitud: “la tristeza tenía sabor a hierro”, “los relojes respiraban como animales cansados”. Giros estilísticos inconfundibles de un autor joven con voz propia. Douglas Stansfield, en cambio, jamás había escrito con ese lirismo en sus obras anteriores.

Iris anotaba cada hallazgo con precisión quirúrgica, numerando las coincidencias y subrayando con tinta roja los pasajes sospechosos. El bloc de notas empezaba a parecer un informe pericial.

—No solo copió las frases —dijo, girándose hacia Morton—. Copió también los silencios, los fallos, los titubeos propios de un borrador. Eso es lo que lo delata.

Morton, que hasta entonces había permanecido en su habitual postura escéptica, se acercó un paso más.

—Esto lo hunde.

Iris asintió con media sonrisa irónica.

—Lo hunde y lo ridiculiza. Si vas a robar, al menos reescribe. Pero no, él copió con la misma torpeza con la que levantaba su copa en la gala. Era tan previsible que hasta sus robos parecían escritos con plantilla.

Tomó otra hoja del montón de Lydia y la mostró. En el margen, una anotación manuscrita decía: "Oliver, esta metáfora es demasiado oscura, busca algo más ligero". Aquella intervención personal era la prueba definitiva de un proceso colaborativo real, algo imposible de falsificar.

—¿Ve? —señaló Iris—. Aquí está Lydia, viva, opinando, dejando su huella en la creación. Es imposible que Douglas inventara esto después.

Morton inspiró hondo, como quien empieza a aceptar una verdad incómoda.

—La fiscalía no va a estar contenta con esto. Kellaway quiere un caso rápido y limpio.

—Que Kellaway se preocupe por su carrera política —replicó Iris, con un destello de sarcasmo—. Yo me preocupo por la verdad.

El silencio volvió a llenar la sala. Los agentes alrededor observaban con cierta fascinación cómo aquella escritora convertía la comparación de textos en un espectáculo casi detectivesco. Iris lo sabía: estaba levantando, línea a línea, la acusación más contundente que Douglas Stansfield jamás habría imaginado recibir.

Iris apoyó los codos en la mesa y abrió el panel de propiedades del archivo de Stansfield. Sabía que la verdad más incómoda siempre se escondía en los márgenes invisibles de los documentos digitales: fechas, usuarios, historiales automáticos.

No necesitaba un perito informático para leer esos datos; los años como periodista de sucesos le habían enseñado a desconfiar de la superficie y a sumergirse en los detalles.

—Mire esto —dijo, señalando la pantalla—. El archivo de Douglas se creó el seis de septiembre, a las tres y cuarto de la tarde. Unas semanas antes de la gala.

Hizo clic en el USB de Oliver y abrió el documento "Borrador1.docx".

—Y este, el primero de Oliver, está fechado en mayo, con modificaciones diarias durante más de dos meses.

Morton se inclinó, entrecerrando los ojos.

—Podría haber copiado el texto de Oliver en su propio ordenador y luego modificar la fecha.

Iris soltó una carcajada breve y seca.

—¿Douglas Stansfield? ¿Manipulando metadatos? Ese tipo tenía pinta de que lo máximo que sabía de informática era abrir su correo electrónico. No, inspector, las fechas de creación no mienten. Y si quiere más pruebas, fíjese en esto.

Abrió el historial de versiones del archivo de Oliver. La pantalla se llenó de miniaturas de documentos guardados automáticamente: cambios en diálogos, párrafos añadidos, títulos tachados. Un proceso vivo, en evolución constante.

—Esto es escritura real —explicó—. Decenas de guardados, cada uno con pequeñas modificaciones.

Después mostró el archivo de Stansfield. El contraste era brutal: tres versiones en total, todas creadas en un lapso de

cuarenta y ocho horas.

—Y esto —dijo Iris— es un plagio apresurado. Un archivo limpio, fabricado para el escaparate.

Morton se cruzó de brazos, serio.

—Admito que la diferencia es clara.

Iris continuó su inspección. En los metadatos de Oliver aparecía el nombre de usuario predeterminado: "Oliver Trent". En el de Stansfield figuraba "Douglas S.", pero con un detalle sospechoso: el campo de autor había sido editado manualmente.

—Otra torpeza —comentó Iris—. Si copias un archivo y luego cambias el autor, el sistema lo registra como "modificación manual". Es como dejar huellas dactilares en la escena del crimen.

Volvió al USB de Lydia. Allí encontró varias versiones con comentarios de revisión. Algunos eran sugerencias técnicas, otros bromas escritas en tono confidencial: "Si metes otra descripción de nubes, te mato". Iris sonrió.

—Esto, inspector, es lo que Douglas nunca podrá falsificar: la complicidad real de una pareja que se quiere trabajando juntos.

Morton observó en silencio. Su rostro transmitía un respeto silencioso, aunque no renunciaba a su habitual escepticismo.

—La fiscalía va a resistirse a aceptar esto como prueba —murmuró.

—La fiscalía puede hacer lo que quiera —respondió Iris con sarcasmo—. Yo me limito a mostrar lo evidente. La evidencia es como la tinta: siempre acaba manchando a quien quiere ocultarla.

Se inclinó hacia la pantalla, comparando dos párrafos idénticos. En ambos aparecía la misma errata: una coma mal colocada que cambiaba el ritmo de la frase.

—¿Ve esto? —preguntó, señalando la pantalla—. Es imposible que dos personas cometan exactamente el mismo error de

puntuación en la misma frase. Esto es copia directa.

Morton bajó la vista, pensativo. Iris percibió en su silencio una aceptación lenta, como si las piezas empezaran a encajarle.

Apagó el portátil de Stansfield y apiló los documentos impresos de Oliver y Lydia en un lado de la mesa. A otro lado colocó el manuscrito de Stansfield, aislado como una prueba contaminada. El contraste físico ayudaba a visualizar la verdad: una obra auténtica frente a un fraude fabricado.

—Douglas necesitaba un regreso triunfal —dijo Iris en voz baja, más para sí misma que para Morton—. Y lo encontró saqueando el talento de un joven al que creía demasiado insignificante para defenderse.

Morton alzó la vista y la observó con seriedad.

—Esto no solo lo hunde. Lo explica todo.

Iris asintió, tomando nota en su cuaderno.

—Sí. Explica el móvil, el plagio. El asesinato no fue un accidente aislado: fue la consecuencia inevitable de un robo.

Iris respiró hondo y apartó un momento el portátil. Sabía que la información estaba clara, pero necesitaba ordenarla con rigor para que no quedara margen de duda. Tomó un lápiz de punta afilada, un bloc de notas cuadriculado y comenzó a estructurar un informe comparativo.

Sus movimientos tenían algo de ritual: desplegar papeles, subrayar pasajes, numerar coincidencias. Era el método aprendido en las redacciones, donde cada dato debía encajar como pieza de un rompecabezas antes de que el artículo pudiera publicarse.

—Voy a tratar esto como si fuera un acta forense —dijo en voz baja, más para sí misma que para Morton.

El inspector la observaba con los brazos cruzados, sin interrumpirla. Había dejado de ser un testigo escéptico y se había

convertido en un observador atento, consciente de que estaba presenciando la disección de un fraude.

Iris leyó en voz alta un fragmento de Oliver:

—"La guerra no termina con las armas, sino con el silencio que dejan tras de sí."

Pasó al texto de Stansfield.

—Idéntico, palabra por palabra.

Subrayó ambas versiones con una línea doble roja. Después numeró la coincidencia como "Ejemplo 17". Ya llevaba una lista de más de veinte ejemplos.

—Cada uno de estos casos es un clavo en el ataúd del prestigio de Douglas —añadió con un deje sarcástico. Y qué irónico: al final lo entierran más sus palabras robadas que el golpe que lo mató.

Siguió revisando. En las versiones de Lydia había notas marginales escritas en lápiz: "Oliver, cambia este adjetivo", "No repitas tanto esta imagen". Esas correcciones eran huellas de un proceso creativo real, imposible de simular a posteriori. Iris las fotografió con su móvil y las incluyó como anexos.

—Esto es autoría genuina —explicó—. La intervención de Lydia es de gran valor por lo que se puede observar perfectamente.

Morton asintió lentamente.

—Admito que no esperaba ver un caso de plagio expuesto con tanta claridad.

Iris levantó la vista con una sonrisa breve.

—El periodismo enseña a desconfiar de las apariencias. Y la literatura, a reconocer la voz auténtica de un autor. Douglas carecía de ambas cualidades.

Siguió escribiendo en el bloc: "Informe comparativo. Autoría legítima: Oliver Trent". El título no dejaba lugar a dudas. Bajo él, fue

añadiendo ejemplos: Frases idénticas en diferentes capítulos. Misma puntuación errónea en pasajes clave. Metadatos con fechas previas en los archivos de Oliver. Comentarios marginales de Lydia, testimonio del proceso real.

El informe empezaba a tomar forma de prueba judicial. Iris lo sabía: en un juicio, lo importante no es solo la verdad, sino la manera de presentarla.

Se reclinó un instante en la silla, permitiéndose una reflexión. El plagio no era solo un delito, era una forma de violencia silenciosa. Robar una voz significaba borrar una identidad, condenar a alguien al silencio mientras otro se apropiaba de su trabajo.

Douglas Stansfield había construido su carrera más reciente sobre esa práctica, convencido de que la juventud y la timidez de Oliver lo protegerían de ser descubierto.

Iris cerró un momento los ojos. Recordó sus años de periodista en redacciones ruidosas, donde a menudo había visto a jóvenes reporteros ser eclipsados por veteranos con más contactos que talento. La injusticia le resultaba familiar, casi personal.

Cuando volvió a abrirlos, la decisión estaba tomada. Colocó las hojas en paralelo, fijó un clip metálico en la parte superior y redactó una conclusión preliminar.

—El plagio de Stansfield no es una hipótesis, es un hecho comprobado. Las coincidencias textuales, los errores replicados y los metadatos de los archivos lo demuestran de manera incontestable.

Empujó el bloc hacia Morton.

—Aquí tiene el esqueleto de la verdad. La verdad no necesita maquillaje: se defiende sola.

El inspector hojeó el documento con lentitud. Sus dedos pasaban las páginas como si pesaran más de lo que aparentaban. Se detuvo en un párrafo marcado con dos líneas rojas y lo leyó en silencio. Después levantó la vista hacia Iris.

—Esto lo explica todo —dijo con gravedad—. No solo el plagio, sino la tensión que lo rodeaba todo.

Iris asintió, cerrando la carpeta con un golpe seco.

—El asesinato no fue un accidente. Fue el último acto de una farsa literaria. Y ahora tenemos las pruebas para demostrarlo.

Iris repasó una última vez los documentos extendidos sobre la mesa, como si quisiera grabarlos en su memoria antes de cederlos de nuevo a la maquinaria policial.

El mosaico de pruebas estaba completo: fechas de creación, historiales de versiones, errores replicados, comentarios de Lydia. No había fisuras. El prestigio de Douglas Stansfield se desmoronaba allí mismo, bajo la luz implacable de una lámpara policial.

Tomó el bloc con el informe comparativo, lo sujetó con firmeza y lo entregó a Morton.

—Aquí está —dijo con voz firme—. La autoría legítima de Oliver Trent queda probada.

Morton lo recibió con un gesto sobrio. Pasó las páginas despacio, deteniéndose en algunas marcas rojas, en los ejemplos numerados, en las capturas impresas de metadatos. Iris lo observaba en silencio, consciente de que la seriedad del inspector no ocultaba escepticismo, sino concentración.

—Esto —murmuró Morton— cambia la narrativa del asesinato por completo…

Iris asintió.

—Douglas necesitaba un regreso triunfal. Sus últimos libros habían pasado completamente desapercibidos, los críticos lo habían olvidado. La gala era su última oportunidad de volver a ser relevante. Y para lograrlo, robó el talento de un joven inseguro.

Morton cerró la carpeta y se apoyó en el respaldo de la silla.

—La fiscalía no va a estar contenta. Kellaway prefería un caso limpio: un sospechoso claro, un móvil sencillo. Esto lo complica todo.

—Lo complica porque es la verdad —replicó Iris con ironía—. Y la verdad siempre resulta menos cómoda que una mentira conveniente. Pero lo incómodo, inspector, suele ser lo único auténtico.

El inspector soltó un suspiro largo, cargado de resignación.

—Tendrá que exponer esto con la misma claridad que lo ha hecho aquí. Si queremos que el fiscal lo acepte, debe ser incontestable.

Iris recogió los USB de Oliver y Lydia, los guardó de nuevo en la caja metálica y la cerró con un clic seco. Después se levantó, estirando los hombros.

—No se preocupe. La claridad es mi especialidad.

Durante unos segundos, nadie habló. El zumbido de la impresora volvió a llenar el aire, recordándoles que fuera del despacho el mundo seguía su curso, indiferente al derrumbe de una reputación literaria.

Iris aprovechó ese silencio para observar la escena: agentes inclinados sobre portátiles, carpetas apiladas, el olor metálico de los cables calientes. Era un escenario poco glamuroso para el desenlace de una farsa tan elaborada, pero a menudo la justicia se decidía en lugares anodinos.

Morton rompió el silencio.

—Lo que ha hecho hoy no es solo una deducción literaria. Ha aportado un móvil sólido. Un plagio descubierto es un motivo de peso para un enfrentamiento.

Iris inclinó la cabeza, como si aceptara el cumplido sin necesidad de palabras.

—Exacto. El plagio es el núcleo del conflicto. Douglas no murió como un genio incomprendido, sino como un impostor

desenmascarado.

Morton cerró la carpeta y la deslizó hacia un agente, que la guardó con cuidado en una bolsa de evidencias rotulada. Después, el inspector se acercó a la ventana y apartó la cortina. Afuera, Londres seguía iluminada, ajena al drama que se cocinaba entre esas paredes.

—¿Y ahora qué? —preguntó sin volverse.

Iris cruzó los brazos, pensativa.

—Ahora tenemos que seguir el hilo hasta el final. El plagio explica el móvil, pero no señala al asesino. Stansfield tenía demasiados enemigos. Y yo no pienso conformarme con medias verdades.

Morton giró la cabeza hacia ella. Por primera vez en días, su expresión no era de recelo, sino de respeto.

—Entonces supongo que seguiremos trabajando juntos.

Iris esbozó una media sonrisa, afilada como un bisturí.

—Supone bien.

El inspector no respondió. Se limitó a asentir, con la gravedad de quien entiende que la verdad acababa de abrir un nuevo frente en la investigación.

Iris recogió su abrigo, se lo echó sobre los hombros y salió del despacho sin mirar atrás. Sabía que el capítulo de plagio estaba cerrado, pero que la verdadera batalla apenas comenzaba: descubrir quién había transformado un robo literario en un asesinato.

25

Iris entró en la suite detrás de Morton, con el mismo sigilo con el que se accede a un santuario profanado. El revuelo había quedado atrás: ya no había fotógrafos en el pasillo, ni agentes entrando y saliendo a la carrera, ni testigos agolpándose en la puerta. El espacio estaba despejado, acordonado únicamente por una cinta amarilla que cortaba el aire como una herida.

La alfombra aún olía a whisky derramado y a sudor humano. El silencio era tan denso que cada paso de Iris sobre el suelo mullido sonaba como un golpe contenido. Sus ojos recorrieron la habitación lentamente, con esa mirada de periodista de sucesos reconvertida en detective aficionada, acostumbrada a leer más allá de la superficie.

—Es muy curioso —murmuró, rompiendo el mutismo—. Parece un escenario después de que el telón haya caído. Todo detenido en medio del acto, como si los actores hubiesen abandonado la obra a medias.

Morton, que había abierto su libreta para anotar observaciones, levantó una ceja.

—¿Una obra teatral?

Iris asintió, avanzando hacia el escritorio donde aún quedaban hojas desperdigadas.

—Cada objeto aquí tiene su papel, inspector. El vaso caído en la alfombra, el trofeo manchado, la silla girada en ángulo extraño. Si lo observamos con calma, veremos no solo lo que ocurrió, sino cómo ocurrió. El mobiliario es más sincero que los testigos: no sabe mentir.

Se detuvo frente a la lámpara de pie, ladeada como si alguien la hubiera empujado en un arrebato de violencia. La tocó

suavemente, devolviéndola a su posición recta.

—Nadie coloca una lámpara así por gusto. Esto es la marca de un movimiento brusco. Un forcejeo.

Morton anotó, con su expresión de siempre, imperturbable. Iris avanzó hasta la cama, perfectamente hecha salvo por unas arrugas en el edredón, como si una rodilla la hubiera hundido en un instante de tensión.

—Lo ve, ¿verdad? —preguntó Iris, girándose hacia él—. No es solo desorden. Es coreografía. Cada elemento en esta habitación cuenta un fragmento de la historia.

Se acercó después al espejo del tocador. Había una leve huella de dedos en el cristal, apenas perceptible bajo la luz tenue. Se inclinó hacia adelante y murmuró:

—Y aquí tenemos otra pista: alguien intentó recomponerse, antes de salir de la escena. Un detalle demasiado humano para pasar desapercibido.

Morton guardó silencio, pero sus ojos se endurecieron, atentos. Iris volvió a recorrer la habitación, consciente de que cada paso la acercaba no solo al asesino, sino también a la forma en que todo había quedado suspendido en el tiempo. Como un acto final sin aplauso.

Iris se arrodilló junto al escritorio, donde la alfombra mostraba una mancha oscura de whisky seco. Allí estaba el vaso caído, rodado hasta quedar a medio camino entre la silla y la pata de la mesa. Lo observó con la concentración de quien mira una reliquia.

—No se volcó por accidente —dijo en voz baja, casi para sí—. Un movimiento violento lo derribó. La dirección de la mancha indica que el golpe vino desde este lado.

Se giró y señaló hacia la silla, ladeada en ángulo extraño. Morton anotó sin levantar la cabeza.

Luego, al avanzar hacia la cama, se detuvo ante un detalle aparentemente insignificante: un zapato masculino, caro y reluciente, mal colocado bajo el borde de la colcha. Uno estaba bien alineado, paralelo al mueble; el otro, torcido, como abandonado en la prisa.

—Douglas no era descuidado con su imagen, más bien todo lo contrario —explicó Iris, inclinándose para observar la suela—. Si dejó un zapato así, es porque algo interrumpió su rutina. Un forcejeo, una discusión. Algo lo obligó a moverse con brusquedad.

Volvió a ponerse de pie y caminó hasta la mesa de noche. Sobre la superficie había varios anillos circulares, marcas frescas de copas de cristal. Tres huellas, de distinto tamaño. Iris acarició una con la yema de los dedos, notando la textura seca del vino.

—No bebía solo —concluyó—. Al menos otra persona compartió la habitación.

Morton levantó la mirada de su libreta.

—Podría haber traído varias copas para él.

Iris arqueó una ceja, con esa ironía suya que mezclaba paciencia y sarcasmo.

—Tres copas distintas, inspector. Y las huellas de dos no coinciden en diámetro con la del vaso de whisky que está en el suelo. Eso significa que había más de un invitado. Alguien que se aseguró de borrar sus huellas personales, pero dejó sin darse cuenta las de las copas como testigos mudos. Las copas son como confidentes indiscretos: siempre cuentan más de lo que deberían.

El inspector guardó silencio, masticando la observación. Iris, en cambio, ya veía la escena con claridad: Douglas en el escritorio, levantando su vaso; otro visitante, quizá dos, con copas de vino; una tensión creciente que acabó desbordándose.

Aquella suite, con sus objetos torcidos y sus marcas de cristal, no era una habitación desordenada. Era un campo de batalla, con

sus huellas circulares de vino como cicatrices de un duelo que aún hablaba en voz baja.

Iris se acercó al tocador, un mueble imponente con patas torneadas y una superficie de cristal pulido que reflejaba la luz amarillenta de la lámpara de mesa. El espejo ovalado estaba inclinado ligeramente hacia adelante, y allí, en el borde inferior, algo llamó su atención: una mancha difusa, apenas perceptible.

Se inclinó con cuidado, ladeando la cabeza como quien observa un cuadro. Pasó la yema del dedo índice sobre la superficie y retiró una pizca de polvo coloreado. Era maquillaje, base mezclada con restos de carmín, como si alguien se hubiese apoyado demasiado deprisa, intentando recomponerse frente al espejo.

—Interesante —murmuró, observando el rastro en su dedo—. Sinceramente, no creo que Douglas Stansfield llevara este tono de maquillaje.

Morton se acercó, frunciendo el ceño.

—¿Podría pertenecer a una de las invitadas?

—A varias, de hecho —respondió Iris con una sonrisa irónica —. El maquillaje es la máscara más universal del teatro social. Pero aquí no hablamos de retoque casual. Esto es un gesto apresurado. Alguien estaba nervioso, quizá temblando, y necesitaba recomponerse antes de salir de la suite.

Miró de nuevo el espejo. En el reflejo de la habitación vio el escritorio, la lámpara torcida, el vaso en el suelo. Todo quedaba encuadrado como una escena, y ese borde manchado era la nota más humana de todas.

—Imagínelo, inspector —dijo Iris en voz baja—: una mujer acaba de pasar por una situación intensa, quizá peligrosa. Se mira en el espejo, ve su rostro desencajado, y decide arreglarse de prisa. Apoya la mano sin cuidado y deja este rastro. Después, huye.

Morton anotó en su libreta, aunque con gesto de escepticismo.

—No prueba nada por sí solo.

Iris se giró hacia él, afilando la mirada.

—No. Pero es una pieza más. Tenemos el vaso caído, los zapatos torcidos, las huellas de las copas y ahora este detalle íntimo, imposible de planear. Todo apunta a que alguien más estuvo aquí, alguien que no pensaba en matar, sino en sobrevivir a lo que acababa de ocurrir. El asesino improvisa; el superviviente deja temblores.

El inspector guardó silencio. Iris volvió a posar los dedos en el borde del espejo, como si quisiera sentir el temblor de esa mano anónima que había pasado antes por allí. La mancha de maquillaje no era una prueba concluyente, pero sí una huella emocional, el eco de un instante de pánico que no podía borrarse del todo.

Iris se acercó a la mesilla de noche, situada al lado derecho de la cama. La superficie de madera oscura reflejaba apenas la luz amarillenta de la lámpara, pero bajo ese resplandor se distinguía una marca circular, tenue y algo difusa.

Se inclinó, ladeando la cabeza, y sonrió con esa chispa que le surgía cuando descubría un detalle que otros habían pasado por alto.

—Una huella de copa —murmuró—. Y no de whisky, inspector. Esto huele a vino.

Sacó de su bolso un pañuelo limpio y rozó el borde de la marca. El tejido absorbió un leve resto rojizo, como un fantasma de burdeos seco. Iris lo sostuvo en alto para que Morton lo viera.

—Alguien bebió aquí, sentado o recostado en la cama —explicó—. Douglas prefería el whisky, y su vaso ya lo hemos encontrado en la alfombra. Esto confirma que no estaba solo.

Morton dio un paso hacia la mesilla y observó con atención.

—Podría haber pedido servicio de habitaciones, dos copas, quizá más.

Iris negó con un gesto de cabeza, con una media sonrisa sarcástica.

—¿En una gala donde todos los camareros circulaban con bandejas repletas de copas? Difícil. Si Douglas hubiese querido más vino, lo habría conseguido sin moverse, llamando al servicio de habitaciones. No, inspector, esto es distinto. Alguien vino aquí, con él, y compartió una copa en privado. Antes o después de la gala.

Se sentó al borde de la cama, como recreando la escena, y apoyó la mano junto a la marca.

—Imagínelo: una mujer entra, acepta una copa, se sienta en este borde. Conversan. Tal vez discuten. El trofeo, en el escritorio, reluce como un símbolo. Y entre sorbo y sorbo, la tensión crece hasta desbordarse.

Guardó silencio unos segundos, visualizando el cuadro completo: el zapato mal colocado, la copa caída en la alfombra, el espejo con maquillaje, y ahora esa huella de vino. El rastro de una visita clandestina que ya no podía negarse.

—Lo interesante —añadió— es que la marca es borrosa. Significa que alguien la intentó limpiar, pero no lo suficiente. Nervios, prisa. Una huida más que un gesto calculado. Las prisas borran menos que la culpa.

Morton permanecía con el bolígrafo en el aire, indeciso entre anotar o dejarse llevar por la lógica de Iris. Ella lo miró de reojo, con una chispa irónica en la voz.

—Cada detalle habla, inspector. Y este nos dice que Douglas Stansfield no murió en soledad. Tuvo compañía, y esa compañía dejó un rastro que ningún fiscal podrá enterrar bajo discursos apresurados. Las habitaciones vacías nunca mienten: siempre guardan eco de las voces que pasaron por ellas.

Iris se inclinó sobre el escritorio, donde aún yacían papeles desperdigados. La mayoría eran hojas impresas del manuscrito, mezcladas con servilletas usadas y notas apresuradas. Entre aquel

caos, un pliego doblado a la mitad llamó su atención: el papel era distinto, más fino, con membrete de una revista cultural londinense.

Lo desplegó con cuidado. Era una nota escrita a mano, firmada al pie con un nombre inequívoco: Frances Davenport. Iris lo leyó en silencio, reconociendo frases mordaces que retrataban a Stansfield como un impostor literario, un hombre de fachada sin sustancia.

Frunció el ceño.

—Así que Frances ya tenía la pluma afilada antes de que empezara la gala —susurró—. Y, lo que es más inquietante, estuvo lo bastante cerca de la suite como para dejar este papel aquí.

Morton se acercó, curioso.

—¿Está segura de que no lo pusieron después?

Iris negó, observando los pliegues y la tinta aún fresca.

—Demasiada coincidencia. Frances siempre lleva sus borradores encima, como armas preparadas para disparar. Si esto está aquí, es porque lo olvidó en el tumulto, o porque no tuvo tiempo de recogerlo antes de marcharse.

Guardó el documento en una carpeta, marcándolo como evidencia. Aquello no probaba culpabilidad directa, pero sí añadía a Frances Davenport a la lista de quienes se movieron en la sombra de aquella maldita suite.

—La crítica más afilada de Londres —pensó Iris—. Y ahora, sospechosa de haber estado en el lugar equivocado en el momento exacto. Las plumas, inspector, también dejan cadáveres. Solo que normalmente de papel.

El hallazgo convertía la escena en un tapiz cada vez más enmarañado: copas, maquillaje, zapatos fuera de lugar, y ahora un borrador cargado de veneno literario. Para Iris, no era un simple descuido: era otra voz que hablaba desde el desorden, recordándole que las palabras también podían matar.

26

Iris había solicitado una pequeña sala de reuniones en el hotel, un espacio discreto con paredes enteladas y una mesa ovalada en el centro. Allí, bajo la atenta mirada de Morton, convocó a varios testigos de la gala: camareros, periodistas, asistentes de editoriales e incluso un par de invitados que habían permanecido hasta el final del cóctel.

Sobre la mesa colocó una réplica improvisada del trofeo: una lámpara de sobremesa desmontada que había pedido prestada. No era perfecta, pero bastaba para que los presentes recordaran el brillo metálico y la forma puntiaguda del original.

—Lo que necesito —empezó Iris con tono firme, paseando la mirada de uno a otro— es reconstruir el recorrido del trofeo durante la noche. ¿Quién lo tocó, y en qué momento? Las armas también tienen biografía. La cuestión es leerla bien.

Un camarero fue el primero en hablar:

—Yo lo vi cuando el señor Stansfield abrió la vitrina y lo levantó para las fotos. Estaba justo delante de mí, mientras iba sirviendo copas.

Otro invitado, un editor norteamericano, asintió:

—Sí, recuerdo los flashes. Douglas parecía encantado de posar con él, lo sostuvo bastante rato.

Iris anotaba cada intervención en su libreta, dibujando una línea temporal.

—¿Alguien más lo tuvo en las manos después?

Una periodista de cultura intervino con voz insegura:

—Percival Ashdown lo cogió un momento. Hizo una broma, algo sobre coronar reyes o cortar gargantas. Pero enseguida lo devolvió a la vitrina. Fue cuestión de segundos.

Iris levantó la cabeza, clavando en ella una mirada persuasiva.

—¿Lo devolvió usted misma a la vitrina, o lo vio dejarlo allí?

—Lo vi —contestó la mujer—. Estaba junto a Patricia Redcliffe, que se rio de la ocurrencia. Puedo jurarlo.

Iris asintió, subrayando el dato.

—Y después de ese momento, ¿alguien más lo tocó?

Hubo un silencio incómodo. Finalmente, un joven fotógrafo se encogió de hombros.

—Que yo recuerde, no. El señor Stansfield lo recuperó poco después y no volvió a soltarlo. Se paseó con él de mesa en mesa, como si ya fuese suyo.

Iris cerró su libreta, satisfecha. La línea quedaba clara: Stansfield había sido el último en tener el trofeo en sus manos antes de desaparecer hacia la suite. Y nadie, salvo él, lo había trasladado hasta allí.

—Gracias a todos —dijo, levantándose—. Esto nos acerca un paso más a la verdad.

Morton, en un rincón, observaba sin interrumpir. Sabía que Iris acababa de reforzar una hipótesis peligrosa: el arma del crimen no había sido robada por un tercero, sino llevada por la propia víctima hasta la escena final.

Las voces en la pequeña sala se superpusieron durante unos segundos, como si todos quisieran hablar al mismo tiempo. Iris levantó una mano, pidiendo calma, y con esa mezcla de paciencia y autoridad que ya le conocían los testigos, fue señalando uno a uno para que respondieran con claridad.

El camarero que había servido champán durante la última ronda de copas habló primero:

—Yo lo vi… estaba junto al señor Stansfield cuando dio el último brindis. Sostenía el trofeo en la mano derecha y la copa en la izquierda. No lo soltó en ningún momento.

Una editora rubia, de gesto meticuloso, corroboró el dato:

—Sí, recuerdo la incomodidad de los invitados. Douglas hablaba como si el premio ya le perteneciera. Golpeaba la base del trofeo contra la mesa cada vez que enfatizaba una frase. Fue… bastante grotesco.

Un periodista cultural añadió, ajustándose las gafas:

—Y nadie más lo tocó después. Lo vi retirarse hacia el fondo del salón, aún con el trofeo bajo el brazo, mientras los camareros recogían bandejas.

Iris tomaba notas rápidas, marcando en su libreta la secuencia de los acontecimientos.

—Entonces, para que quede claro: ¿todos están de acuerdo en que fue Douglas Stansfield quien se marchó con el trofeo, sin entregárselo a nadie más?

Los presentes asintieron casi al unísono. Incluso Patricia Redcliffe, que hasta entonces había permanecido en silencio, intervino con voz baja:

—Sí… lo vi marcharse. Estaba a unos pasos de mí. Parecía satisfecho, con cara de alegría por haber ganado la batalla esa noche.

Iris cerró el cuaderno despacio, subrayando una conclusión que resonaba en la sala como un veredicto: Douglas Stansfield había sido el último en tocar el trofeo, lo había aferrado durante los brindis finales y se lo había llevado con él hasta la suite. Nadie más había tenido acceso a esa pieza letal.

—Perfecto —dijo con una media sonrisa—. Gracias por su sinceridad. Esto nos permitirá acotar mejor el rompecabezas. El problema de los rompecabezas es que siempre falta una pieza, y suele ser la más incómoda.

Morton observaba desde el fondo, sin intervenir. Pero en su expresión endurecida había un reconocimiento implícito: la hipótesis de Iris acababa de ganar un peso enorme.

Iris dejó que la sala se sumiera en un silencio breve. Todos los testigos se removían en sus sillas, como si de pronto comprendieran la gravedad de lo que acababan de confirmar. Con un gesto lento, volvió a abrir su libreta y señaló con el bolígrafo las líneas que había trazado momentos antes.

—Entonces, repasemos —dijo con calma, articulando cada palabra como si fuera un veredicto—. El trofeo estuvo primero en la vitrina. Después, Percival Ashdown lo tomó un instante, bromeó con él y lo devolvió. A partir de ahí, Douglas Stansfield lo tuvo en todo momento, hasta marcharse con él bajo el brazo. ¿Correcto?

Los presentes asintieron de nuevo.

Iris se incorporó, caminando despacio alrededor de la mesa. Su tono, a la vez didáctico y cortante, mantenía a todos atentos.

—Eso significa que Percival nunca pudo robar el trofeo. No salió de las manos de Douglas hasta que éste se retiró a su suite. Y, por lo tanto, el arma del crimen… —hizo una pausa, subrayando la palabra *arma*— ya estaba en la habitación con la víctima. Cuando la víctima lleva su propia arma a la escena, el crimen se convierte en un espejo.

Un murmullo recorrió la mesa. La periodista que antes había recordado la broma de Percival se inclinó hacia adelante.

—Pero… la policía encontró el manuscrito ensangrentado en el armario de Ashdown…

Iris ladeó la cabeza, casi divertida por la ingenuidad.

—Exacto. Y eso abre otra pregunta, mucho más inquietante: ¿cómo llegó allí?

La editora rubia intervino con cautela:

—¿Insinúa que alguien lo dejo allí intencionadamente?

—No solo lo insinúo —replicó Iris, alzando una ceja—. Lo afirmo. Porque los hechos encajan: Percival estaba demasiado ebrio para llevarse nada a escondidas, y todos lo vimos tambaleándose antes de desaparecer de la gala. El trofeo viajó únicamente con Douglas Stansfield. Y el manuscrito también. Eso descarta la teoría del robo para matar.

Morton, en un rincón, carraspeó. Su voz grave rompió la tensión:

—Lo que usted plantea es que la prueba contra Ashdown no solo es débil, sino fabricada.

—Exactamente —respondió Iris con firmeza—. Y mientras no nos aferremos a esa hipótesis, más tiempo gana el verdadero culpable. Las coartadas frágiles se rompen solas; las fabricadas necesitan martillo.

El silencio posterior fue denso, como si cada uno de los presentes entendiera de golpe que habían contribuido, con su silencio o sus recuerdos fragmentados, a sostener una acusación falsa.

Iris cerró su libreta con un golpe seco.

—El arma nunca salió de la suite. Y eso es completamente determinante en este caso. Porque implica que Stansfield conocía al asesino y le dejó entrar en su habitación. La confianza, inspector, siempre es la cerradura más fácil de forzar.

Iris sabía que una afirmación sin respaldo era terreno fácil para el fiscal Kellaway, así que decidió atar cabos con rigor. Retomó asiento y, uno a uno, pidió a los testigos que confirmaran lo que recordaban.

Primero, los camareros. Un joven alto, aún nervioso por estar sentado frente al inspector, dijo:

—Vi al señor Stansfield sujetando el trofeo cuando se retiró hacia los ascensores. Lo llevaba bajo el brazo, como si fuese parte de su traje. Ningún invitado lo tocó antes de que se marchara.

Otro camarero, mayor, intervino con seguridad:

—Yo serví la última ronda de champán. Stansfield alzó su copa y brindó golpeando la base del trofeo contra la mesa. Nadie se atrevió a quitárselo ni a bromear con él después de eso.

Iris asentía, anotando cada palabra.

Después, los periodistas. La misma reportera cultural que había hablado antes confirmó:

—Lo seguí con la mirada porque pensaba incluir la escena en mi crónica. Se marchó orgulloso, y el trofeo estaba con él. No hay dudas.

Otro cronista, con voz más cansada, añadió:

—Hice varias fotos. En todas aparece Stansfield con el trofeo en la mano. Les puedo enviar los archivos si lo necesitan.

Iris sonrió levemente. La evidencia fotográfica reforzaba lo que ya era un consenso generalizado.

Por último, pidió la opinión de los invitados más cercanos a Douglas. Una editora y un crítico literario intercambiaron miradas y, casi al mismo tiempo, afirmaron:

—Douglas no lo soltó jamás. Era como un niño aferrado a su juguete.

Iris cerró el cuaderno, satisfecha. Todas las voces coincidían en un mismo punto: después de la breve broma de Percival, el trofeo había sido propiedad exclusiva de Douglas hasta el instante en que abandonó el salón.

Se levantó despacio, observando a Morton.

—La cadena de testimonios es sólida. Nadie más manipuló el trofeo después. Eso significa que el arma viajó únicamente con la víctima a la suite.

Morton, con gesto adusto, asintió una sola vez. El mensaje había quedado claro: la acusación contra Percival se debilitaba a ojos de todos.

Iris permaneció de pie unos instantes frente a la mesa ovalada, su libreta cerrada bajo un brazo y la réplica improvisada del trofeo frente a ella. Había escuchado suficientes voces, visto suficientes gestos y confirmado suficientes recuerdos como para sostener una hipótesis con la solidez de una sentencia.

—Bien —dijo con calma—. Lo que todos hemos reconstruido aquí descarta la idea de un plan meticuloso por parte de un tercero. El trofeo nunca salió de las manos de Douglas Stansfield desde que abandonó el salón. Y si el arma estaba ya en su suite, eso nos obliga a mirar el crimen desde otra perspectiva.

Los testigos la miraban en silencio, como si comprendieran por primera vez que el relato oficial cojeaba desde el principio.

Iris se permitió una pausa dramática, caminando lentamente alrededor de la mesa, y añadió:

—No hablamos de un asesinato premeditado. No hubo robo de trofeo, no hubo intrusión planificada para apuñalarlo. Lo que ocurrió en esa suite fue un enfrentamiento. Una discusión que escaló, un forcejeo quizá breve, pero lo bastante intenso como para transformar un símbolo de triunfo en un arma mortal.

Morton alzó la vista de su libreta, frunciendo el ceño.

—¿Está sugiriendo defensa propia?

Iris se encogió de hombros.

—O una reacción desesperada, pero, en cualquier caso, no un plan elaborado con frialdad. La escena que vimos —los vasos, los

zapatos desordenados, el maquillaje en el espejo, la huella de la copa— habla de nervios y de prisa, no de cálculo.

Un murmullo recorrió la sala. Patricia Redcliffe, con las manos entrelazadas sobre el regazo, murmuró en voz baja:

—Entonces… alguien intentó detenerlo.

Iris no respondió de inmediato. Su mirada, firme, se dirigió a Morton, que la observaba con esa mezcla de escepticismo y respeto que había ido creciendo con cada hallazgo.

—El asesinato no fue un golpe artero, inspector —sentenció —. Fue el desenlace de una noche envenenada por egos, plagios y viejas heridas. Stansfield llevó el arma a su propia muerte. No lo mataron los celos ni el odio: lo mató su vanidad, con la ayuda de un trofeo brillante.

El peso de esas palabras quedó flotando en la sala, como un telón que cae sobre un acto. Y aunque Iris sabía que la identidad del culpable aún no estaba clara, también comprendía que había desmontado la base sobre la que Kellaway quería erigir su caso apresurado.

La verdad, pensó, ya no se podía tapar con discursos. Había demasiadas evidencias encima de la mesa como para que el fiscal prosiguiera con su precipitado plan.

27

Iris se había pasado las últimas horas encerrada en su habitación, rodeada de notas, servilletas garabateadas y las páginas del informe que había conseguido reunir. El aire estaba denso, impregnado de café frío y de la presión de un enigma que parecía resistirse a ser resuelto.

Se recostó en la silla, entrelazando los dedos tras la nuca, y repasó mentalmente los acontecimientos de la noche de la gala: los discursos, las rivalidades, las sonrisas fingidas, las copas derramadas, las discusiones a media voz, la tensión en cada mirada.

Todo volvía como un carrusel en espiral que no se detenía nunca en el mismo punto, pero que cada vez dejaba a Iris con la misma certeza: había un hilo conductor escondido, y estaba a punto de tirar de él.

La lógica le dictaba que mirara hacia un lado; la intuición, que girara bruscamente hacia el contrario. Era ese olfato suyo, el que no había fallado en veinte años de periodista, lo que ahora la mantenía en vilo. Tomó aire y se levantó. Había dejado ya de darle vueltas al mismo círculo: era momento de poner a prueba su corazonada.

Se colocó la chaqueta, echó una última mirada al escritorio y salió de la habitación. El pasillo del hotel estaba en penumbra, iluminado solo por una línea de luces tenues que guiaban hacia los ascensores. Sus pasos resonaban huecos sobre la moqueta. Pulsó el botón del ascensor y esperó, con los brazos cruzados y la mirada fija en el reflejo borroso de la puerta metálica.

Cuando las puertas se abrieron, entró y apretó el botón de la octava planta. El ascensor descendió con suavidad, acompañado por el murmullo mecánico del cableado.

Iris se observó en el espejo del interior: rostro cansado, ojos despiertos, la expresión de alguien que está a punto de arriesgar más de lo que debería. Se alisó el pelo con la palma de la mano y, en cuanto las puertas se abrieron, salió con decisión.

La habitación 821 estaba al final del pasillo, a la izquierda. Iris caminó despacio, como si cada metro que la separaba de aquella puerta afilara la tensión que llevaba acumulada en el pecho. Cuando llegó, levantó la mano y golpeó con los nudillos, tres veces, de forma firme, contundente.

La puerta se abrió despacio. Lydia Penrose apareció en el umbral, con el rostro pálido y el gesto tenso. Vestía un albornoz ligero, como si la hubieran arrancado de un descanso forzado.

—¿Iris? —dijo, sorprendida—. Ahora no es buen momento. Estoy… ocupada.

Iris sostuvo su mirada sin pestañear.

—No voy a tardar mucho —respondió—. Pero necesito hablar contigo Lydia, y tiene que ser ahora.

—De verdad, es imposible. Estoy cansada, no me encuentro bien…

Iris dio un paso hacia adelante. Su voz se endureció.

—O me dejas pasar, Lydia, o lo hablamos delante de la policía. Tú decides. La verdad siempre prefiere una puerta entreabierta a un informe sellado.

El silencio se extendió unos segundos en el pasillo. Lydia tragó saliva, apartó la vista y finalmente se echó a un lado, abriendo la puerta para dejarla entrar.

El interior de la habitación estaba en penumbra, con las cortinas corridas y un aire demasiado cargado a perfume. Iris se sentó en el borde de una butaca, mientras Lydia cerraba la puerta.

—No sé de qué quieres hablar —empezó Lydia, nerviosa, frotándose las manos—.

Iris la interrumpió, con una calma que contrastaba con la tensión de la escena.

—Fuiste tú. Tú mataste a Douglas Stansfield. Y no porque quisieras, sino porque él se empeñó en que alguien terminara haciéndolo.

Lydia abrió mucho los ojos, como si acabara de recibir un golpe.

—¡Eso es mentira! ¿Cómo puedes siquiera insinuar algo así? —replicó, alzando la voz.

Iris inclinó la cabeza, sin apartar la mirada.

—Estabas allí. Lo sabemos. Y hay demasiadas piezas que encajan contigo. Tuviste motivos, oportunidad y, aunque quieras negarlo, la verdad siempre acaba saliendo.

Lydia retrocedió un paso, tropezando con la mesilla de noche. Negaba con la cabeza una y otra vez, como si quisiera convencerse a sí misma.

—No… no, yo… no lo hice…

Pero su voz se quebró. Las palabras se deshacían entre sollozos contenidos. Iris permaneció en silencio, dejándola luchar con sus propias defensas.

Los ojos de Lydia brillaron de lágrimas. Sus labios temblaban, incapaces ya de articular una negación convincente.

Y en ese instante, las paredes se derrumbaron: Lydia bajó la cabeza, cubriéndose el rostro con ambas manos. Sus hombros temblaban.

Iris se inclinó hacia ella, con tono suave pero firme.

—Empieza desde el principio. ¿Qué sucedió en la habitación de Stansfield? Los finales solo se entienden cuando se ordenan los primeros pasos.

Lydia bajó la cabeza, cubriéndose el rostro con ambas manos. Sus hombros temblaban.

—Yo… yo estuve allí. Entré en la suite de Douglas. Lo juro, no pensaba hacer daño a nadie. Solo quería hablar, exigirle que devolviera lo que no era suyo.

Iris no dijo nada. Le dejó espacio, consciente de que forzar la confesión la rompería. Lydia levantó por fin la mirada: sus pupilas reflejaban miedo y vergüenza, como si estuviera a punto de derrumbarse.

La puerta de la habitación, cerrada a cal y canto, parecía sellar el inicio de una verdad largamente contenida.

Lydia respiró hondo, como si la frase le quemara en la garganta antes de salir. Sus dedos se entrelazaban con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Subí a la suite —dijo al fin, casi en un susurro—. Quería exigirle a Douglas que devolviera el manuscrito de Oliver. No podía dejar que lo arruinara todo.

Iris se mantuvo en silencio, observando cada gesto. La voz de Lydia estaba impregnada de determinación quebrada, una mezcla rara entre miedo y coraje.

—Fuiste a recuperar una voz, no a silenciar una vida. Continúa.

—Oliver no tiene la fuerza para enfrentarse a alguien como él —dijo Lydia, con las lágrimas asomando de nuevo—. Siempre se culpa a sí mismo, piensa que es demasiado ingenuo o torpe. Pero yo sé lo que vi: Douglas robó su novela y la hizo pasar por suya. Y cuando comprendí que iba a ganar el premio con ese robo, sentí… sentí que no podía quedarme callada.

Se llevó una mano al pecho, como si quisiera contener el latido que amenazaba con desbordarla.

—No era por mí. Era por Oliver. Por su carrera, por su dignidad. Douglas iba a destruirlo sin siquiera pestañear.

Iris se inclinó ligeramente hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas. Su tono fue firme, sin rastro de juicio, solo de interés profesional.

—Así que fuiste a la suite con un propósito: enfrentarte con él y que confesara que había plagiado el manuscrito de Oliver.

Lydia asintió, con un movimiento brusco.

—Exacto. No pensaba en nada más. No llevaba un plan, ni siquiera sabía qué le iba a decir. Solo sabía que tenía que estar allí, que debía mirarlo a los ojos y obligarlo a reconocer lo que había hecho.

Iris la estudió unos segundos, calibrando el peso de cada palabra. Sabía que las confesiones sinceras rara vez salían de golpe; siempre venían a borbotones, mezcladas con miedo y con la necesidad de ser escuchadas por primera vez.

—¿Y qué ocurrió cuando entraste? —preguntó con calma.

Lydia tragó saliva. Su mirada se desvió hacia el espejo de la habitación, como si temiera volver a ver reflejada en él la escena que aún la perseguía.

—Douglas estaba de pie, con el trofeo sobre el escritorio —dijo con voz temblorosa—. Sonreía como si todo fuera un juego. Y entonces… empezó a burlarse de mí…

Lydia respiró con dificultad antes de continuar. Sus manos temblaban tanto que Iris le acercó un vaso de agua sin decir nada. La joven lo sostuvo unos segundos, pero no llegó a beber; parecía más una excusa para ganar tiempo que una necesidad real.

—Cuando entré —empezó, con la voz quebrada—, Douglas apenas me miró. Ni siquiera se sorprendió. Era como si hubiera estado esperándome. Yo le dije que tenía que devolver lo que había

robado, que esas páginas no eran suyas. Y él… —tragó saliva, bajando la mirada— él se rio en mi cara.

Cerró los ojos, como si aún pudiera escuchar aquel sonido burlón resonando en la suite.

—Me llamó "secretaria histérica". Dijo que lo único que sabía hacer era soportar las inseguridades de Oliver y llevarle cafés. Que nadie en el mundo editorial iba a creerme a mí frente a él.

Iris, con la expresión inmóvil, anotaba cada palabra.

— Los hombres que temen a la verdad siempre le ponen un diminutivo. ¿Y cómo reaccionaste? —preguntó con voz neutra.

—Intenté mantenerme firme —contestó Lydia—. Le recordé fechas, correos, pruebas de que el manuscrito era de Oliver. Pero entonces él tomó varias páginas, las agitó delante de mí como si fueran papeles sin valor y… las rompió. Las rompió una a una, mirándome a los ojos.

Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.

—Era como si quisiera destruir no solo el trabajo de Oliver, sino también mi voz, mi fe en la justicia. Cada rasgadura de papel sonaba como un insulto nuevo.

Iris se inclinó hacia ella, suavizando apenas el tono:

—Creyó que romper esos papeles era lo mismo que romper el destino. Él buscaba quebrarte, hacerte sentir impotente…

Lydia asintió con vehemencia, con el rostro enrojecido.

—Y lo consiguió. Sentí rabia, vergüenza, miedo… todo al mismo tiempo. Y en ese instante pensé que no tenía salida. No podía luchar contra su poder, contra su nombre. Yo era solo la pareja de un escritor inexperto.

El silencio se instaló en la habitación. El eco de las páginas desgarradas parecía colarse en el aire, invisible pero presente. Iris

comprendió que aquel episodio había sido tanto un acto de violencia psicológica como la chispa que encendió la tragedia posterior.

Lydia respiró hondo, como si le costara arrancar el siguiente recuerdo de un rincón oscuro de su memoria. Tenía los nudillos marcados de tanto apretar las manos sobre el regazo, y sus ojos, enrojecidos, parecían buscar apoyo en la serenidad con la que Iris la observaba.

—Yo… intenté marcharme —dijo al fin—. No quería seguir escuchando sus burlas. Pero Douglas no me dejó. Se puso delante de la puerta y empezó a soltar más insultos. Yo repetía una y otra vez que solo quería el manuscrito, que no iba a callarme. Y entonces… me empujó…

El aire en la habitación se volvió más pesado. Iris se inclinó hacia delante, atenta a cada palabra.

—Me empujó contra el escritorio. No fue un golpe brutal, pero sí lo bastante fuerte como para hacerme perder el equilibrio. Mi cadera chocó con el borde y sentí un dolor agudo. Y en ese movimiento torpe, mis manos buscaron dónde apoyarse… y lo encontré. El trofeo estaba allí, frío y pesado.

—Cuando el poder empuja, la defensa elige por nosotros…

Se llevó las manos a la cara, como si aún pudiera sentir el metal en la piel.

—Lo agarré solo para apartarlo, para defenderme, no para atacarlo. Él se abalanzó sobre mí, sujetándome por los hombros. Intenté zafarme, y en el forcejeo el trofeo se interpuso entre los dos. No lo pensé, Iris, lo juro. Fue… instinto.

—El instinto es la verdad antes de que llegue el miedo…

Iris no la interrumpió, dejándola continuar. Lydia respiraba entrecortadamente, con todos aquellos recuerdos desbordándola.

—Él tiró de mí hacia atrás y yo reaccioné empujando hacia delante. El trofeo golpeó su pecho con un sonido sordo, extraño,

como si hubiera atravesado no solo su ropa sino algo más profundo. Recuerdo su mirada de sorpresa absoluta, como si no entendiera lo que acababa de ocurrir.

La habitación quedó en silencio, roto solo por la voz temblorosa de Lydia:

—Fue un accidente, un forcejeo que se volvió un arma. Nunca quise matarlo. ¡Solo quería que me escuchara!

—No te preocupes. No hay premeditación en una caída, solo la fuerza de la gravedad.

Iris mantuvo la calma, aunque en su interior el relato confirmaba lo que había sospechado: el crimen no había sido un asesinato premeditado, sino la consecuencia de un enfrentamiento torpe y desesperado.

Lydia se quedó un momento en silencio, como si las palabras se resistieran a salir. Tenía la respiración agitada y las manos crispadas en el regazo. Finalmente, su voz, rota y temblorosa, llenó la habitación.

—Cuando lo vi caer hacia atrás, cuando comprendí lo que había hecho, sentí que todo se derrumbaba conmigo. El trofeo cayó al suelo con un estrépito metálico, y yo me quedé paralizada, mirándole. Había sangre… y yo no podía moverme.

Iris observaba con atención, sin apartar la vista de ella.

—No sé cuánto tiempo pasó —prosiguió Lydia—. Quizá segundos, quizá minutos. El reloj de la pared marcaba la medianoche, pero para mí era como si el tiempo se hubiera detenido. Sentí un frío extraño recorriéndome el cuerpo, como si de pronto estuviera fuera de mí misma.

Se cubrió la cara con ambas manos, los sollozos escapando entre los dedos.

—Me asusté tanto que ni siquiera pensé en llamar a alguien, ni en pedir ayuda. Solo quería desaparecer. Corrí al baño, me miré

en el espejo y vi mis manos manchadas de sangre. Intenté limpiarlas, pero cada movimiento me hacía temblar más y más.

Iris tomó nota mental de cada detalle. El pánico, la huida desordenada, todo encajaba con la escena de la suite que había imaginado con Morton.

—Presa del pánico, limpié mis huellas en el maldito trofeo precipitadamente con una toalla y salí corriendo —continuó Lydia, casi en un grito ahogado—. Abrí la puerta sin mirar atrás, y cada paso por ese pasillo me sonaba como un trueno. Estaba convencida de que alguien iba a salir de alguna habitación y descubrirme.

—Las manchas viajan más rápido que las coartadas; pero por suerte, también dejan mapa.

Lydia se frotó los brazos, como si aún sintiera el frío del corredor.

—Cuando llegué al ascensor, me temblaban tanto las piernas que apenas podía mantenerme en pie. Cerré los ojos y recé porque llegara rápido. Y al entrar en mi habitación, me derrumbé en la cama, convencida de que había cruzado una línea de la que no había retorno.

El silencio que siguió fue largo, pesado, cargado de la gravedad de lo confesado. Iris dejó que se mantuviera, sabiendo que a veces el eco de las propias palabras era la mejor prueba de su verdad.

28

Iris la miró con fijeza, dejando que el silencio apretara un poco más antes de formular la pregunta.

—Lydia… —dijo despacio— cuando entraste en la suite de Douglas, ¿Oliver estaba contigo?

Lydia abrió mucho los ojos, sorprendida, y luego bajó la vista hacia sus manos entrelazadas.

—No, no estaba —respondió en un hilo de voz—. Oliver… estaba destrozado después de la ceremonia. Apenas podía mirarme, ni hablar. Se sintió completamente humillado.

Iris asintió despacio, sin dejar de observarla.

—Lo vi en el salón, parecía fuera de sí. ¿Qué hizo después de la entrega?

Lydia respiró hondo, como si se quitara un peso del pecho al confesarlo.

—Salió del hotel. Dijo que necesitaba aire, que si se quedaba encerrado entre esas paredes iba a volverse loco. Se fue a caminar, estuvo fuera horas. Yo me quedé esperándole, pero no regresó hasta muy tarde.

—¿Tarde cuánto? —insistió Iris, con un tono suave, pero cargado de intención.

—Pasaron dos o tres horas hasta que regresó. Y cuando volvió… —Lydia apretó los labios y bajó la voz—, ya todos hablaban del escándalo. De la muerte de Stansfield. Oliver estaba aturdido, como si no entendiera nada de lo que estaba pasando.

Iris sostuvo la mirada de la joven y dejó escapar un suspiro.

—Eso explica muchas cosas, Lydia. Ahora entiendo por qué Oliver intentó auto inculparse. Para protegerte. Y me confirma algo muy importante: que Oliver no estaba allí cuando todo ocurrió. Las coartadas verdaderas siempre suenan más torpes que las inventadas. Continua por favor.

Lydia cerró los ojos como si al hacerlo pudiera controlar el torrente de imágenes que se agolpaban en su memoria. Su voz, quebrada, salió en ráfagas cortas, como un testimonio que pesaba más de lo que podía sostener.

—Lo veo todo, Iris. Una y otra vez. Douglas alzando la voz, su tono hiriente llenando la suite como un trueno. Me llamaba inútil, me acusaba de meterme en asuntos que no me correspondían. Y entonces… —inspiró con dificultad— se abalanzó sobre mí.

Iris no la interrumpió. Permanecía inmóvil, con la mirada fija, como si cada palabra fuera una pieza que encajaba en un puzle invisible.

—Me empujó con fuerza —continuó Lydia—. Ya no era solo un gesto brusco, fue violencia pura y dura. Sentí su mano en mi hombro y luego en mi brazo, arrastrándome hacia el escritorio. Perdí pie y choqué con el borde de madera. El golpe me sacó el aire, me dobló sobre mí misma.

Se llevó las manos al costado, como si el recuerdo aún doliera.

—Me gritaba que no tenía derecho a cuestionarlo, que nadie en mundo literario entero, me creería frente a él. Su voz era como un látigo. Cada palabra me golpeaba más que sus manos.

Las lágrimas volvieron a asomarle, pero esta vez eran lágrimas de rabia, lágrimas de miedo.

—El poder no grita para convencer: grita para tapar su propio miedo. Sigue por favor…

—Estaba atrapada, acorralada contra ese maldito escritorio. Yo solo quería que me escuchara, que me devolviera lo que era de

Oliver. Y lo único que recibí fueron gritos y un terrible empujón que casi me parte en dos.

Iris se inclinó hacia adelante, su tono bajo pero firme:

—Ese fue el momento en que todo cambió, ¿verdad?

Lydia asintió, sollozando.

—Sí. Fue en ese instante cuando entendí que no iba a dejarme salir de allí de ninguna de las maneras.

La habitación quedó en silencio, roto solo por la respiración entrecortada de Lydia. Iris sabía que el relato era doloroso, pero también era la clave: allí estaba el origen del forcejeo, el detonante de la tragedia.

Lydia inspiró con fuerza, como si necesitara armarse de valor para evocar el instante exacto en que todo se torció. Se abrazó a sí misma y prosiguió, con su voz cargada de un temblor que no lograba ocultar.

—Cuando me empujó contra el escritorio, mis manos buscaron apoyo desesperadamente. Y entonces lo sentí… el trofeo. Estaba allí, frío, con ese peso extraño que no parecía pertenecer a un objeto decorativo, sino a algo mucho más serio.

Iris visualizó la escena: el brillo metálico en la lámpara, el arma disfrazada de galardón esperando sobre la mesa.

—Lo tomé sin pensar —continuó Lydia—. No era un plan, ni un acto de violencia deliberada. Lo sostuve como quien agarra un paraguas en mitad de una tormenta. Como un escudo improvisado. Era lo único que tenía entre él y yo.

—Y a veces, Lydia, los paraguas atraen más rayos de los que repelen…

Su mirada vagaba por el suelo, como si aún pudiera ver el resplandor plateado en sus manos.

—Recuerdo la textura, la frialdad del metal. El trofeo era puntiagudo, como si lo hubieran diseñado para algo más que premiar a un escritor. En ese instante sentí que, si no lo agarraba, él me arrinconaría sin dejarme salida. Llegué incluso a temer por mi vida. Stansfield estaba muy violento.

Iris asintió despacio, sin pronunciar palabra. Sabía que lo importante era permitirle narrar sin interrupciones.

—Douglas se burló incluso de eso —añadió Lydia, con amargura—. "¿Qué vas a hacer con eso? ¿Golpearme con mi trofeo?" dijo. Su tono era de desprecio absoluto, como si mi miedo le pareciera un espectáculo divertido.

—Las burlas de un tirano siempre son epitafios adelantados.

Se le quebró la voz, pero apretó los puños y siguió.

—Yo solo quería que se apartara, que me dejara salir. El trofeo en mis manos era un amuleto, un muro improvisado. No pensé jamás en usarlo para herir. Solo en protegerme.

El silencio de la habitación pareció subrayar la importancia de esas palabras. Para Iris, el detalle del trofeo sostenido como escudo explicaba la transición entre la humillación y la tragedia: un gesto defensivo que terminaría en catástrofe.

Lydia se inclinó hacia adelante, como si al relatar lo ocurrido volviera a revivir cada movimiento de aquel instante. Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas, pero su voz, aunque temblorosa, mantenía la firmeza de quien ya no puede dar marcha atrás.

—Lo tenía entre las manos —dijo—, frío y pesado. Sentía que ese trofeo era lo único que me separaba de él. Y entonces… lo levanté. No lo pensé, Iris, te lo juro. Fue puro instinto.

Hizo un gesto breve, como si aún sostuviera el objeto, recordando el peso exacto en la palma.

—Lo blandí delante de mí, torpemente, sin habilidad, sin intención clara. Solo moví el brazo para apartarlo, como quien agita

una rama para espantar a un animal. Nunca pensé en el peligro real que tenía entre las manos.

Iris la observaba en silencio, con atención meticulosa.

—Douglas dio un paso más hacia mí —continuó Lydia—. Vi en sus ojos algo entre soberbia y furia. Y yo, acorralada, solo supe mover el trofeo hacia adelante. Fue un gesto desesperado, reflejo, casi automático. Como si mi cuerpo reaccionara por mí, antes de que mi mente pudiera razonar.

Su voz se quebró.

—No medí la fuerza, no pensé en lo afilado que era. Ni siquiera me detuve a imaginar que pudiera atravesar algo más que el aire. ¡En ese instante yo solo quería respirar, solo quería recuperar mi espacio y salir corriendo de allí!

Iris tomó aire despacio, consciente de que lo narrado no era la confesión de una asesina, sino el testimonio de una mujer empujada más allá de cualquier límite.

—Fue un acto instintivo —repitió Lydia, con un hilo de voz—. Y nada más.

—El instinto rara vez miente, aunque la justicia tarde en escucharlo.

El silencio llenó la habitación, denso, como si las paredes mismas hubieran absorbido la gravedad de aquel recuerdo.

Lydia se quedó temblando, como si el recuerdo tuviera todavía la fuerza de sacudirle el cuerpo. Hablaba despacio, cada palabra arrastrada como si pesara toneladas.

—Lo recuerdo con tanta claridad que me atormenta —dijo al fin—. El momento exacto en que todo cambió. Sentí el impacto. No fue un movimiento fuerte, no fue calculado. Pero el trofeo entró en contacto con su pecho con un sonido sordo, metálico.

Cerró los ojos con fuerza, como si quisiera borrar la escena de su memoria.

—Después escuché un gemido, corto, ahogado, como si el aire se le escapara de golpe. Y entonces lo vi… sangre. Primero una mancha pequeña en su camisa blanca, apenas un hilo rojo. Luego se expandió, lenta pero inexorable, hasta teñir el tejido como una flor oscura que se abría ante mí.

Se llevó las manos a la cara, llorando y respirando con dificultad.

—Su expresión me perseguirá para siempre. Douglas me miró con incredulidad, como si no entendiera lo que había pasado. Sus ojos decían: "¿Cómo te atreves?" Pero también tenían miedo. Ese miedo me heló la sangre más que cualquier palabra suya.

Iris escuchaba sin mover un músculo. El relato tenía la crudeza de la verdad, desprovista de adornos.

—No supe qué hacer —prosiguió Lydia—. El trofeo se me resbaló de las manos, pesado, como si me quemara. Golpeó el suelo con un estruendo que me retumbó en la cabeza. Y yo… yo solo podía mirar la mancha en su pecho crecer, mientras su cuerpo se tambaleaba hacia atrás.

Su voz se quebró.

—Quise gritar, pedir ayuda, pero ningún sonido salió de mi garganta. Estaba paralizada. Era como si el tiempo se hubiera detenido justo en el instante en que la sangre apareció.

El silencio que siguió fue tan intenso que Iris casi podía oír los latidos acelerados de Lydia. Había llegado al núcleo del recuerdo, al momento en que un forcejeo desesperado se transformó en tragedia irreversible.

Lydia se estremeció al llegar al final de su relato. Sus manos temblaban tanto que Iris temió que el vaso de agua que sostenía cayera en cualquier momento.

—Después del impacto… —empezó con voz casi inaudible— todo se volvió un borrón. Sentí un zumbido en los oídos, como si me hubiera quedado sorda de repente. No escuchaba nada más que mi

propio corazón golpeando en el pecho. Estaba en shock, completamente.

Se llevó una mano a la sien, cerrando los ojos.

—Recuerdo soltar el trofeo. Fue como si de pronto pesara una tonelada y me quemara las manos. Lo dejé caer, y el sonido metálico al chocar contra el suelo me perforó el cráneo. Ese eco me acompaña todavía, como si no hubiera dejado de sonar.

—Los crímenes improvisados siempre suenan más tiempo que los planificados…

—Corrí al baño —continuó Lydia, con la respiración entrecortada—. Apenas veía nada. Todo se movía, como si estuviera en medio de un terremoto. Cerré la puerta y me agarré al lavabo, tratando de no derrumbarme. Y entonces lo vi: mis manos estaban cubiertas de sangre.

Se frotó los dedos, como si aún sintiera aquella viscosidad.

—Me miré en el espejo. No me reconocí. Vi a una mujer con los ojos desencajados, con la cara manchada de carmín corrido y lágrimas, con las manos teñidas de rojo. Me quedé helada, paralizada. No podía creer que fuera yo.

Su voz subió apenas un tono, marcada por la desesperación.

—No pensé en nada más. No llamé a nadie, no intenté ayudarle. Solo quería desaparecer. Me enjuagué las manos a toda prisa, pero las manchas no desaparecían del todo. Y entonces… hui. Abrí la puerta y salí corriendo sin mirar atrás.

Se encogió de hombros, derrotada.

—Recuerdo el pasillo borroso, las luces del hotel girando sobre mí. Escuchaba mi respiración como si no fuera mía. Entré en el ascensor y me abracé a mí misma, convencida de que todo el mundo iba a descubrirlo. Y cuando llegué a mi habitación, me encerré y me dejé caer en el suelo. Sabía que había cruzado una línea de la que ya no había retorno.

Iris sostuvo su mirada. Había dolor en cada palabra, pero también verdad. El retrato de una mujer atrapada en una cadena de decisiones desesperadas, convertida en protagonista involuntaria de un crimen que no planeó.

29

Lydia relató la escena como si aún estuviera atrapada en aquel cuarto de baño, con los ojos fijos en el espejo empañado y la respiración entrecortada.

—Corrí al baño de la habitación —dijo, con una voz de murmullo que apenas llenaba la estancia—. Sentía que el corazón iba a estallarme en el pecho. Cuando cerré la puerta y miré mi reflejo, pensé que no podía ser yo. Temblaba de pies a cabeza.

Se llevó las manos al rostro, evocando el gesto automático de entonces.

—El rímel me corría por las mejillas, el carmín estaba casi borrado y la piel parecía la de una completa desconocida. Lo único que pensé fue: "Si alguien me ve así, sabrá la verdad". No razonaba más allá de eso.

Buscó un pañuelo en el bolso, lo empapó con agua y empezó a frotarse la cara, narrando cada detalle con una precisión dolorosa.

—Me limpié deprisa, como si al borrar el maquillaje pudiera borrar también lo que acababa de pasar. Pero no había manera. La piel me ardía de tanto restregar, y aun así me veía deshecha.

Se inclinó sobre el lavabo, recordando el sonido del agua corriendo.

—Me pinté de nuevo los labios, con manos que apenas obedecían. El trazo me salió torcido, pero insistí. Quería parecer normal, como si nada hubiera ocurrido. Incluso me eché un poco de perfume, absurdo, ridículo. Pero en mi cabeza era un disfraz: la mujer compuesta, la invitada a una gala, no la sombra que acababa de dejar a un hombre desangrándose en el suelo.

Iris escuchaba en silencio. Sabía que no eran solo gestos de vanidad: eran intentos desesperados de recomponerse, de fabricar una coraza frente al mundo exterior.

Lydia bajó la voz, como si se avergonzara de sí misma.

—Miré al espejo una última vez. Y aun con todo el maquillaje retocado, seguía viendo a alguien culpable. Una impostora. No podía engañarme, pero esperaba poder engañar al resto.

Lydia continuó con la mirada fija en un punto invisible, como si aún se viera dentro de aquel baño.

—Al acercarme de nuevo al espejo para retocar los labios, la barra de carmín me temblaba entre los dedos. Intentaba delinear con cuidado, pero mis manos no respondían. Fue entonces cuando lo noté: un roce rojo quedó marcado en el cristal.

Cerró los ojos un instante, y un suspiro largo escapó de su pecho.

—Podía verlo claramente, una mancha de carmín, irregular, torcida. No era una huella accidental, era como un sello de mi paso por allí. Y supe que, si alguien lo encontraba, esa mancha me delataría.

Se llevó las manos a la frente, recordando la lucha interna que había sentido.

—Una parte de mí quiso borrarlo, limpiar el espejo, dejarlo impecable. Pero otra parte, más fuerte, gritaba que no había tiempo. Que cada segundo que pasara allí me acercaba a la ruina.

Iris escuchaba en silencio, comprendiendo que en esa decisión —quedarse o salir— había dibujado el destino de Lydia.

—Lo supe en ese momento —prosiguió Lydia—. Sabía que estaba dejando atrás una pista, una imprudencia. Y aun así… no me detuve. No podía. La urgencia de huir pesaba más que la prudencia.

Sus dedos se crisparon sobre la falda.

—Me giré de golpe, con el corazón martilleando. Dejé la mancha en el espejo como un grito mudo, y abrí la puerta. Cada paso que daba era un eco en mi cabeza: "Corre Lydia, corre, corre".

El silencio en la habitación de Iris se volvió espeso. La confesión no era solo un recuerdo, era una herida abierta, y Iris lo sabía.

Lydia se estremeció al narrarlo, como si todavía sintiera bajo los pies la alfombra mullida del hotel.

—Abrí la puerta de la suite y salí al pasillo. El contraste me golpeó: dentro todo era caos, ruido en mi cabeza; fuera reinaba un silencio que dolía. Ni un alma a la vista. El pasillo parecía interminable, con las luces cálidas proyectando sombras alargadas.

Apretó los labios, evocando cada segundo.

—Aceleré el paso hacia el ascensor. Sentía que cada pisada era demasiado fuerte, como un tambor que iba a despertar a todo el hotel. Mi respiración sonaba descontrolada, y temía que alguien, desde otra habitación, escuchara mi huida.

Su voz bajó a un susurro.

—Entonces lo oí. Voces a lo lejos, apagadas, como si vinieran de las escaleras de servicio o de otro pasillo lateral. Una carcajada primero, luego un murmullo. El corazón me dio un vuelco.

Se llevó la mano al pecho, temblando.

—Por un instante pensé en girarme, en comprobar si alguien me seguía o me observaba. Pero no tuve valor. Si lo hacía, me delataría. Si me encontraba con una mirada, no podría ocultar lo que llevaba en los ojos: el pánico, la culpa.

Iris imaginó perfectamente a Lydia avanzando por aquel corredor alfombrado, con la espalda erguida a la fuerza, mientras por dentro todo su ser gritaba por huir.

—Seguí caminando, cada vez más deprisa —prosiguió Lydia—. La distancia hasta el ascensor parecía crecer con cada paso, como si

nunca fuera a llegar. Y las voces… las voces se desvanecieron, pero yo seguía sintiendo su eco detrás de mí.

Se cubrió el rostro un momento antes de añadir:

—No me giré. No podía. Si lo hacía, todo acabaría en ese mismo instante.

Lydia respiró hondo antes de continuar, como si cada palabra fuera a desgarrarle un poco más la garganta.

—Cuando por fin llegué a mi habitación, apenas recuerdo cómo abrí la puerta. Mis manos temblaban tanto que me costó meter la tarjeta en la ranura. Entré, cerré de golpe y giré el pestillo. Sentí un alivio inmediato al escuchar el clic metálico: era como si hubiera levantado una muralla entre el mundo y yo.

Se llevó las manos al rostro, repitiendo el gesto que describía.

—Me dejé caer en la cama sin quitarme los zapatos, sin encender la luz. Me cubrí la cara con las manos, intentando borrar el recuerdo de lo que había pasado unos minutos antes. Pero cada vez que cerraba los ojos, veía la sangre en la camisa de Douglas.

Su respiración se agitó.

—Me quedé allí, inmóvil, escuchando. Al principio, silencio. Y después, poco a poco, voces apagadas en el pasillo. Pasos, murmullos. El rumor empezó a crecer como una marea. Supe que ya circulaban noticias, que el escándalo estaba despertando. No sabían aún la verdad, pero lo olían. El hotel entero empezaba a revolverse.

Iris, que escuchaba con atención, no interrumpió. Lydia hablaba como si confesara un pecado irreparable.

—Me tapé los oídos, pero el rumor seguía dentro de mi cabeza. No eran solo los huéspedes cuchicheando: eran mis propios pensamientos acusándome, recordándome lo que había hecho. Me sentía atrapada en una celda invisible, rodeada de voces que me señalaban con el dedo.

Se estremeció, encogida en el sillón frente a Iris.

—Esa noche comprendí que podía encerrarme en mi habitación, pero no escapar de mí misma.

Lydia bajó la voz hasta casi un murmullo, como si lo que iba a contar todavía le resultara insoportable.

—Pasó más de una hora, tal vez dos, no lo sé. El tiempo en mi habitación era espeso, como si cada minuto durara una eternidad. Me había quedado sentada en la cama, sin moverme, con las manos todavía húmedas por el agua del baño y el perfume que había usado para cubrir mi rastro. No conseguía apartar la imagen de Douglas cayendo al suelo.

Hizo una pausa breve, tragando saliva con dificultad.

—Entonces escuché golpes en las puertas vecinas, pasos apresurados en el pasillo, y voces más claras. Decían su nombre: "Stansfield… muerto… asesinato". Esa palabra, *asesinato*, me atravesó como un cuchillo. Sabía que tarde o temprano llegaría, pero oírla en boca de otros la hacía definitiva.

Se inclinó hacia adelante, como si hablara directamente a Iris.

—Cuando Oliver llegó a la habitación se lo confesé todo. Se quedo horrorizado. Por eso, cuando después me enteré que Oliver había confesado el crimen me derrumbé. Él no me había dicho nada sobre sus intenciones. Salió de la habitación sin decirme nada. Poco después escuché lo que me derrumbó. Un camarero que pasaba por el pasillo lo dijo en voz alta: "El joven Trent se ha confesado culpable". Oliver. Mi novio. El amor de mi vida. Había sido capaz de inculparse por salvarme.

Su voz se quebró por completo.

—Me quedé helada. Al principio pensé que era un rumor absurdo, un error. Pero los minutos siguientes confirmaron lo peor. Decían que había ido a la comisaría, que lo había admitido todo, que lloraba al contar que Stansfield le había robado el manuscrito.

Iris frunció el ceño, percibiendo cómo cada palabra pesaba más sobre los hombros de Lydia.

—En ese instante sentí que se me partía algo por dentro —continuó Lydia—. Yo podía cargar con la culpa de lo que había hecho, podía vivir con el recuerdo del forcejeo, del trofeo, de la sangre… Pero no podía permitir que Oliver se hundiera por mí. Él era inocente. Tenía talento, tenía futuro. Y yo… yo lo estaba condenando con mi silencio.

Las lágrimas cayeron al fin, desbordando los ojos de Lydia.

—Me derrumbé en la cama. Me arranqué los zapatos, lloré contra la almohada, me golpeé el pecho con rabia. Me repetía: "No, no, no. Él no. No puedo dejar que él pague". Fue ahí cuando lo decidí. No importaba lo que viniera después, yo tenía que hablar.

El silencio tras su confesión era absoluto. Iris sabía que aquella decisión —la de romper el muro del silencio y enfrentarse a la verdad— iba a cambiarlo todo para siempre.

30

El reloj del pasillo del hotel marcaba poco después de la medianoche cuando Iris pidió al personal un espacio apartado para hablar con calma. El recepcionista, abrumado por el caos que sacudía el edificio, le cedió una sala de juntas pequeña, con paredes recubiertas de madera oscura y una lámpara colgante que proyectaba un resplandor áspero sobre la mesa ovalada.

Allí, Iris dispuso los documentos: copias de los manuscritos de Oliver Trent, los fragmentos recuperados en el escritorio de Douglas Stansfield, las páginas entregadas por Lydia, e incluso las notas manuscritas de testigos que había tomado en servilletas y hojas sueltas durante la gala. Era un mosaico de pruebas precarias, pero entrelazadas, que formaban un relato más sólido que cualquier conjetura oficial.

Charles Morton entró primero, con paso contenido, la chaqueta desabrochada y el cansancio en los ojos. Llevaba una libreta bajo el brazo, preparada para registrar cada detalle. Minutos después apareció Martin Kellaway, el fiscal, con el rostro tenso y gotas de sudor brillándole en la frente. No parecía satisfecho de encontrarse allí.

Iris no esperó a que hablaran. Golpeó suavemente la mesa con la punta de un bolígrafo y señaló los papeles.

—Estos son los hechos que nadie quiere mirar —dijo con calma—. Testimonios que se contradicen, fechas que no encajan, y una historia que apunta a otra dirección muy distinta de la que ustedes han decidido sostener. Si apartan la vista ahora, no será por ceguera: será por comodidad.

Morton tomó asiento y se inclinó hacia adelante, interesado. Kellaway, en cambio, se mantuvo de pie unos segundos, con los

brazos cruzados, como si aquella reunión fuera una pérdida de tiempo. Al final, cedió y ocupó una silla, lanzando una mirada impaciente a Iris.

Ella extendió los manuscritos en paralelo, marcando con un lápiz los párrafos que coincidían palabra por palabra.

—Mírenlo bien. No se trata de inspiración compartida ni de casualidades. Aquí hay un robo evidente, un plagio calculado. Y este plagio es el verdadero detonante de todo lo que ocurrió después.

Morton frunció el ceño y repasó las páginas en silencio. Kellaway, sin siquiera mirarlas a fondo, bufó con desdén.

—Lo que necesitamos es un culpable claro, no una lección literaria —gruñó.

Iris sostuvo su mirada, firme, sin levantar la voz.

—Lo que ustedes necesitan es la verdad. Y aquí la tienen sobre la mesa. Pueden negarla, pero no pueden desordenarla. Los atajos dan titulares; los hechos dan veredictos judiciales.

El despacho quedó en silencio. Era el inicio de una confrontación que Iris esperaba que marcara un antes y un después en la investigación.

Tomó aire, se enderezó en la silla y deslizó hacia Morton y Kellaway un par de páginas señaladas con notas al margen. La tinta azul de su bolígrafo subrayaba frases enteras, y pequeños círculos destacaban erratas repetidas que no podían ser fruto de la casualidad.

—Lean esto con calma —dijo—. Aquí está el corazón del caso.

Morton ajustó las gafas y empezó a comparar. A un lado, el manuscrito que Douglas Stansfield había presentado como propio. Al otro, la copia fechada que Oliver había guardado meses antes. Iris indicó con el dedo párrafos idénticos: descripciones, giros de diálogo, incluso un error tipográfico en la palabra *artillería*, escrito con una “l” de más en ambos textos.

—No hablamos de similitudes de estilo —aclaró Iris—. No es cuestión de influencias o de una coincidencia casual. Son copias exactas, línea por línea. Aquí, en este capítulo, Oliver describe a un soldado tocando un piano desafinado en medio de las ruinas. Y aquí, en la versión de Douglas, el mismo soldado, la misma escena, incluso la misma errata en la partitura citada.

Kellaway apenas miró por encima, frunciendo el ceño con impaciencia.

—¿Y qué? Eso demuestra, en todo caso, que el joven compartió el manuscrito antes. No es prueba de asesinato.

Iris sostuvo la mirada del fiscal con firmeza.

— No lo es; es la mecha que explica la explosión. Tal vez no lo sea de manera directa, pero sí demuestra la motivación de Douglas. Este plagio era la clave de su supuesto "gran regreso". Si alguien lo desenmascaraba, su reputación se desplomaba. Y eso generó el caldo de cultivo perfecto para el enfrentamiento que acabó con su muerte.

Morton asintió lentamente, pasando las páginas con cuidado. Cada frase idéntica era como un clavo en el ataúd de la versión oficial.

—Es un robo evidente —murmuró—. Y muy burdo, si me permite.

Iris inclinó la cabeza, satisfecha de que al menos Morton comprendiera la magnitud del hallazgo.

—Exacto. Douglas no solo robó la obra: la manipuló para humillar y arruinar a Oliver. Y lo más perverso es que todos aquí lo sospechaban, pero callaron. Por miedo, por conveniencia, o por simple cobardía.

Kellaway apretó los labios, incómodo. El sudor le perlaba la frente.

—Lo que tenemos es un asesinato, no un caso de derechos de autor.

—Lo que tenemos —corrigió Iris— es un asesinato cuyo origen está directamente ligado a este plagio. Si no lo ven, se están negando a contemplar el móvil real.

El silencio en la sala era denso. Morton se recostó en la silla, cruzando los brazos, pensativo. Iris sabía que había sembrado la duda en el único aliado posible dentro de la investigación.

Iris tomó un sorbo de agua, dejó el vaso sobre la mesa y extendió otro documento: un folio lleno de anotaciones rápidas, fechas y horas rodeadas en círculos.

—No hay crimen sin contexto; aquí tienen el contexto con huellas. Ahora, permítanme que les trace la secuencia completa —dijo, con la voz clara y serena, como si estuviera exponiendo ante un tribunal.

Señaló la primera línea con el bolígrafo.

—Douglas fue visto por última vez en el salón principal, sosteniendo el trofeo como si ya le perteneciera. Ningún testigo lo vio dejarlo en manos de otra persona. Por tanto, es lógico concluir que lo llevó consigo a la suite.

Pasó al siguiente punto, marcando con un círculo el nombre de Lydia Penrose.

—Lydia, nerviosa, se acercó a él poco después. Tenemos testigos que la vieron caminar hacia el ascensor de servicio, portando un sobre con papeles. Es evidente que su intención era enfrentarse a Douglas con pruebas en la mano.

Morton seguía la explicación con atención, inclinándose sobre las hojas. Kellaway, en cambio, tamborileaba con los dedos sobre la mesa, impaciente.

—En la suite —prosiguió Iris—, Douglas y Lydia discutieron. Él la ridiculizó, adoptó una actitud muy violenta, y terminó por

empujarla contra el escritorio. Ella, en un gesto desesperado de defensa propia, agarró el trofeo.

Se inclinó hacia adelante, remarcando cada palabra.

—Ese objeto, pensado para premiar, se convirtió en un arma. No porque Lydia lo hubiera planeado, sino porque estaba allí, al alcance de su mano, y porque Douglas la había acorralado hasta el límite. El forcejeo convirtió un símbolo de éxito en un instrumento de tragedia.

El silencio que siguió fue denso. Morton hojeó de nuevo las notas, como si quisiera comprobar la lógica de la reconstrucción.

—Encaja —admitió—. Encaja mejor que la hipótesis de un ataque premeditado por parte de Percival. Cuando las piezas encajan, lo honesto es dejar de forzar el rompecabezas.

Kellaway bufó, pero no replicó de inmediato. Iris lo observó con calma: sabía que el fiscal no podía desmontar tan fácilmente la claridad de los hechos.

Iris respiró hondo, dejando que el silencio pesara un instante sobre la sala antes de continuar. Luego se inclinó hacia adelante y, con los dedos apoyados en la mesa, fijó la mirada primero en Morton y después en Kellaway.

—No se equivoquen —dijo con firmeza—. Esto no fue un asesinato premeditado ni un ataque planeado. Fue defensa propia. Lydia Penrose no subió a la suite con la intención de matar a Douglas Stansfield. Subió a exigir justicia, a reclamar lo que le había arrebatado a su novio.

Abrió una carpeta y sacó el testimonio manuscrito de Lydia. La caligrafía temblorosa transmitía más que mil palabras. Iris lo deslizó hacia el inspector.

—Ella se encontró con un hombre furioso, acostumbrado a ejercer poder, a usar su prestigio como arma. Douglas no soportaba la idea de ser juzgado por alguien a quien consideraba inferior. Y

reaccionó como solía hacerlo: con violencia verbal primero, física después.

Morton asintió lentamente, su rostro impasible pero atento. Kellaway, en cambio, frunció el ceño y cruzó los brazos.

—Imaginen la escena —prosiguió Iris—: una mujer sola en una habitación cerrada, un hombre corpulento gritando, empujándola contra el escritorio. Lydia no tenía salida. No podía pedir ayuda, no podía huir. Lo único que tenía a mano era ese trofeo. Y lo usó como cualquiera lo habría hecho en su lugar: como un escudo, una barrera desesperada entre su cuerpo y el de Douglas.

Golpeó suavemente la mesa con la palma abierta, subrayando cada palabra.

—Lo que ocurrió después fue una tragedia, sí, pero no una ejecución. Fue un forcejeo que se descontroló. El arma improvisada se convirtió en fatal. Y la culpa real recae sobre la arrogancia y el abuso de poder de Douglas Stansfield, no sobre la desesperación de Lydia.

Morton respiró hondo, pasándose una mano por la barbilla. Sus ojos se desviaron hacia los manuscritos apilados, como si todo empezara a encajar.

Kellaway, sin embargo, murmuró con sarcasmo:

—Una versión conmovedora, señora Penrose. Pero los tribunales no se conmueven tan fácilmente.

Iris lo miró sin pestañear.

—Tal vez no. Pero se convencen con la verdad. Y esta es la verdad: Lydia actuó en defensa propia. Es un dato completamente irrefutable. Si quieren discutirlo, háganlo con la prensa, no conmigo.

La sala quedó en silencio, tensa, con cada palabra flotando como una acusación contra la visión simplista que el fiscal intentaba imponer.

Iris apoyó ambas manos sobre la mesa, acercándose a Morton y Kellaway con una determinación que no dejaba lugar a dudas. Su voz sonó firme, proyectándose en la pequeña sala como si hablara en un tribunal.

—Hay algo más que no podemos ignorar. Mientras nos entretenemos con pruebas circunstanciales y teorías improvisadas, un inocente está encerrado en una celda. Percival Ashdown no mató a Douglas Stansfield.

Señaló los manuscritos, las notas de testigos y las conclusiones que acababa de presentar.

—Las supuestas pruebas contra él no son más que coincidencias manipuladas: un manuscrito que nunca estuvo en sus manos después del cóctel, un comentario de borrachera convertido en amenaza, y un historial de excentricidad que lo hace parecer culpable a ojos de quienes buscan un blanco fácil. Todo ello no es más que un castillo de naipes. Lydia ha confesado. Mató a Stansfield en defensa propia para salvar su vida. Ahora sí. Caso cerrado.

Morton la miró con atención, sin pronunciar palabra. Kellaway, en cambio, se removió en su asiento, visiblemente incómodo.

—Les pido —continuó Iris— que dejen de tratar a Percival como un chivo expiatorio. Él fue detenido no por pruebas sólidas, sino por prejuicios: porque bebió demasiado, porque recitó poemas fuera de lugar, porque era el bufón de la fiesta. Y eso, señores, no es justicia.

Hubo un silencio cargado de tensión. Iris lo rompió inclinándose hacia Morton.

—Solicito su liberación inmediata. Cada minuto que Percival pasa en esa celda es una injusticia más, un error que mancha esta investigación. No podemos permitir que un inocente cargue con la culpa de otro. Corregir ahora cuesta orgullo; mañana costará credibilidad.

El inspector frunció el ceño, pensativo. Kellaway se inclinó hacia atrás, cruzando los brazos con gesto defensivo.

—Lo que tienen ante ustedes —añadió Iris, subiendo apenas un tono— no es solo un caso de asesinato. Es una lucha entre la verdad y la conveniencia. Y yo no pienso quedarme callada mientras un hombre pierde su libertad por el simple hecho de resultar incómodo. Si prefieren el silencio, háganlo sin mi firma.

El eco de sus palabras llenó el despacho. En ese instante, Iris había dejado de ser una escritora invitada a una gala literaria: se había convertido en la voz de la razón que desafiaba al poder.

31

El inspector Morton permaneció unos segundos en silencio, con los dedos entrelazados sobre la mesa y la vista fija en los papeles que Iris había dispuesto frente a él. Su rostro, habitualmente impenetrable, mostraba ahora un matiz de reflexión más profunda.

Iris percibió el leve movimiento de su cabeza, un gesto contenido que parecía admitir lo que hasta ese momento había evitado reconocer.

—Debo admitirlo —dijo al fin, con voz grave—. La lógica de su razonamiento es impecable. Cada pieza encaja con otra, como si hubiera estado esperando a que alguien las ordenara.

Iris no respondió enseguida. Sabía que aquel reconocimiento era un paso crucial. Observó cómo Morton recorría con la mirada las páginas subrayadas, las anotaciones al margen y los testimonios cruzados. No había duda de que comprendía la coherencia del cuadro que ella había trazado.

—Los hechos no cambian; solo esperan a que alguien los lea en el orden correcto…

—El plagio, la discusión, el forcejeo… —murmuró Morton, repasando en voz baja la secuencia—. Todo encaja mejor que la teoría del ataque planificado por Ashdown. No niego que el poeta tenga sus problemas, pero no veo cómo pudo haber orquestado un crimen de esa precisión.

El fiscal Kellaway resopló con fastidio, pero Morton levantó una mano para detener cualquier objeción.

—Seamos claros —continuó—. Lo que se nos presentó como un caso cerrado es, en realidad, un rompecabezas mal armado. Y un rompecabezas mal armado es siempre un fraude con pretensiones.

El verdadero motor del asesinato fue la presión que Stansfield ejercía sobre quienes lo rodeaban, y el trofeo se convirtió en arma solo porque el destino lo puso en medio de la discusión.

Iris inclinó levemente la cabeza. No necesitaba añadir nada más: Morton había hecho el trabajo de verbalizar lo que ella ya sabía.

El inspector apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó las manos y se permitió un suspiro largo.

—La verdad, señora Penrose, es que me resulta más fácil aceptar sus deducciones que sostener la versión oficial. Puede que no sea cómodo para algunos, pero la coherencia de los hechos está de su lado.

Iris lo miró fijamente, consciente de que aquel asentimiento era un giro definitivo en la investigación. No era una victoria definitiva, pero sí una grieta en el muro levantado por el fiscal.

El silencio que siguió fue espeso. Kellaway apretó la mandíbula, molesto por la complicidad que se estaba gestando entre la escritora y el inspector. Morton, sin embargo, parecía convencido de que seguir la lógica de Iris era la única manera de acercarse a la verdad.

El silencio que había seguido al reconocimiento de Morton se rompió de golpe con la voz áspera de Martin Kellaway. El fiscal se irguió en su silla, con el rostro enrojecido y el ceño fruncido, como si hubiera estado conteniendo una tormenta que al fin estallaba.

—¡Basta ya de teorías! —exclamó—. ¿Se dan cuenta de lo que están sugiriendo? Si aceptamos esta versión, no solo tendremos que admitir que arrestamos al hombre equivocado, sino que la gala de los "London Book Awards" quedará marcada para siempre por un escándalo de plagio, violencia y humillaciones.

—Las teorías asustan menos que los hechos, fiscal.

Kellaway se pasó un pañuelo por la frente, secándose el sudor que brillaba bajo la luz dura del despacho.

—Esto no es un simple caso de homicidio. Aquí hay reputaciones en juego. Los organizadores del certamen, los patrocinadores, los jurados, todos quedarán manchados. Y, por extensión, mi nombre también. ¿Qué político sobrevive a semejante desastre mediático?

—Las reputaciones mueren más deprisa que las víctimas, y nadie abre sumario por ellas—replicó Iris.

Morton lo observaba con serenidad, pero Iris percibió cómo la tensión en la mandíbula del inspector revelaba su incomodidad. El fiscal no hablaba de justicia, sino de prestigio y de carrera personal.

Kellaway golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo vibrar los papeles apilados.

—No puedo permitirlo. El público necesita una resolución clara, un culpable indiscutible. Nadie quiere leer mañana en los periódicos que la ceremonia más importante del calendario literario británico se vio empañada por plagios, negligencia policial y disputas literarias.

Iris entrelazó las manos, conteniendo la réplica mordaz que le subía a la lengua. Lo dejó hablar hasta el final, consciente de que cada palabra lo delataba más.

—Si aceptamos esa historia de defensa propia —continuó Kellaway—, la prensa nos devorará. El premio quedará desacreditado para siempre. Y lo que es peor, mi oficina quedará retratada como una panda de incompetentes. ¡Y eso no puedo consentirlo de ninguna de las maneras!

—¡¡El público necesita la verdad!! Los fiscales solo necesitan culpables—dijo Iris muy alterada—.

Kellaway se detuvo, respirando con dificultad, como si hubiera corrido una maratón. Morton lo miró con calma, mientras Iris mantenía la compostura. Sabía que aquel hombre estaba más preocupado por su carrera política que por la verdad.

El aire en el despacho se volvió más denso, cargado de una tensión que no tenía nada que ver con pruebas o testimonios, sino con el miedo a perder poder.

Durante unos segundos, el despacho quedó suspendido en un silencio denso. El inspector Morton se mantenía firme, con los brazos cruzados y la expresión imperturbable. Iris esperaba, paciente, consciente de que la batalla no se libraba ya en el terreno de las pruebas, sino en el orgullo herido de Martin Kellaway.

El fiscal se levantó de golpe, empujando la silla hacia atrás con un chirrido que hizo eco en las paredes forradas de madera. Paseó alrededor de la mesa, con el pañuelo empapado en la mano, y murmuró frases entrecortadas que apenas se entendían ni tenían sentido.

Era evidente que luchaba consigo mismo: entre la terquedad de mantener su versión y la realidad que lo asfixiaba cada vez más.

Al fin, se detuvo frente a la ventana. No miraba el paisaje nocturno de Londres, sino su propio reflejo en el cristal. Allí estaba el político, el hombre preocupado por titulares, reputación y votos. Y allí también estaba el fiscal obligado a rendirse ante la contundencia de los hechos.

Finalmente se giró hacia Morton y Iris.

—Muy bien —gruñó—. Si tanto insisten en esa teoría, ordenaré la liberación de Ashdown.

No lo dijo con alivio ni con convicción, sino con un fastidio palpable, como quien entrega una pieza valiosa a regañadientes. "Curioso: la reputación siempre parece pesar más que la verdad, sobre todo cuando se cobra en votos.", pensó.

—Pero que quede claro —añadió el fiscal con el dedo alzado— esto no significa que comparta sus conclusiones. Solo lo hago porque la presión de ciertos… elementos que me obligan…

Morton no respondió. Se limitó a asentir brevemente, con el aire satisfecho de quien sabe que la verdad empieza a abrirse paso.

Iris, en cambio, sostuvo la mirada del fiscal, sin necesidad de palabras. Había ganado una batalla, aunque todavía no había ganado la guerra.

Kellaway volvió a hundirse en su silla, derrotado por las pruebas, pero todavía encadenado a su orgullo. El gesto en su rostro revelaba que no perdonaría fácilmente a quienes lo habían obligado a ceder.

La decisión estaba tomada: Percival Ashdown sería liberado. Sin embargo, el sabor amargo en la voz del fiscal dejaba claro que el camino hacia la justicia aún estaría plagado de obstáculos.

Mientras el fiscal mascullaba su rendición con desgana, Morton tomó la palabra con tono sereno, aunque cargado de autoridad.

—Si aceptamos la lógica de la reconstrucción de los hechos, no podemos tratar a Lydia Penrose como a una asesina fría y calculadora. Lo que tenemos delante es un caso evidente de defensa propia.

Iris asintió, agradecida de escuchar en voz alta lo que llevaba defendiendo desde el principio.

—Exacto. Lydia no buscaba venganza ni gloria. Solo intentaba proteger a su novio y recuperar la obra que le habían robado. El infortunio quiso que se encontrara cara a cara con un hombre dispuesto a aplastarla en todos los sentidos.

Morton tomó nota en su libreta, y después se volvió hacia Kellaway.

—Por lo tanto, la situación de la señorita Penrose debe considerarse bajo esa luz. Procederemos con un expediente judicial, pero con la salvedad de que las circunstancias apuntan claramente a defensa propia.

Kellaway bufó, como si las palabras fueran un trago demasiado amargo.

—¿Y qué le digo a los jueces, inspector? ¿Que la víctima era un déspota insoportable y que eso justifica un homicidio?

—No —replicó Morton con calma—. Les dirá que hubo un forcejeo, que el arma fue improvisada, y que la vida de la acusada estaba en peligro. Los jueces sabrán interpretar los hechos con justicia.

Iris observó la escena con una mezcla de alivio y compasión. Lydia había cargado con una culpa insoportable desde la noche del crimen. Saber que ahora, al menos, su situación no se pintaba en los términos crueles de un asesinato premeditado, le devolvería un resquicio de esperanza.

La escritora tomó la palabra una vez más.

—No se trata de absolverla sin más, sino de reconocer las circunstancias atenuantes. No podemos comparar la desesperación de una mujer acorralada con el cálculo frío de un asesino.

Morton la miró con respeto, como reconociendo que, sin ella, esa verdad jamás habría salido a la luz.

El despacho quedó en silencio, salvo por el rasgueo del bolígrafo del inspector al dejar constancia oficial de la decisión. Lydia Penrose seguiría bajo consideración judicial, sí, pero no como villana implacable, sino como alguien cuya desgracia había sido empujada por la soberbia de Douglas Stansfield.

El ambiente en el despacho se había relajado apenas un ápice. Morton terminó de escribir sus últimas anotaciones y levantó la vista hacia Iris. Había en su expresión un respeto sobrio, casi militar.

—Señora Penrose —dijo con un leve asentimiento—, debo reconocer que sin sus observaciones este caso habría tomado un rumbo equivocado. Scotland Yard no siempre admite la ayuda externa, pero hoy… es necesario reconocer que su intervención ha sido completamente decisiva.

Iris inclinó la cabeza, aceptando el elogio con una sonrisa discreta. No necesitaba discursos grandilocuentes; bastaba con saber que la verdad había encontrado un resquicio para abrirse paso.

Morton añadió, con un tono más bajo:

—No es común que alguien del exterior detecte con tanta claridad lo que nosotros, cegados por la presión, pasamos por alto. Tendremos en cuenta sus aportaciones en el informe oficial.

Las palabras, aunque breves, sonaban como un reconocimiento formal, un gesto que la situaba casi al nivel de los investigadores. Iris percibió la sinceridad en ellas y respondió con gratitud.

En el extremo contrario de la mesa, Martin Kellaway recogió sus papeles con movimientos bruscos. No miró a nadie directamente. Sus labios se movían en un murmullo inaudible, como si repasara una letanía de excusas para justificar su fracaso.

El sudor en la frente, la mandíbula tensa y la forma en que apretaba el maletín revelaban el amargo sabor de la derrota.

El fiscal Kellaway permaneció en silencio más tiempo del necesario. Iris hablaba todavía, ajustando con precisión quirúrgica los últimos cabos del caso, pero él ya no escuchaba.

Su mente había vuelto atrás, a la noche anterior, a aquella madrugada en la que unas horas después del asesinato, cuando ya se había ido todo el mundo, entró en la habitación de Stansfield, cogió unas cuantas páginas del manuscrito manchadas de sangre y las guardó en su cartera.

Recordaba el peso de aquel fajo húmedo en sus manos, el olor metálico a sangre que se mezclaba con el papel. Había sabido en ese mismo instante lo que esa decisión significaba: una prueba incómoda, demasiado ambigua para sostener un caso claro, pero perfecta para lo que él necesitaba entonces. Buscar rápidamente un culpable y cerrar el caso.

No fue una decisión heroica ni calculada con frialdad. Fue instinto, puro reflejo de supervivencia política. Después, había entrado en la habitación de Percival Ashdown con los agentes, había visto el caos, el desorden, la oportunidad.

En un gesto rápido, casi automático, sin que nadie le viera, deslizó las páginas dentro del armario abierto, entre camisas arrugadas que olían a whisky. Nadie lo vio. Nadie preguntó después.

Desde entonces, las hojas habían hablado por él. Habían servido para cimentar su relato, para señalar al sospechoso más extravagante, más vulnerable. Lo había repetido como un dogma: la prueba estaba ahí, no había discusión, el culpable era claramente ese poeta borracho. Y todos habían asentido. Salvo Iris Penrose.

Ahora, frente a Iris y Morton, entendía que la farsa se derrumbaba. Ellos no sabrían jamás cómo habían llegado esas páginas al armario de Ashdown. No podían saberlo. Pero Kellaway sí lo sabía, y la certeza le quemaba en la conciencia como un hierro al rojo vivo.

Alzó la vista y fingió serenidad. Concedió con un gesto seco, como si aceptara lo inevitable con fastidio. Por dentro, sin embargo, sentía que cada palabra de Iris era un golpe más contra la falsa coartada que él mismo había tejido. "Que nadie lo descubra jamás, pensó. Nadie debe saberlo o mi carrera habrá terminado para siempre."

Se puso de pie sin ceremonias y se dirigió hacia la puerta. Justo antes de salir, se detuvo un instante, como si fuera a pronunciar una frase de cortesía. Pero la contuvo. Su orgullo herido le impedía agradecer nada a Iris. Sabía que había perdido el control del relato y que, en adelante, cada titular periodístico hablaría más de sus errores que de sus méritos.

El portazo seco con el que abandonó la sala fue más elocuente que cualquier palabra.

Morton lo observó marcharse con un gesto neutro, y luego volvió a centrarse en Iris.

—No se preocupe por él. Los fiscales pasan, pero la verdad permanece.

—Y la verdad siempre guarda memoria de quienes intentaron enterrarla…

Iris esbozó una sonrisa ligera, aunque en el fondo sabía que la batalla no había terminado. Había ganado un reconocimiento, sí, pero también se había granjeado la enemistad de un hombre muy poderoso. Y en Londres, las enemistades de esa índole rara vez quedaban sin consecuencias.

32

Oliver Trent extendió las manos temblorosas cuando Iris le entregó el paquete cuidadosamente envuelto en una carpeta de cartón. Sus dedos rozaron el borde, como si temiera que se deshiciera al contacto, y durante unos segundos no se atrevió a abrirlo.

—¿De verdad…? —susurró, con los ojos muy abiertos.

Iris asintió con suavidad.

—Es tuyo, Oliver. Siempre lo fue. Los ladrones pueden apropiarse de las páginas, pero nunca de la voz que las escribió.

Al fin desplegó la carpeta y sacó las páginas impresas. El sonido del papel al rozar era casi solemne. Las sostuvo con reverencia, como quien toca un objeto sagrado, y dejó que la mirada recorriera las primeras líneas. El aire se le escapó en un suspiro profundo, cargado de alivio.

—Es como… como recuperar un pedazo de mi vida —dijo con la voz quebrada.

Iris lo observaba en silencio, consciente de que aquel joven había cargado con meses de dudas, miedo y vergüenza. Ahora, con el manuscrito entre las manos, parecía redescubrirse.

El bar del hotel, donde habían quedado para encontrarse, estaba casi vacío. Una lámpara de pie proyectaba una luz cálida sobre la mesa. El murmullo lejano del tráfico londinense se filtraba por los ventanales. Todo parecía detenido para dar espacio a aquel momento.

Oliver acarició las páginas con la yema de los dedos, como si quisiera memorizar cada arruga, cada marca de tinta. Sonrió por primera vez en mucho tiempo.

—No pensé que lo volvería a ver…

Iris apoyó el codo en la mesa y lo miró con ternura.

—La literatura puede ser cruel, Oliver, pero también justa. Y hoy ha decidido devolverte lo que te pertenece. Los libros, al final, siempre regresan a quien los escribió con su propia sangre.

Él tragó saliva, visiblemente emocionado.

—Gracias, Iris. No sé cómo lo has hecho, ni qué habría sido de mí sin tu ayuda.

Ella sonrió con ironía.

—Supongo que no podía dejar que un buen manuscrito cayera en manos equivocadas. Y menos aún que un escritor prometedor quedara enterrado bajo la sombra de Stansfield. Un mal escritor roba; un buen editor devuelve.

Oliver bajó la vista de nuevo hacia las páginas. Las sostuvo contra el pecho, como si temiera que alguien viniera a arrebatárselas de nuevo. Y, por primera vez desde el inicio de aquella pesadilla, sus hombros dejaron de pesar como plomo.

Había recuperado más que un texto: había recuperado su identidad.

Al día siguiente, Iris encontró a Roland Chesterfield en el vestíbulo del hotel, sentado en un sillón de cuero con una taza de café a medio terminar y el rostro demacrado por la falta de sueño. El editor hojeaba una revista literaria sin interés real, como si buscara distraerse de sus propios pensamientos.

Iris se acercó con paso firme, llevando bajo el brazo la carpeta que contenía una copia del manuscrito de Oliver.

—Roland —lo saludó con tono cordial pero contundente—, necesito un momento de tu tiempo.

El editor levantó la vista, sorprendido al verla tan directa.

—Si es sobre el escándalo… créeme, Iris, ya tengo suficiente encima. No quiero hablar ni una sola palabra del tema.

Ella no se dejó amilanar.

—No, no es sobre el escándalo. Es sobre literatura, que al fin y al cabo debería ser lo único que nos importe.

Colocó la carpeta sobre la mesa baja frente a él. Chesterfield arqueó una ceja, receloso.

—¿Qué es esto?

—El manuscrito de Oliver Trent —respondió Iris—. El verdadero manuscrito, el que Stansfield intentó hacer pasar como suyo.

Roland abrió la carpeta y dejó que sus ojos recorrieran las primeras páginas. Se inclinó hacia adelante, con el gesto serio, y leyó un par de párrafos en silencio. El cambio en su expresión fue inmediato: de la indiferencia pasó a la atención genuina.

—Esto… esto es prácticamente la misma novela que me entregó Stansfield… —admitió con voz baja.

Iris aprovechó la rendija abierta.

—Es exactamente la misma. Es brillante. Fresca, original, con una voz propia que merece ser escuchada. Oliver es un talento genuino y no puedes dejar que su carrera se hunda por culpa de las artimañas de Douglas.

Roland dejó escapar un suspiro, cerrando la carpeta con cuidado.

—¿Y qué quieres que haga? Si todo esto se hace público ahora será un escándalo monumental.

—No, si lo presentas como lo que es: una restitución de justicia literaria —replicó Iris—. Oliver no busca publicidad morbosa, solo el reconocimiento que merece. Y tú, Roland, puedes ser el editor que apueste por él en serio.

Hubo un largo silencio. Chesterfield jugueteó con la taza de café, pensativo. Finalmente, asintió despacio.

—Lo leeré entero. Y si cumple lo que prometes… hablaremos de su publicación y de contar toda la verdad.

—No temas, Roland: la verdad vende más ejemplares que el escándalo.

Iris sonrió. Sabía que había plantado la semilla correcta. Ahora solo quedaba esperar a que germinara.

Cuando Iris volvió a encontrarse con Oliver para contarle la reacción de Chesterfield, el joven apenas podía creerlo.

Estaban sentados en una cafetería cercana al hotel, un local modesto con mesas de madera clara y olor a café recién molido que contrastaba con la solemnidad de los salones del Whitmore.

—¿De verdad lo leerá? —preguntó Oliver, con los ojos brillantes de emoción contenida.

Iris asintió, llevándose la taza a los labios.

—Lo leerá entero, y cuando confirme que todo lo que le dije es cierto, hablará contigo de la publicación. No es una garantía inmediata, pero es más de lo que tenías hace tan solo un par de días.

Oliver bajó la mirada hacia sus manos, que jugaban nerviosas con la servilleta. Durante unos segundos no pudo articular palabra. Finalmente, la voz se le quebró en un susurro.

—No sabes lo que esto significa para mí, Iris. Pensé que mi carrera había terminado antes de empezar. Que siempre viviría a la sombra de otros.

Ella sonrió con suavidad, con esa mezcla de ironía y ternura que le era tan propia.

—Pues parece que estabas equivocado. Y lo mejor es que ahora lo sabes.

Oliver soltó una risa breve, casi nerviosa, y se pasó la mano por el rostro. Después se irguió en la silla, como si una decisión recién tomada lo enderezara.

—Prometo que seguiré escribiendo. Pase lo que pase, no volveré a dejar que otros me silencien. Ni por miedo, ni por inseguridad, ni por la arrogancia de alguien tan sumamente despreciable como Stansfield.

La determinación en su voz era nueva, firme, casi contagiosa. Iris lo miró con orgullo.

—Eso quería escuchar —dijo—. Porque el talento sin valentía es como un libro cerrado: nunca llega a ningún lector. El coraje es la tinta invisible que convierte al escritor en autor.

Oliver la observó con gratitud, los ojos húmedos pero encendidos de convicción. Por primera vez desde que lo conociera, Iris sintió que aquel muchacho dejaba de ser una víctima para convertirse en un escritor de verdad.

La noticia corrió deprisa: los organizadores de los "London Book Awards" convocaban una breve rueda de prensa para "aclarar ciertos malentendidos". La cita, celebrada en el salón de los espejos, reunió a periodistas, editores y autores que aún permanecían en Londres tras el escándalo.

Iris se situó discretamente en un lateral, con los brazos cruzados, mientras Oliver permanecía a unos metros, inseguro, casi escondido tras una columna.

El presidente del comité, un hombre de cabello plateado y voz grave, se colocó frente a los micrófonos.

—En los últimos días —dijo con tono solemne—, se han vertido rumores y acusaciones que afectan a la integridad de este premio y a la memoria de uno de sus galardonados. Nuestro deber es con la verdad, y por ello deseamos aclarar lo ocurrido.

Un murmullo recorrió la sala. Los flashes de las cámaras se encendieron.

—La novela presentada por Douglas Stansfield como obra propia no era de su autoría —continuó el presidente—. Tras revisar las pruebas, reconocemos oficialmente que pertenece al señor Oliver Trent.

El nombre resonó con fuerza, acompañado de exclamaciones y preguntas. Oliver se quedó paralizado, incapaz de avanzar. Iris lo empujó suavemente hacia adelante.

El presidente añadió:

—Queremos dejar constancia pública de esta restitución y lamentamos profundamente los daños causados. El jurado reconoce el talento indiscutible del señor Trent y confía en que este incidente no empañe su futuro literario.

Los aplausos se alzaron, tímidos al principio, luego más firmes. Oliver, ruborizado, subió al estrado con pasos vacilantes. Tomó el micrófono entre las manos y, tras un instante de silencio, solo pudo pronunciar:

—Gracias.

La palabra se perdió en un murmullo emocionado, pero bastó. Iris, desde su lugar, sintió un orgullo silencioso. Aquella restitución no borraba las heridas, pero al menos limpiaba la mancha del plagio y devolvía a Oliver lo que era suyo.

La literatura, pensó, podía ser cruel, pero a veces también sabía pedir perdón. Y cuando lo hace, escribe prólogos en vez de epitafios.

Cuando terminó la rueda de prensa y la multitud empezó a dispersarse, Oliver seguía con el manuscrito en brazos, como si temiera que volviera a escapársele de entre los dedos. La ovación aún resonaba en sus oídos, y las luces de los fotógrafos lo habían dejado momentáneamente cegado.

Iris lo alcanzó en el vestíbulo, donde el bullicio se mezclaba con el aroma a café y a perfume caro. Lo observó con una sonrisa tranquila.

—Ya está —dijo con tono bajo pero firme—. Lo que era tuyo vuelve a ti.

Oliver la miró con ojos brillantes.

—No sé cómo agradecerte todo esto, Iris. He recuperado algo más que un manuscrito… he recuperado la ilusión de vivir y la confianza en mí mismo.

Ella apoyó una mano en su hombro.

—Recuerda que esto es solo el principio. Tener talento no basta; ahora te toca demostrarlo con constancia. Escribir, equivocarte, volver a intentarlo. Ese es el verdadero camino del escritor.

Oliver asintió, con el rostro iluminado por una mezcla de miedo y entusiasmo.

—Lo haré. Prometo que no volveré a dejar que nadie hable por mí ni me robe mi voz.

Mientras lo escuchaba, Iris pensó que la justicia literaria se había cumplido. El joven escritor dio un paso hacia el futuro con la obra bajo el brazo y la certeza de que su carrera, aunque apenas comenzaba, ya estaba marcada por un renacimiento. El manuscrito había regresado a su legítimo dueño.

Iris sabía a ciencia cierta que aquello era solo el prólogo de la verdadera historia de Oliver Trent.

33

El comedor del hotel, escenario de tantas miradas tensas y cuchicheos en noches anteriores, había recobrado cierta normalidad. Las lámparas de cristal bañaban las mesas con una luz dorada y cálida, y los camareros servían platos sencillos, tratando de borrar el recuerdo del escándalo reciente. Los invitados que aún permanecían en Londres comían con apetito renovado, agradecidos de que, al fin, el ambiente se hubiera aligerado.

Percival Ashdown, más erguido de lo habitual y con una sonrisa traviesa dibujada en los labios, se levantó de su asiento sosteniendo una copa de vino en alto. La mayoría lo miró de inmediato: aquel gesto anunciaba espectáculo.

Golpeó suavemente el borde de la copa con una cucharilla.

—¡Silencio, silencio, damas y caballeros! —entonó con voz teatral—. Vuestro poeta favorito tiene algo que declamar.

Las conversaciones cesaron entre risas y expectación. Algunos comensales se miraron entre sí con complicidad: todos recordaban sus excesos durante la gala, pero esta vez el ambiente era diferente. No había hostilidad en las miradas, sino curiosidad.

Iris, desde su lugar en una mesa cercana, se cruzó de brazos y arqueó una ceja, sonriendo con ironía. Sabía que Percival era incapaz de resistirse a un público cautivo.

El poeta alzó la copa un poco más, dejando que la luz se reflejara en el líquido oscuro.

—Después de tempestades y naufragios, después de cadáveres y manuscritos robados, creo que este salón merece algo mejor que solemnidad y suspiros. Hoy, amigos míos, os traigo un brindis en verso.

Un aplauso espontáneo lo animó a continuar.

La tensión que había dominado el hotel durante días parecía desvanecerse, sustituida por la expectación de un momento ligero, casi festivo. Iris no pudo evitar pensar que, de algún modo, la poesía de Percival cumplía una función sanadora: ofrecía un cierre diferente, menos áspero, al drama que todos habían vivido.

Mientras él aclaraba la garganta y se preparaba para recitar, las miradas se concentraron en su figura desgarbada pero carismática. El comedor entero aguardaba el desenlace con una mezcla de risa contenida y alivio.

Iris recostó la espalda contra la silla, dejando que el murmullo expectante del comedor la envolviera. Percival, de pie con la copa alzada, parecía disfrutar de la atención como un niño travieso al que han pillado en falta. Había en su porte algo desgarbado y entrañable a la vez, un contraste que siempre lo hacía destacar en cualquier escenario.

Ella lo observaba con media sonrisa, consciente de que nadie podía prever cuál sería su siguiente ocurrencia. Podía improvisar un poema sublime o soltar una parodia absurda que arrancara carcajadas, y con él ambos extremos eran igual de posibles.

La ironía le cosquilleaba en la lengua: "Percival es capaz de convertir un entierro en un cabaret. En un mundo de solemnidad fingida, a veces la única verdad es un mal verso a destiempo". No lo dijo en voz alta, pero la chispa en su mirada lo expresaba todo.

Alrededor, algunos comensales cuchicheaban, preguntándose si era prudente dejarle el protagonismo tras el escándalo. Otros, en cambio, parecían encantados con la idea de que un toque de humor pusiera punto final a la tensión acumulada.

Iris, sin embargo, sabía que lo impredecible de Percival era precisamente lo que lo volvía imprescindible en aquel momento. Era el contrapeso a la oscuridad que había teñido los días anteriores. Un recordatorio de que, incluso en medio de un crimen, la vida buscaba siempre abrirse paso con un poco de ligereza.

Su sonrisa se amplió apenas un segundo, antes de volver a adoptar la serenidad que la caracterizaba. Si algo había aprendido en toda la investigación era que, en un mundo tan plagado de egos y ambiciones, tener un alma iluminada —aunque algo atolondrada— era casi un lujo.

Percival carraspeó con exageración teatral y todos los ojos se volvieron a él. Iris apoyó el mentón en la mano, preparada para lo que viniera. Y aunque no sabía qué versos surgirían de aquella boca caprichosa, estaba segura de que el poeta lograría, como siempre, dejar su huella en la sala.

Percival levantó la copa como si se tratara de un cetro y cerró los ojos un instante, buscando la inspiración en el techo ornamentado del comedor. La sala entera aguardaba en silencio, expectante, como si fuera a revelar un secreto profundo. Entonces abrió los labios y, con un gesto solemne que contrastaba con la chispa traviesa de sus ojos, recitó:

En el Waldorf brillaba un trofeo,

afilado como lengua de crítico,

dorado como la ambición mal cocida

de un escritor sin escrúpulos.

Douglas soñó con la gloria,

pero olvidó, que las páginas robadas

suelen vengarse

con manchas de tinta… o de sangre.

El joven lloró su inocencia,

la novia escondió su temblor,

mientras que un poeta borracho

recitaba versos que nadie quería escuchar.

El editor callaba,

la exesposa contaba deudas,

la crítica afilaba titulares.

Todos tenían un motivo,

pero nadie tenía coartada.

Y en medio de aquel circo,

un trofeo cambió de pluma a daga,

un fiscal sembró pruebas como migas,

y una detective aficionada,

con más ironía que paciencia,

desenredó totalmente el ovillo.

Moraleja:

en la selva de las letras

el crimen no siempre es pasional.

A veces basta un contrato,

un ego inflamado

o una mala reseña.

Brindemos, pues, por la literatura:

que mata sin balas,

hiere con metáforas,

y al final siempre deja un cadáver entre líneas.

Percival, sin perder el aplomo, dio un sorbo a su copa como quien pone el punto final a una obra maestra. Fue entonces cuando una carcajada aislada rompió la tensión, seguida de otra, y otra más, hasta que el comedor entero estalló en risas.

Algunos invitados se llevaron la servilleta a los labios para contenerse, otros golpeaban la mesa con los nudillos, incapaces de

aguantar la hilaridad. Incluso los camareros intercambiaron sonrisas cómplices mientras seguían sirviendo platos.

Iris, con la barbilla apoyada en una mano, observaba la escena con una mezcla de diversión y ternura. No era un gran poema, ni mucho menos, pero era exactamente lo que todos necesitaban: un instante de broma y ligereza tras días de tensión y sospechas.

La magia del momento no residía en la perfección del poema, sino en la capacidad del poeta para reírse de lo cotidiano y arrastrar a todos con él. Después de todo lo vivido, aquel poema absurdo se convirtió en un bálsamo inesperado, un recordatorio de que incluso entre las sombras más densas siempre cabía un destello de humor.

Iris lo sabía bien: la risa, como la verdad, podía devolver la vida a un salón marcado por el crimen.

El estallido de carcajadas recorrió el comedor como una ola, rompiendo cualquier rastro de solemnidad que aún quedara flotando en el aire. Las mesas vibraron con golpes de cubiertos contra los platos, las sillas rechinaron al inclinarse hacia atrás y las voces se mezclaron en un coro improvisado de alegría.

Percival, satisfecho, hizo una reverencia exagerada, lo que solo provocó nuevas risas. Incluso el inspector Morton, que rara vez mostraba emociones fuera de la seriedad profesional, permitió que una sonrisa fugaz se dibujara en su rostro.

Iris observaba la escena con serenidad. Sabía que la risa era un lenguaje universal de alivio, y aquella carcajada compartida era la prueba de que el grupo necesitaba, desesperadamente, un respiro tras la tormenta que habían atravesado.

En una mesa cercana, Patricia Redcliffe se inclinó hacia adelante, riendo tanto que tuvo que taparse la cara con las manos. Sus mejillas estaban encendidas, y las lágrimas se acumulaban en sus pestañas. El recuerdo de la tensión vivida en días anteriores parecía, por un momento, haberse disuelto en un océano de humor.

Los aplausos acompañaron las risas, y alguien pidió a Percival "otra" como si se tratara de un músico callejero en pleno espectáculo. Él levantó las manos, disfrutando del reconocimiento, aunque fingió humildad teatral:

—El arte exige reposo, queridos míos. No se puede abusar del genio porque se agota.

Nuevas carcajadas estallaron.

Iris, entre divertida y reflexiva, pensó que aquel instante no solo cerraba un episodio de sospechas y mentiras, sino que también sellaba la unión de todos los presentes en un mismo sentimiento: el de haber sobrevivido juntos a un relato turbulento. Y, por fin, poder contarlo entre risas.

Cuando las risas fueron apagándose y el comedor recuperó poco a poco el murmullo de conversaciones más tranquilas, Iris permaneció en silencio, con la mirada perdida en la copa de vino que giraba lentamente entre sus dedos.

Había participado de la alegría común, había sonreído ante las ocurrencias de Percival y se había dejado contagiar por la ligereza del momento, pero en su interior la balanza pesaba de otro modo.

El eco del crimen todavía resonaba en su mente. Las imágenes de Douglas Stansfield desplomado junto al escritorio, el trofeo manchado de sangre y la angustia en el rostro de Lydia eran recuerdos demasiado recientes como para desvanecerse bajo unos versos cómicos.

La literatura puede ser gloria o condena, pensó. Lo único que no puede ser es inocente. Había visto cómo un manuscrito se convertía en objeto de disputa, cómo un premio podía despertar envidias y odios capaces de arruinar vidas. La ambición, cuando se volvía ciega, transformaba las palabras —esas herramientas creadas para iluminar y acompañar— en cuchillos afilados.

Observó a Oliver, que hablaba con entusiasmo con Roland Chesterfield en una esquina del salón. Era joven, con toda una

carrera por delante. Iris deseó que aprendiera rápido esa lección: que el éxito no valía nada si se construía sobre la mentira o el desprecio hacia los seres humanos que te rodean.

Miró también a Lydia, sentada en silencio, con las manos entrelazadas. Sabía que la justicia sería benévola con ella y que reconocerían la defensa propia. Pero, aun así, cargaba con un peso que ninguna sentencia podía aligerar: el de haber cruzado una línea completamente irreversible.

Iris tomó un sorbo de vino y se permitió un último pensamiento: La literatura debería ser un refugio, no un campo de batalla. Y, sin embargo, lamentó que tantos la usen para guerrear, para humillar y para alimentar egos.

Dejó la copa en la mesa y sonrió apenas, consciente de que el mundo seguiría girando y que nuevas intrigas la esperarían tarde o temprano. Era el destino de quienes, como ella, tenían un olfato insaciable para el misterio.

La velada avanzó con ligereza, pero Iris ya había sellado en su interior la conclusión más importante: la ambición mal dirigida cuesta más que cualquier premio.

Y esa lección, dura como era, quedaría grabada tanto en su memoria como en las páginas de la historia literaria que acababan de escribir entre todos.

El comedor del hotel se había llenado de una alegría artificial, de esa que florece tras el desastre como un campo de flores que insiste en abrirse paso después del incendio. Entre brindis, platos de postre y risas nerviosas, Iris observaba la escena desde un rincón apartado.

Sus ojos se detuvieron en Oliver y Lydia. Estaban juntos, inclinados el uno hacia el otro, compartiendo confidencias como si todo lo ocurrido fuese ya un mal sueño disipado por la rutina. Oliver reía con un gesto juvenil, libre al fin del peso de las acusaciones. Lydia, más discreta, lo miraba con ternura, la expresión de alguien que por primera vez en mucho tiempo sentía alivio.

Nadie en la sala sospechaba nada.

Nadie salvo Iris.

La mente de la escritora había seguido trabajando en silencio después de que el caso se declarara cerrado. No era algo que pudiera evitar: su cabeza estaba entrenada para desmontar relatos, para ver el error tipográfico en un folio aparentemente impecable, para detectar la grieta por donde se colaba la verdad. Y las grietas del caso Stansfield habían resultado imposibles de ignorar.

Recordaba con claridad las dos huellas circulares en la mesilla de la suite. No una, sino dos copas de vino junto al vaso de whisky de Stansfield. Durante la investigación, aquel detalle se había archivado como irrelevante, una de tantas señales caóticas en una escena confusa.

Pero a Iris le bastaron un par de días de reposo para atar los cabos: Oliver y Lydia habían estado allí, juntos, cuando el trofeo se convirtió en arma mortal.

Y lo entendió todo. Entendió por qué Lydia se había presentado con el sobre en el cóctel, casi suplicándole que lo guardara. Por qué Oliver, tan torpe en apariencia, había acabado colocándole a ella las pruebas en la palma de la mano. Ambos sabían que Iris, con su instinto inquebrantable y su reputación recién consolidada, se implicaría.

Sabían que demostraría el plagio, que dejaría en evidencia a Stansfield y que, al hacerlo, borraría de un plumazo el motivo más turbio de su crimen. La estrategia de Oliver y Lydia era impecable: utilizar la brújula moral de Iris como escudo.

Se había dado cuenta de todo días después en su casa, mientras organizaba las notas en su escritorio. El recuerdo de esas dos huellas de vino, perfectamente simétricas, volvió como un dardo. Revisó mentalmente los testimonios, las coartadas, las omisiones.

La conclusión fue tan nítida que le resultó imposible seguir engañándose: Stansfield no había muerto por accidente ni el asesinato había sido en defensa propia. Había muerto porque Oliver y Lydia habían decidido que aquel tipo debía pagar lo que había hecho.

Iris tomó un sorbo de su copa y miró al techo ornamentado del comedor del Whitmore. "Los techos dorados no tapan las grietas morales, solo las iluminan mejor". Era consciente de lo que significaba aquel hallazgo.

Podría haber vuelto a Scotland Yard, pedir una reapertura y destruir en un día las vidas de esos dos jóvenes que ahora se reían como si estuvieran a salvo. Podría haber sido, una vez más, la campeona de la verdad absoluta.

Pero no lo haría.

Había decidido firmemente no hacerlo.

Douglas Stansfield había sido un hombre cruel, soberbio, dispuesto a arruinar carreras y vidas sin pestañear. Había robado, humillado y manipulado hasta su último aliento. Y Oliver… Oliver había sido víctima de ese robo, de esa violencia invisible que destroza la vida sin dejar marcas.

Lydia había actuado movida por el amor y por la indignación de ver al hombre al que amaba reducido a un fantasma. ¿Acaso no era eso, también, una forma de justicia? Imperfecta, brutal, sí. Pero justicia, al fin y al cabo.

Iris sabía que no había un jurado en el mundo dispuesto a absolverlos si la verdad salía a la luz. Y también sabía que, en lo más hondo de su corazón, no podía culparlos. Mirar hacia otro lado no era cobardía; era reconocer que la justicia legal y la justicia moral rara vez caminaban juntas. Y cuando se cruzan, suelen dejar más cadáveres que sentencias.

Terminó su copa. La risa de Oliver resonó de nuevo de forma despreocupada. Lydia lo miraba como si no existiera nadie más en el

mundo. Y Iris, con una media sonrisa irónica, aceptó lo inevitable: no todos los crímenes necesitan ser castigados. Algunos, sencillamente, equilibran la balanza.

Se levantó de la mesa, recogió su abrigo y avanzó hacia la salida. Londres la esperaba con su inagotable caudal de misterios y engaños. No volvería a pensar en Stansfield. Había decidido pasar página, guardar silencio y dejar que la verdad se perdiera entre las sombras del Hotel Whitmore.

Al fin y al cabo —reflexionó mientras empujaba la puerta giratoria del vestíbulo—, ¿quién mejor que una escritora de misterio para saber que, a veces, la mejor historia es la que nunca se cuenta? El silencio es el único final que no admite reescrituras.

Salió a la calle. Tomó una profunda bocanada de aire fresco y decidió dar un largo paseo hasta su casa en Notting Hill. Su único pensamiento en ese momento era prepararse una taza de té y leer alguna buena novela de misterio debajo de la manta con su gato Watson a los pies.